



PERVERSA
FANTASÍA

SEBASTIAN LISTEINER

SEBASTIAN LISTEINER

PERVERSA FANTASÍA

Copyright © 2020 Sebastian Listeiner

Todos los derechos reservados.

ISBN:

Para Santi y la ventana indiscreta de Tucumán.

ÍNDICE

LE DOY GRACIAS
LA DAMA DE PLATA
ZOLTAN ARANY
CLAUDE FERREC
DORIAN KUZMIN
NATALIJA VIDMAR
NASSER BIN JIZED
NIKOS MITROGLOU
RUBI
NAOMI FOSTER
AMAZONAS
SILVIO "LADRILLO" MARTÍNEZ
LA REALEZA

INFORMACIÓN DEL AUTOR

Le doy gracias:

A los lectores fieles que hicieron propia la historia.

I

La Dama de Plata

—¿Supiste algo de Thomas y los otros?

—Randy y Melody continúan haciendo trabajos administrativos en Alaska, castigados como si fueran niños —respondió masticando bronca—; y de Thomas ni noticias. ¿Crees que haya hecho alguna locura?

—No lo sé; ni siquiera puedo imaginar lo duro que fue todo aquello para él.

—¡La encontré! —vociferó haciendo saltar a Stephanie de su silla—. Al fin sabremos quién era esa mujer.

—Necesitamos su nombre, dirección, antecedentes; todo.

—En un segundo podré decirte hasta su crema dental favorita —respondió con una sonrisa dibujada en los labios.

—Ojalá pueda darme las respuestas que busco o cuanto menos guiarme hacia ellas.

—No vas a creerlo, pero tenemos un problema grande como esta nación —farfulló sin quitar los ojos de su monitor.

—No me asustes, ¿de qué se trata?

—Nuestra mujer misteriosa es Madelyn Gagnon

—Imposible... —susurró mientras llevaba las manos a su rostro pálido.

—Esto no me gusta nada amiga; tal vez será mejor que desistas de hacer este viaje. Si la ministro de educación canadiense estuvo en esa subasta, significa que lidiamos con gente muy peligrosa; una red que ni siquiera podemos imaginar dónde termina.

—Voy a necesitar que me proporciones toda la información que puedas recabar de esa maldita — insistió tragando saliva, fingiendo fortaleza.

—¿Sabes que es una locura, cierto?

—¿Tienes otra idea para llegar hasta Daisy Corvelo?

—Thomas es un hombre inteligente, astuto y demente que de seguro puede arreglárselas solo — respondió tomándola de las manos.

—Él haría esto y más por cualquiera de nosotros.

—No me malinterpretes —carraspeó—, sabe Dios que amo a Thomas y estaré siempre a su disposición, pero esto es muy grande; es un mundo que no conocemos.

—Por eso debemos prepararnos bien, no debemos dejar ningún detalle librado al azar.

Estaba aterrada. Desplomada en el sillón que adornaba la sala de comandos en el departamento de su buena amiga, simulaba que dormía mientras pensaba que la misión suicida que tenía por delante bien podría ser lo último que hiciera Stephanie Turner. No podía recordar cuándo fue que tomó la decisión de hacer justicia por mano propia. Sin embargo, pese a su ímpetu soberbio y osadía caprichosa, resultaba innegable que la fuerza que la movía tenía su raigambre en algo

mucho más profundo que cualquier convicción, en algo invisible, en esa cosa indescriptible que nos ata y nos empuja a realizar cualquier locura por más demente que fuera; esa pulsión inmanejable que recorre las venas y la sangre y va directo, no al cerebro, sino al corazón; fiel y leal promotor de aquellas irreversibles situaciones que no tienen solución ni sentido. Solo un sentimiento de ese calibre podía explicar o dar respuesta a los incontables e inimaginables caminos sinuosos que estaba por recorrer en soledad, apenas con la compañía perpetua pero vacía de un dolor que había hecho propio, tatuándose en la sangre como si fuera un juramento, un pacto indeleble con la muerte.

Entrada la madrugada, bajo el monopolio absoluto del silencio alarmante, Charlotte terminó la expedición que la llevó mucho más lejos de lo que pensaba y aunque la recompensa fue bien recibida, las consecuencias del hallazgo encendían todas las alarmas de la operación por venir.

—Si ya estabas sorprendida, espera a que te comparta lo que descubrí buceando en las alcantarillas inexpugnables de Internet.

—Me estás asustando.

—Existe un mito, una leyenda urbana sobre una mujer misteriosa que se pasea por las calles de Canadá a altas horas de la madrugada, recaudando el dinero de largas y agotadoras noches de lujuria —soltó como un murmullo.

—No entiendo nada lo que estás diciendo —se quejó Stephanie mientras se desperezaba.

—Según entiendo, en las calles de la capital hay un amplio catálogo de oferta sexual.

—¿Prostitución, explotación de personas? —preguntó frunciendo el ceño.

—Me inclino más por la prostitución; pero seguramente ambas.

—¿Y qué tiene que ver eso con la ministra?

—Las muchachas deben dar el dinero de esas relaciones furtivas a sus representantes.

—Cafishios querrás decir —refutó vehemente.

—Y esos sinvergüenzas, a su vez, pasan toda la recaudación a una mujer a la que apodan «La dama de plata»

—Sigo sin ver la conexión...

—Pues, estoy casi segura que «La dama de plata» no es otra que Madelyn Gagnon.

—¿Dices que la ministro de educación canadiense pasa las noches recolectando dinero de la prostitución? —preguntó con los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

—Y quién sabe de qué otras actividades también —suspiró abatida, elevando las pestañas—, después de todo, no te olvides que estaba en ese hotel donde lo que se subastaba no eran diamantes u objetos históricos.

—Eran niños y niñas, lo sé.

—Stephie, te lo pido por enésima vez, recapacita —suplicó.

—Necesito encontrar la forma de acercarme a ella.

—Pide una audiencia.

—No voy a entrevistarme con la ministro sino con la mujer misteriosa que dirige las miserias de la luna.

—¿Y cómo harás eso sin que te maten o algo peor?

—Debo ser una más de ese mundo.

—¿Acaso estás demente? —gritó tan alto que las puertas parecieron temblar—. ¿Piensas ir a prostituirte a un país extranjero solo para acercarte a una mujer que bien podría no existir?

—¿Tienes una idea mejor?

—Cualquier idea es mejor que esa —replicó desafiada.

—Te escucho —dijo cruzándose de brazos.

—Quédate aquí y continuemos combatiendo el crimen.

—Me despidieron, ¿lo olvidas?

—Entonces busca un empleo en un restaurante, en una cadena de ropa, como secretaria de un estudio de abogados, como maestra jardinera; ¿por qué no puedes hacer algo normal?

—Estamos combatiendo el crimen Charlotte; solo que a otra escala.

—A una escala más allá de nuestras posibilidades —se lamentó—. ¿Qué ocurrirá si te descubren?

—Ruego a Dios que eso no suceda.

«*Bienvenidos a la Ciudad de Ottawa*» fue la frase que la recibió en el aeropuerto internacional de Canadá dando inicio a una auténtica odisea. Temblorosa y al borde del colapso emocional, se subió a un taxi con destino a los suburbios, sitio donde esperaba entrar en contacto con ese mundo oscuro que se desarrollaba a plena vista al margen de la realidad.

Luego de registrarse en un hotel de mala muerte, se vistió con lo más provocativo que aguardaba en su equipaje y se dirigió a un bar donde, según las malas lenguas, paraban a descansar las trabajadoras de la noche que alquilaban su intimidad y fingían el placer que no se compra con dinero.

Copa tras copa soportaba los cotilleos inaudibles de los viejos clientes que parecían encastrarse con las mesas redondas que destilaban vulgaridad, a la vez que se regocijaban en lo malicioso de sus pensamientos cuando de tanto en tanto algún ebrio ponía de manifiesto la perversidad de sus fantasías más retorcidas.

—Cantinerero, un whisky doble por favor —ordenó una mujer sentándose en la barra, con largas medias de red y una falda de jean tan corta que apenas cubría sus nalgas.

Entretanto, con la frente en alto y una altanería impropia de su repertorio, Stephanie abandonó la comodidad de su mesa junto a la ventana y emulando el espejo en el que esperaba reflejarse copó el centro de la escena, ansiosa de no pasar desapercibida.

—Cantinerero, sírvame un Martini —ordenó mientras cruzaba las piernas enseñando la sensualidad que solía esconder en su vida rutinaria.

—Enseguida señorita —respondió el barman guiñándole un ojo.

Pese a sus esforzados intentos por parecer una clienta más, una habitué de las rondas nocturnas teñidas de fetiches inenarrables, su falta de tacto y gestos más ampulosos de lo necesario la dejaban en evidencia, haciéndola pasar más por policía infiltrada que mujer de la noche.

—¿Acaso estás siguiéndome? —preguntó aquella mujer pelirroja en medio de un callejón tenebroso.

—Solo quería hablar contigo.

—Te vi coqueteando en el bar; sea cual fuere tu propuesta, la respuesta es no.

—Pero ni siquiera escuchaste lo que tengo para decir.

—Ese es el punto —dijo mientras hurgaba en su cartera—. No perteneces a este ambiente, sal de aquí mientras puedas.

—¿Por qué dices que no pertenezco?

—En primer lugar tu acento, ¿americana, cierto? —sonrió—. Y en segundo lugar eres demasiado espantosa, poco sutil; lo que me dice que eres policía o periodista.

—Soy extranjera, sí —respondió—. Y estoy buscando ganarme la vida, tengo problemas económicos y ya no sé qué hacer.

—Este es un viaje de ida; mejor prueba otra cosa —respondió mientras encendía un cigarrillo.

Stephanie quedó en silencio sin saber cómo doblegar las intenciones de una mujer obstinada que, pese a su distancia, la estaba protegiendo de un monstruo más grande que la inmensidad de la noche misma.

—¿Cindy por qué no estás trabajando? —preguntó un hombre de mediana edad con la camisa desabrochada, enseñando sus pectorales— Estás haciéndome perder dinero.

—Estaba teniendo una conversación con una amiga —se excusó con la mirada hacia abajo.

—¿Acaso esa conversación va a volvernos millonarios? —preguntó mordaz.

—Disculpe señor, yo solo...

Una bofetada furiosa fue lo que Stephanie recibió por pretender hablar cuando no le era permitido.

—Quiere trabajar para ti —se apuró la pelirroja intentando calmar las aguas.

—¿Es eso cierto? —preguntó fingiendo simpatía.

—Ya no estoy segura —respondió Stephanie acariciando su mejilla adolorida.

—¿De dónde eres preciosa?

—Norteamérica —respondió tímidamente.

—Ya veo —susurró mientras la rodeaba con la mirada—. Serás una estrella por aquí, ya puedo sentir el dulce candor de los billetes en mis manos.

* * *

Las calles apenas transitadas por el día se convertían por la noche en un desfiladero de autos, en su mayoría con vidrios polarizados, que reducían la velocidad toda vez que en una esquina se topaban con la mujer de sus sueños espurios y se debatían, en una décima de segundo, si debían ceder ante sus fantasías o bien lo mejor era conformarse con un vistazo lejano que permitiera mantener el deseo un tiempo más.

Como era de esperarse, sobre todo para aquellos vitalicios que no dejaban pasar un día o, al menos, estaban al tanto de todo lo que ocurría en el ámbito nocturno, la noticia de una extranjera engalanando la acera despertó la curiosidad y el anhelo cuasi criminal de quienes estaban ávidos de probar cosas nuevas. Lo que nunca hubieran imaginado era que les sería tan difícil concertar una cita, un momento a solas, un encuentro afiebrado. Nada parecía convencerla; de hecho se mostraba reticente, inmutable e insolente ante los pedidos, y en ocasiones súplicas, de sus potenciales clientes. Ni dinero, ni halagos baratos, ni siquiera las ocurrencias más disparatadas que hubiera oído jamás eran suficientes para arrancarle una sonrisa y emprender el largo y oscuro sendero hacia la consumación del amor rentado.

¿Qué estaba haciendo? Ante la mirada perpleja de sus compañeras de staff que meneaban la cabeza toda vez que la veían danzando en soledad, como si renegara de lo que había escogido; solo atinaba a caminar en círculos, revoleando su cartera, mascando chicle y sonriéndole al destino como si se tratara de una batalla interna que de momento venía llevando bastante bien.

—Óyeme tú —dijo el cafishio con cara de pocos amigos tras abandonar la comodidad de su minivan blanca para tener una conversación cara a cara con su nueva adquisición—. ¿Qué demonios crees que haces? —gritó mientras la zamarreaba del brazo y la conducía a un callejón oscuro.

—No sé a qué te refieres.

—¿Te haces llamar Lola, verdad?

—Eso dije, sí

—Estoy observándote estúpida; ya coqueteaste con al menos siete clientes potenciales y todos se marcharon sin contratar el servicio. ¿Cómo diablos vas a pagarme si no trabajas? —preguntó acorralándola contra una pared—. Las calles no son tuyas, ni siquiera son mías, tienen dueños muy peligrosos y no les gusta que jueguen con su dinero.

—Es que no me gustaban, todos me parecieron desagradables —se excusó cabizbaja.

—A la niña le parecieron desagradables los clientes —susurró mordaz—. Si lo que querías era acostarte con un galán de telenovela viniste al lugar equivocado.

—En realidad, no lo tomes a mal, pero decidí ser mi propia jefa; no quiero recibir órdenes de un bueno para nada.

—¿Estás burlándote de mí, cierto? —preguntó dejando escapar una tibia sonrisa—. ¿Crees que puedes venir a mis dominios, a mi barrio, a faltarme el respeto y salir impune?

—De hecho, ahora que lo mencionas, estoy buscando un empleado temporal y tú cumples todos los requisitos.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó cerrando sus puños, a punto de arremeter con furia.

—Dije que esta noche tú serás mi zorra —respondió apuntándolo con una 9mm directo al abdomen, dejando al destino con la boca abierta.

—Tranquila, no hagas una locura de la que puedas arrepentirte —imploró retrocediendo con lentitud—. No sé quién eres o por qué estás haciendo esta movida, pero te aviso que es una mala idea.

—No te preocupes por mí, sé cuidarme sola.

—¿Tienes noción de quién gobierna estas calles? Estás metiéndote en la boca del lobo, jugando un juego que no puedes ganar.

—Quiero que me lleves con tu jefa.

Fue lo último que dijo Stephanie antes de apretar el gatillo, aprovechando el bullicio de las sirenas de una ambulancia y el sinfín de bocinazos que aplacaron las consecuencias de semejante osadía.

—¡Maldita ramera! —gritó mientras se tomaba el brazo ensangrentado y caía pesadamente sobre sus rodillas.

—Solo es superficial, no va a matarte —dijo sin poder evitar una carcajada.

—¿Quién eres?

—La que pondrá una bala en tu frente sino me llevas con la dueña del circo.

—Me haces reír —farfulló el matón poniéndose de pie con dificultad—. Ella nunca frecuenta las calles.

—¿A quién le entregas la recaudación de las chicas?

—Una camioneta oscura viene todas las mañanas, después de las seis; les entrego un bolso negro y eso es todo —respondió con muecas inenarrables de dolor.

—Perfecto —susurró—. Cuando el recaudador venga, harás lo que siempre haces y colocarás un chip rastreador en el interior del bolso.

—¿Y si me niego?

—Te perforo el cráneo en este instante y buscaré otro descerebrado más inteligente que sí lo haga.

A la hora señalada, a cobijo de las persianas bajas de los negocios diurnos, el vehículo encargado de recolectar las ganancias del amor corrompido estacionaba a la espera de la recompensa mal habida.

—¿Cómo les va muchachos? —saludó entregándoles el bolso con su diestra mientras fingía una

sonrisa tibia que no alcanzaba a disimular el suplicio que lo afligía.

—¿Qué te ocurrió en el brazo? —preguntó el conductor luego de recibir lo que fueron a buscar.

—Gajes del oficio; ya saben —sonrió fingiendo normalidad—. A veces es difícil lidiar con los clientes.

Luego de oír esa respuesta poco convincente, sin mediar más palabras, tan rápido como un giro de los dados, la claridad de un disparo terminó con la vida de aquel proxeneta sin siquiera darse cuenta. Se había transformado en un eslabón débil, en alguien que podía levantar la perdiz o alertar a las personas equivocadas sobre las actividades ilegales que se desarrollaban todas las noches en los barrios bajos. Se quería evitar los interrogatorios, los cotilleos molestos, las habladurías que no se sabe jamás dónde terminan pero, por sobre todas las cosas, se buscaba evitar que las manchas imborrables de la infamia y la difamación alcanzaran ciertos nombres respetables de la sociedad canadiense, máxime cuando esos nombres ocupaban altos cargos en la esfera política.

—¡Gracias al cielo estás viva! —dijo Charlotte al otro lado del teléfono.

—¿Puedes seguir el chip?

—Déjame decirte que me ofende esa pregunta —soltó irónica—. Pronto sabremos el destino final de ese dinero y con quién estamos lidiando.

El llanto de Stephanie mientras se movía en taxi rumbo a su destino, no solo denotaba el temor que la invadía, era también producto de una adrenalina que no había sentido jamás, un cosquilleo furioso que lejos de maniatarla, la impulsaba a terminar lo que había iniciado no sin recordarle, a cada segundo que, probablemente, como le dijo aquella prostituta en el callejón, se trataba de un viaje de ida.

—Lamento decirte que nuestros temores acaban de hacerse realidad.

—¿A qué te refieres?

—La casa receptora de nuestro bolso pertenece a Ethan Vernon —respondió con la voz apagada.

—¿Y quién se supone que es?

—El secretario privado de Madelyn Gagnon —respondió luego de un largo suspiro—. Ella es definitivamente « La dama de plata »

—Deséame suerte —susurró mientras abonaba su viaje y se disponía a mezclarse entre los transeúntes.

—Al menos dime que tienes un plan.

—Algo de eso hay, pero tal vez improvise un poco; a Thomas siempre le funcionó —dijo con la voz entrecortada, poco convencida de su argumento.

—Creía que Thomas era el ejemplo de lo que no hay que hacer, que era todo lo que está mal en la vida.

—Tal vez en este caso sus mañas y artilugios me sean de utilidad —sonrió.

—Si tienes problemas avísame de inmediato.

—¿Te refieres a si me capturan o torturan?

—Exacto, llámame e iré a buscarte.

—Gracias, significa mucho para mí, de verdad.

—¿Estamos retardando tu entrada, cierto? —preguntó con sorna.

—Eso es precisamente lo que hacemos.

Con el sol dando las primeras señales, el primer obstáculo para su travesía se encontraba baldeando la vereda. El portero, a menudo rey incorregible del espionaje vecinal, tenía sus cinco

sentidos a disposición del mejor postor, siempre atento a los sonidos inaudibles y a las estratagemas astutas que pretendieran burlar su barrera inexpugnable.

—¿Puedo ayudarla señorita? —preguntó sin dejar de mirarle las piernas.

—Estoy buscando al señor Ethan Vernon —respondió guiñándole un ojo.

—Ya veo —sonrió—. ¿Acaso él la está esperando?

—Traje lo que me pidió —susurró mientras sacaba unas esposas de su cartera.

—Por favor señorita, no hace falta ahondar en detalles —farfulló dejando caer al suelo la escoba—. ¿Le dijeron el número de su apartamento?

—Sería tan amable de acompañarme, no quisiera deambular así vestida por todo el edificio.

—Para eso estamos —sonrió.

No dejaba de mirarla. Aunque se esforzaba por disimular, sus ojos parecían tener vida propia, subiendo y bajando, recorriendo de pies a cabeza la anatomía de una Stephanie que de seguro hubiera infartado a más de uno con su diminuto atuendo.

—Es aquí —dijo con un ademán frente a la puerta del pent-house.

—Toque timbre por favor.

—Señorita creo que no es apropiado que yo me involucre en...

—Le pedí por favor que tocara timbre —insistió apuntándolo directo a la cabeza.

Congelado por el miedo y abatido por haber bajado la guardia en un momento de debilidad, llamó a la puerta mientras imploraba, susurrando, salir con vida de aquella situación.

—¿Liam, qué estás haciendo aquí? —preguntó luego de observar por la mirilla, mientras abría confiado.

Acto seguido, el portero devenido en carnada recibió un culatazo que lo dejó knock-out al costado del camino y el dueño de casa, sin tiempo para ensayar una reacción que le diera alguna ventaja, por mínima que fuera, apenas pudo atinar a levantar las manos en clara señal de rendición.

—¿Quién eres tú? —preguntó tembloroso.

—Ponte estas esposas —ordenó ingresando al apartamento, sin dejar de apuntar a su víctima.

—No sabes lo que haces —sonrió mientras era conducido a regañadientes a su habitación—.

¿Tienes idea de quién soy?

—¿Y tú sabes quién soy yo?

—Un futuro cadáver.

—Me haces reír, eres creativo —respondió mientras hurgaba en el celular ajeno—. Vas a llamar a tu jefa y le dirás que venga a verte, que ocurrió algo urgente que merece ser tratado en persona.

—¿Por qué haría algo así?

—Porque de lo contrario te sacaré fotos con los bolsos repletos de dinero y las enviaré a todos tus contactos. ¿Crees que alguien deberá dar muchas explicaciones? Yo apostaría lo que no tengo a que serías hombre muerto o, como dijiste recién, un cadáver.

* * *

Haberse visto la desvergüenza con la que se ufanaban los fantasmas en aquella habitación. Aprisionados en los rincones, estériles ante cada depósito que suponía una noche agitada, por fin respiraban algo parecido a la justicia con su opresor imposibilitado de amedrentar, como a menudo lo hacía, las esporádicas amenazas que golpeaban a su puerta; esposado a los barrotes de

su cama de estilo victoriano y reducido a su mínima expresión.

—¿Crees que vas a cambiar algo? —sonrió con la frente ensangrentada—. De seguro eres una de esas idealistas que juegan a la heroína por un instante, pretendiendo, para redimirse de alguna acción funesta, realizar la buena obra del día.

—Ni siquiera puedes imaginar los motivos que me trajeron a tu puerta.

—Terminemos con esto enseguida, dime cuánto quieres —dijo a regañadientes mientras luchaba, en vano, por liberarse—. No, tengo una idea mejor; toma los bolsos que quieras y lárgate.

—Pensaba que era malo para el negocio que se perdiera la recaudación.

—Puedo reponerlo, no te preocupes.

—No lo dudo —respondió sentándose sobre el cómodo somier—, pero no es tu dinero sucio lo que me trajo a Canadá.

—¿Entonces?

—Necesito hablar con tu jefa, ya te lo dije —insistió mientras paseaba la mirada por la habitación.

—Eso nunca pasará —sonrió antes de recibir un golpe contundente con lo que parecía ser una mancuerna.

Ante la falta de colaboración de su rehén, pero motivada por haber cumplido gran parte de su misión suicida, decidió no perder el tiempo y accionar la última parte de su plan improvisado. Tomó el celular de un adormecido dueño de casa y concertó, con urgencia, una entrevista impostergable con la razón de su viaje; invitándola a sumarse a una fiesta que estaba a punto de explotar.

Luego de la reticencia inicial y del enojo que la carcomía por trastocar su agenda, Madelyn Gagnon aceptó romper todos los protocolos y presentarse, de inmediato, en la casa de su lugarteniente para cerciorarse, de primera mano, qué era eso tan importante que había motivado una catarata de mensajes de texto.

A la hora señalada, tal vez, incluso, un poco antes de lo pautado, la ministra se apersonó en el pent-house de su mano derecha y con cara de pocos amigos, ávida de terminar lo que ni siquiera estaba cerca de iniciar, lo que nunca hubiera imaginado que la aguardaba, empujó la puerta y se abrió paso sin siquiera llamar.

—¿Quién es usted? —preguntó frunciendo el ceño, luego de que Stephanie la recibiera con una sonrisa dibujada en el rostro.

—Soy la nueva mucama del señor Ethan —respondió mientras cerraba la puerta.

—Ya veo —susurró mirándola de costado, revoleando su cartera sobre los finos sillones—. Siempre le gustaron las americanas.

—¿Gusta tomar algo la señora?

—Solo dile a Ethan que estoy aquí y tengo poco tiempo.

—La está esperando en la biblioteca —dijo con un ademán de su brazo.

—¿Y por qué no me lo dijiste desde un principio? —refunfuñó.

Opacando el aire con su perfume floreado y sonrojando a la sobriedad con su atuendo típico de oficina, a cada paso despilfarraba elegancia y sensualidad y aunque aparentaba menos, las canas de su pelo delataban la edad que sus huesos soportaban los días de lluvia. Así, con la soberbia que la caracterizaba siempre por delante, caminó hasta manotear el picaporte, pero antes de que pudiera advertir el próximo segundo de su vida, un cosquilleo intenso, algo así como un pinchazo, le provocó un frío paralizante y fue a parar al suelo, desplomándose como si el reloj que marcaba

sus horas se hubiera detenido de repente. Era más sencillo que eso. El pequeño dardo incrustado en la parte trasera de su cuello había servido a la noble causa de dormirla para luego someterla a un interrogatorio tranquilo, ese juicio que nadie afrontaría por propia voluntad.

—¿Qué significa esto? —preguntó voleada, con los ojos danzando en las fronteras de sus cuencas.

—Así que usted es la famosa «Dama de plata»

—No sé de qué estás hablando —dijo mientras se percataba de la presencia del portero amordazado y el cuerpo yacente de su golpeado secretario.

—Por su bien y el de su colega le sugiero que no alarguemos esta escena más de lo necesario.

—¿Quién eres?

—Alguien que busca respuestas.

—¿Sabes quién soy yo? —preguntó con una sonrisa dibujada en los labios y con la tranquilidad que brinda el saberse impune.

—Eso depende de con quién esté conversando.

—¿Disculpa?

—Si esta fuera una reunión oficial diría que usted es Madelyn Gagnon; ministra de este bonito país —sonrió—; pero en las circunstancias que nos ocupan, afirmaría que usted es la jefa de una organización delictiva dedicada a la prostitución ilegal y el tráfico de niños en el hemisferio norte de nuestra bien amada América.

Cada palabra de Stephanie era una estocada que anclaba hondo en el orgullo de una mujer que no creyó vivir jamás para tolerar semejante ultraje, semejante humillación, tamaña exposición que la desnudaba y la ponía cara a cara con el espejo de su alma, ese sitio oscuro y putrefacto que se avergonzaba de su propio reflejo.

—Estás equivocada, te informaron mal —farfulló.

—¿Todos los bolsos repletos de dinero que están en la biblioteca son donaciones, cierto?

—Estás en la casa de mi empleado, deberías preguntarle a él —respondió ante el asombro de Ethan que de a poco comenzaba a incorporarse.

—¿Puede reconocerse en esta fotografía? —preguntó enseñándole la pantalla de su teléfono.

—No veo que tiene de extraño, estoy compartiendo un mitin con otras personalidades; es parte de mi trabajo.

—En ese lugar se iba a celebrar una subasta un tanto inusual.

—No estaba enterada —musitó desviando la mirada.

—¿No fue acaso invitada por Arthur Mayer para pujar por un centenar de niños que se remataban cuál golosinas?

—Estás metiéndote en un terreno peligroso —dijo con una seriedad penetrante.

—Solo quiero que me diga dónde puedo encontrar a la verdadera organizadora de esa subasta.

—¿Crees que alguien sabe dónde vive o que tenemos su teléfono para llamarla e ir a tomar el té? ¡Eres muy ingenua niña! —vociferó—. No sé por qué estás haciendo esto, pero se nota a la legua que estás maniobrando, pendiendo de un hilo, sobre una cornisa en un mundo que desconoces por completo.

—La encontré a usted, ¿o no? —sonrió.

—Un traidor en mi organización de seguro —respondió mirando con desprecio a su colega semi desmayado—. Es increíble lo que una mujer puede conseguir de algunos hombres.

—Ni se imagina —susurró justo antes de disparar sin miramientos ni advertencia contra la humanidad del portero que recién comenzaba a despertarse de su sueño inducido.

Madelyn quedó absorta. Sus ojos tristes y caídos reflejaban el temor que corría por sus venas y las lágrimas apuradas que viajaban sin permiso por sus mejillas venían a exteriorizar su lado humano, el mismo que había perdido hace muchos años y ahora, en el momento oportuno, cuando sonaban las campanas del crepúsculo de su vida pareció recordar, más no sea obligada, lo que se siente ser una persona normal, una más, una como todos.

Los quejidos desgarradores del viejo Liam, imposibilitado, además, de hacer presión sobre su rodilla perforada, no hacían más que intensificar una atmosfera irrespirable que poco a poco asfixiaba la llama ineludible de la esperanza de salir con vida de aquella habitación.

—¿Acaso estás loca? —gritó «La dama de plata» mientras luchaba en vano, por enésima vez, por librarse de sus cadenas.

—No estoy jugando —respondió Stephanie girando el tambor de su revólver—. Dime lo que quiero saber y consideraré perdonarles la vida.

—No sé si eres una ingenua o una estúpida, pero no podrás jamás averiguar lo que el mundo desconoce; nadie sabe cómo ubicarla, es un fantasma.

—Respuesta equivocada —dijo antes de disparar a la rodilla de Ethan cuyo alarido se oyó fuerte y claro pese a la mordaza que limitaba sus expresiones.

—¡Detente! —gritó Madelyn entre temblores y llantos incesantes—. Puedo darte un nombre que de seguro tiene más información.

—Soy todo oídos —asintió mientras jugueteaba con las municiones.

—Zoltan Arany —farfulló impotente, resignada.

—¿Disculpa? —preguntó frunciendo el ceño.

—¡Ay por Dios! —se quejó entre sollozos—. ¿Acaso no sabes nada? Es uno de los empresarios más famosos de Europa.

—¿Dónde lo encuentro?

—En Budapest por supuesto, es húngaro.

—Necesito más que eso, quiero una dirección.

—Su dirección es Budapest; es amo y señor de la Capital. Encontrarlo no será problema, el problema lo tendrás cuando él te encuentre a ti —deslizó con un atisbo de sonrisa—. ¿Acaso crees que esta escenita tuya quedará impune? Toda la organización irá tras de ti; yo misma me aseguraré de enterrarte en lo más profundo del infierno si no me matas en este instante. ¡Voy a perseguirte hasta los confines de la tierra y más allá también!

—No creo que lo haga —dijo poniéndose de pie, dispuesta a marcharse.

—Me parece que no me conoces.

—Estará muy ocupada, créame —sonrió.

—¿Qué quieres decir?

—Me encargué de filmar toda nuestra pequeña entrevista; en unos minutos serás famosa, incluso, en esos confines de la tierra a los que pretendes perseguirme.

—Mientes —farfulló tragando saliva, atónita.

—Tengo una amiga en Nueva York que hará viral esta charla, este mano a mano exclusivo.

—Puedo ofrecerte la suma que elijas —se desesperó—, serás más rica de lo que nunca imaginaste.

—Quédate tu dinero, lo necesitarás para pagarle a los abogados; además, allí a dónde vas, te hará mucha falta —respondió tomando la cámara que reposaba oculta sobre el buró antes de disponerse a dar caza a otro criminal que la acercara un paso más a la causa de su desvelo, al motivo de su venganza, a la muerte.

II ZOLTAN ARANY

El rocío de la nostalgia cubría sus pensamientos y la bruma del olvido le impedía recordar con certeza en qué momento la obra de su vida se había tornado una farsa sin que pudiera distinguir, siquiera, un objetivo prediseñado de los ojos rasgados de la inocencia manifiesta. No le importaba. Jamás le importó. El punto de tan intensa introspección no era desnudarse como un monstruo frente al espejo de su alma, sino más bien retroalimentar el frenesí que le corría por las venas e incentivaba el férreo deseo de venganza que lo empujaba al abismo de su infierno interno.

A punto de rivalizar con los demonios que traía desde tiempos inmemoriales, tuvo, sin embargo, la lucidez para darse un baño de realidad y prestar los oídos a la única voz que escuchaba, la única capaz de conmover la coraza que protegía su corazón y hacerlo recapacitar en medio de la tormenta aunque, a decir verdad, era casi imposible doblegar una decisión tomada.

—¿En qué piensas Thomy?

—En matarlos a todos —respondió sentado sobre un banco de madera, rodeado por una decena de velas encendidas.

—¿Qué ganarás con eso?

—No se trata de ganar, sino de hacer justicia.

—¿Por quién?

—Sabes la respuesta —respondió cabizbajo, esquivando la mirada

—La venganza suele conducirnos por senderos sinuosos que no llevan a ninguna parte; es un viaje de ida que solo puede acabar en calamidad.

—¿Entonces me quedó de brazos cruzados? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Debo, acaso, conformarme con verlas bailar al compás de la desolación cada vez que cierro los ojos?

—Tienes que preguntarte qué hubieran querido que hicieras.

—Yo soy lo que soy.

—¿Cómo cuando eras niño? —preguntó con un rostro que rebosaba tranquilidad.

—Eso era diferente; tenía un motivo para cambiar; tú me cambiaste.

—¿Y qué puedo decirte para que reflexiones ahora?

—No hay nada que puedas hacer madre; solo vine a compartirme mi decisión; ahora son ellas el motivo que me impulsa.

—Si recorres ese camino —susurró dejando caer una lágrima traviesa—, me temo que no te veré de nuevo.

—¿Es un presagio?

—Un pensamiento que me atormenta hace 20 años —sonrió apenada—; nunca pude encarrilarte del todo, siempre hiciste lo que quisiste y en tu osadía perpetua te tuteaste con la muerte más de lo que estás dispuesto a aceptar.

—Somos buenos amigos sí, aunque dudo que eso la detenga a la hora de reclamar mi alma.
—¿Cuándo te marchas? —farfulló con un nudo en la garganta—. ¿A dónde irás?
—El camino es largo; debo hacer varias paradas antes del final.
—¿Y tus amigos te ayudarán a llevar esta pesada carga?
—Será mejor no involucrar a nadie; es algo que debo enfrentar solo y de hecho ya voy retrasado.
—¿Qué puedo hacer por ti?
—Ya hiciste suficiente —respondió fundiéndose en un abrazo eterno—, espero volver a verte; en esta vida o en la siguiente.
—Porque no todo termina con la vida...

—Es apenas el puente que debemos cruzar hacia la eternidad —interrumpió con una sonrisa.
Luego de despedirse bajo un manto de pesadumbre combinada con la pisca justa de esperanza edulcorada, Thomas se marchó sin mirar atrás, convencido de que tenía una cita impostergable con el destino y no deseaba hacerse rogar. Luego de pasar por el pequeño departamento de mala muerte que supo darle cobijo los últimos meses, salió para nunca más volver dejando tras de sí una insignificante cantidad de muebles resquebrajados que no servirían ni para una venta de garaje.

Mientras tanto, del otro lado del mundo, a un océano de distancia; los castigados Melody y Randy, se reunían con su antigua jefa y amiga para sumarse al periplo suicida al que habían decidido someterse sin conciencia alguna.

—¡Llegaron! —gritó Stephanie antes de correr a abrazarlos.
—Esto es una locura —se quejó Randy levantando sus manos—; quiero dejar sentado que me opongo terminantemente a este delirio.
—Está objetándolo desde que salimos de Alaska; me tiene harta —sentenció Melody luego de resoplar.

—Tenemos mucho que hacer, no será fácil filtrarnos en la red de nuestro objetivo.
—¿Puedo preguntarte cómo diablos hiciste lo de Canadá? Eso sí que fue algo majestuoso —manifestó Randy exultante, haciendo a un lado la parquedad que lo caracterizaba.
—Es cierto, no podíamos creerlo cuando lo vimos en la televisión.
—Del mismo modo que daremos el siguiente paso; lamentablemente tendremos que ensuciarnos las manos, renunciar a nuestros principios y saber que lo arriesgamos todo en cada movimiento.
—Entonces es cierto, somos criminales —suspiró Randy cabizbajo.
—Es por una buena causa; no le hacemos daño a ningún inocente.
—Creo que nos gusta pensar eso; así aliviamos la pesadez en nuestra alma.
—No seas tan dramático; es nuestro deber —replicó Melody volviendo épica la demencia.
—¿Por qué sería dramático? Involucrarnos con narcotraficantes, proxenetas, asesinos, agentes secretos y una amplia gama de psicópatas, es de lo más normal, un juego de niños —retrucó mordaz.

—¿Tanto miedo tienes?
—No es miedo, es cordura.
—Entonces, tal vez deberías volver a Alaska a rellenar formularios.
—Ustedes ganan —bufó—, pero quiero dejar sentado que si muero la culpa es de Thomas y que si ustedes mueren las mataré por dejarme solo.
—¡Perfecto! —vociferó Stephanie—. Ya quedó sentado y archivado
—¿Y cuál será nuestra próxima jugada?

Ya instalados en un mediocre hotel céntrico de la capital húngara, se pusieron a repasar el burdo plan que, esperaban, los condujera hasta su próxima presa. Zoltan Arany era el hombre más famoso de la Europa Oriental; joven, tenaz, galante y procaz, fue de a poco haciéndose un lugar dentro de las relaciones públicas hasta convertirse en el representante más solicitado tanto por modelos de alta costura, futbolistas e, incluso, actrices consagradas. Tenía un ojo clínico para apreciar el talento y una vez que posaba la mirada sobre un objetivo no se detenía hasta tenerlo en sus garras. Jamás aceptaba un no como respuesta y en caso de tener alguna dificultad, su coerción, disfrazada de molesta insistencia, se encargaba de lograr el cometido.

Sin embargo, en el último tiempo, el empresario decidió dejar de volar bajo e irrumpir en la escena pública mostrándose muy cercano a los hombres y mujeres que manejaban la política y vinculándose, también, con ese mundo intrincado que a menudo escapa a nuestra comprensión llamado economía. Sí, el extrovertido manager se codeaba con las personalidades más destacadas de la nación al punto que los medios de comunicación y el común de la gente en las calles decían que él era el presidente sin votos, la mano invisible detrás de cada decisión importante del gobierno. Cómo llegó a acumular tanto poder en tan poco tiempo era un misterio, uno que nadie se atrevía siquiera a averiguar.

—Yo nunca frecuenté esos sitios; tengo otro estilo —se excusó Randy ante la risa desbocada de sus compañeras.

—Solo debes invitarla a tu departamento y aquí la interrogaremos.

—¿Estás segura de que tiene vínculos con la prostitución? No lo sé, no creo que alguien tan importante tenga relación alguna con esa clase de tugurios.

—No vas a ir a la calle a buscar una trabajadora de esquina; irás a un club muy exclusivo.

—¿Y el dinero quién va a proporcionármelo? —preguntó con un gesto adusto—. Yo estoy seco.

—Tranquilo, tomé algo prestado de la ministra Madelyn Gagnon.

—¿Y si algo sale mal, si no puedo hacerlo?

—Claro que puedes; solo actúa con naturalidad, como si fueras un cliente; alguien habituado a moverte en esos clubes.

—Es demasiado arriesgado, si traigo a la persona equivocada nos delataremos.

—No lo harás; Charlotte me aseguró que era el sitio justo para arrojar la carnada.

—De acuerdo, hagámoslo —suspiró resignado, dándose valor para encarar la aventura.

* * *

Escondido a plena vista, bajo la atenta mirada de un sinfín de matones que hacían poco por disimular su función en aquella cuadra oscura, apenas iluminado por el pequeño cartel que invitaba a los clientes a arriesgarse a desafiar la cordura y traspasar, sin ataduras, los límites de sus perversas fantasías, se hallaba el club nocturno más exclusivo de Hungría.

Randy no podía ni por un segundo permitirse titubear, ya no estaba persiguiendo criminales en el patio de su casa, ahora él mismo debía encarnar a uno y para ello debía concentrarse y moverse con soltura en un ambiente donde el temor y la mentira se huelen a kilómetros de distancia. Lo sabía, de allí que al ingresar a aquel sórdido lugar se mostrara altanero mirando a todos de reojos, avanzando como si nadie existiera, como si las miradas de los clientes, perpetuos habitués del licor rancio y las ganas acumuladas, le resbalaran. Estaba para otra cosa, para otras ligas, ni siquiera se gustaba en codearse con las meseras semidesnudas que ofrecían licor barato para

saciar el insomnio y mantener abiertas las desahuciadas billeteras.

Algo anda mal, pensaba mientras rodeaba las mesas de póquer y una ruleta improvisada que no hacía más que regar de pena y decadencia la encomiable pero deficiente puesta en escena. Salvo las coperas que se paseaban haciendo alarde de sus cuerpos esculpidos por la gracia de la naturaleza, aquel sitio estaba lejos, por no decir a las antípodas, del exclusivo club nocturno rebosante de lujos y excesos que le habían prometido.

—¿Señor puedo servirle un trago?

—Estoy un poco confundido —respondió quitándose los lentes oscuros—. Me dijeron que aquí funcionaba otro tipo de establecimiento; otro ambiente...

—¿Quién le dijo eso? —preguntó la copera frunciendo el ceño.

—Disculpe, no lo tome a mal pero no acostumbro a discutir mis asuntos con el personal; voy a retirarme.

—¡Aguarde! —gritó como si su vida dependiera de ello—. Tal vez mi jefe pueda ayudarlo, venga por acá.

Camaron por un largo pasillo escondido detrás de la barra de bebidas e ingresaron a una oficina pequeña que carecía por completo de mobiliario; apenas el cadáver de un escritorio y un florero sin nada que sacar a relucir eran la compañía silenciosa de un ex agente avasallado por el pánico y la ansiedad.

—Sr, disculpe la demora —se excusó un hombre de impoluto traje de seda—. ¿Con quién tengo el gusto de tratar? —preguntó estrechándole la mano.

—Soy Milton Galarti, vine a Budapest a cerrar un negocio y me recomendaron este lugar, aunque a la luz de los hechos parece que me jugaron una broma de mal gusto.

—¿Quién se lo recomendó?

—No voy a decir su nombre; la discreción ante todo —respondió esbozando una sonrisa.

—Entiendo...

—¿Por qué me trajeron aquí?

—Bueno, no voy a mentirle, estamos en este momento procesando la identidad que usted acaba de brindarme.

—¿Y por qué lo hacen?

—No podemos arriesgarnos; nuestros clientes son de un muy alto perfil.

—Ya veo, debo cumplir con ciertos estándares.

—La limusina que lo trajo es buena señal; solo debemos comprobar que sea quién dice ser y que tenga una cuenta bancaria capaz de sustentar importantes erogaciones, usted comprende —dijo guiñándole un ojo.

Como no podía ser de otra forma, la corroboración de datos duró unos pocos segundos y fue el espaldarazo necesario y determinante para que se abrieran las puertas del Paraíso Rojo, nombre poco original que ostentaba orgulloso el reducto, oculto detrás de las frías paredes, accesible solo para quienes desearan experimentar los niveles más inexplorados de la lujuria; esos que solo se consiguen, almohada mediante, al sumergirse en las profundidades de los más sórdidos sueños.

Definitivamente no era lo que había imaginado; toda idea que se hubiera proyectado en su mente del famoso lugar no le hacía justicia. Las luces rojas que recorrían el salón de forma vertiginosa, nublando hasta la visión más entrenada, volvían imperceptibles los chispazos producidos cada vez que una bailarina embellecía el escenario o alguna modelo de amor precoz y pasión duradera, provocaba desde su jaula de cristal a los espectadores que permanecían como estatuas obnubilados por el espectáculo.

No podía parecer desesperado. Si quería que la operación saliera según lo planeado debía tomarse su tiempo, sentarse en una de las mesas individuales y disfrutar como quien mira un show por el que pagó un buen precio, después de todo, no se iría sin antes efectuar un pago generoso, solo restaba discutir, o no, el precio de tamaño osadía.

—¿Qué le sirvo señor? —preguntó una mujer semidesnuda, caminando sobre enormes zapatos de tacón transparentes.

—Whisky en las rocas por favor —respondió sin mirarla.

Al retirarse la mesera, un hombre calvo y de portentoso físico se acercó hasta Randy para tantear cuáles eran sus intenciones y cerciorarse de los gustos del nuevo cliente.

Sin salirse del libreto; el otrora detective hizo manifiesta su intención de no dormir solo, llevarse consigo fuera del recinto a una de las chicas para continuar la noche en un sitio más íntimo y confortable, dando rienda suelta no ya a sus bajos instintos sino al plan bien urdido por Stephanie que aguardaba para entrar en acción.

—Es la primera vez que lo veo por aquí señor Galarti —carraspeó—, por ello me veo en la obligación de presentarle mis respetos y hacerle saber que una movida de esas no es nada barata.

—Me imagino —dijo esbozando una sonrisa—. ¿De cuánto estamos hablando?

—Eso dependerá de la elección —respondió mostrándole una suerte de catálogo en una Tablet—, tenga en cuenta que aquí solo ofrecemos lo mejor, calidad de exportación.

—Me hablaron maravillas de Helena —soltó con rapidez.

—Sí, pero lamentablemente ella está retirada.

—Qué decepción —resopló—, tendré que irme, al final fue todo una completa pérdida de tiempo.

—¡Aguarde! —gritó tomándolo del brazo—. De seguro hay otras chicas que colmaran sus expectativas.

—Vine por Helena y si ya no trabaja prefiero irme con mi dinero —insistió fulminándolo con la mirada, haciéndole saber que no era gratuito abordarlo de ese modo.

—De acuerdo, sírvase otro trago, veré qué se puede hacer; por favor no se vaya —dijo poniéndose de pie antes de perderse tras unas cortinas de acceso restringido para todo aquel que no fuera parte del personal.

El propio Randy estaba sorprendido de la soltura con la que resolvió un contratiempo impensado. No existía plan B, toda la estratagema dependía de los contactos inalcanzables que pudiera llegar a mover la mujer en cuestión; no había línea directa y toda la operación se sustentaba en los detalles, en esas paradas obligadas que debían realizarse para llegar a la cima.

—La señorita Helena está retirada, ahora se dedica a entrenar a las más nuevas; pero está dispuesta a realizar una excepción en este caso.

—¡Excelente!

—Sin embargo, me temo que el dinero que deberá abonar...

—El vil metal no es ningún problema —interrumpió.

—¿Trajo su chequera?

—Prefiero hacer este tipo de transacciones en efectivo.

—Por supuesto.

—¿Ella ya está lista?

—¿Tiene departamento en la ciudad o está en un hotel? —preguntó dispuesto a escribir en una libreta—. Entenderá que necesitamos tomar todos los recaudos.

—Veo que son gente muy seria, me agrada —respondió acomodando el cuello de su camisa y

buscando los lentes en el bolsillo del saco—. Estoy en un hotel.

—Un auto lo seguirá, sé que es incómodo pero es la política del establecimiento.

—Espero que no vayan a meterse dentro de la habitación —tiró mordaz.

—Descuide, ni siquiera notará que están allí; hacemos un culto de la discreción.

El viaje resultó cuanto menos incómodo. Impávido ante la belleza que se sentaba a su lado, el joven inexperto en aquellos menesteres, no hacía más que transpirar e ignorar, contra su completa voluntad, la compañía que de tanto en tanto rozaba adrede su mano izquierda.

Envuelta en un enorme tapado negro que sujetaba con fuerza contra su pecho, cruzada de piernas dejando al descubierto solo los zapatos de tacón, bloqueando así todo resquicio librado a la imaginación, se encontraba aquella misteriosa y cautivante mujer que regalaba una desfachatada tranquilidad; un semblante que respiraba paz, como si se tratara de la película de su vida repitiéndose una y otra vez. Sin embargo, de tanto en tanto, relojeaba a su cliente, tal vez esperando que aquel le dirigiera la palabra o, simplemente, demostrara con un gesto que estaba satisfecho con la elección.

Quién sabe, el silencio lo dominaba todo.

Al llegar se dirigieron directo al ascensor y Randy pudo sentir sobre su espalda las miradas de todos los huéspedes y los curiosos de siempre, como si fueran puñaladas regocijándose en la envidia que los consumía a más no poder.

—Entra, esta es la habitación —dijo ofreciéndole paso.

—Es bonita —respondió caminando con erotismo, como si danzara.

—Ponte cómoda, haz de cuenta que estás en tu casa —farfulló.

—Déjate ya de juegos —reviró sacando un arma oculta en su tapado.

—Supongo que esto no es parte del servicio —dijo con las manos en alto.

—¿Quién demonios eres y qué estoy haciendo aquí? —preguntó sin rodeos.

—Supongo que lo que hacen todas las parejas —respondió mordaz.

—En el auto jamás me miraste; ni una palabra, un gesto, nada; y este hotel no es precisamente la guarida de un millonario.

—Te diré la verdad si bajas el arma —dijo sin poder quitar los ojos del cuerpo esbelto, y ahora casi desnudo, de la mujer que estaba a punto de ajusticiarlo.

—Habla o juro por Dios que te asesino —amenazó sin dejar de apuntarlo—; tienes tres segundos, dos, uno.

* * *

—Baja tu arma Helena —ordenó Stephanie irrumpiendo desde la habitación de al lado, apuntando su revólver directo al corazón de la dama de compañía.

—¿Tú quién eres, de qué se trata todo esto? —preguntó sin alejar su mira de la cabeza de Randy.

—Si te tranquiliza o te sirve de algo, no tenemos nada contra ti —respondió la ex agente bajando su arma, lentamente, llamando a la paz.

—¿Qué estoy haciendo aquí? ¡Respondan! —gritó mientras temblaba de pies a cabeza.

—Te necesitamos.

—¿Quiénes son?

—Estarás a salvo si no lo sabes —contestó Randy mientras Melody, recién salida del baño,

apoyaba frío, congelado, el cañón de su pistola contra la nunca de su huésped.

Rodeada y sin oportunidad, Helena arrojó su arma al suelo y se entregó resignada a los brazos del destino.

—Zoltan Arany.

—¿Qué pasa con él? —preguntó frunciendo el ceño.

—¿Cómo nos acercamos?

—Es imposible a no ser que quiera verte —respondió sentándose sobre la cama matrimonial —, aunque si me aceptan un consejo les diría que lo olviden y vuelvan a sus casas.

—Para nosotros es de vida o muerte—dijo Stephanie abriendo una botella de whisky barato.

—¿Cómo supieron de mí?

—Digamos que tenemos una amiga que lo sabe todo. ¿Fuiste su novia, cierto?

—¿Novia? —sonrió— ese bastardo no tiene novias.

—Tenemos que reunirnos a solas con él y tú eres nuestra única esperanza —insistió Stephanie acercándole un vaso de licor en las rocas.

—Tienen agallas; lo planearon bien.

—¿Vas a ayudarnos?

—Espero tengan para pagar mis honorarios; los matones de afuera pueden no ser muy amigables.

—Allí está el bolso con tu pago —respondió Melody señalando el lugar con la mirada.

—Entenderán que no voy a poner mi mundo de cabeza por unos desconocidos.

—Estamos buscando a una persona, un fantasma y creemos que Zoltan puede saber dónde encontrarla o proporcionarnos una pista que nos guíe a su paradero.

—¿Hasta dónde están dispuestos a llegar? —preguntó remojando sus labios—. Me refiero a si están preparados para romper toda barrera ético moral en su camino al objetivo.

—Haremos lo necesario.

—¿Matarían?

—De ser necesario...

—No parecen del tipo que vaya dejando cadáveres a su paso.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Melody frunciendo el ceño.

—Yo no puedo llevarlos hasta Zoltan, pero conozco bien a quien sí puede hacerlo; tiene acceso directo.

—Dinos.

—Es un relacionista público, su nombre es Jani Tordai. Mantiene un perfil bajo pero nada con los tiburones; es el encargado de reclutar mujeres, hombres y todo lo q haga falta para las fiestas en la mansión.

—¿Y crees que vaya a ayudarnos? —preguntó Randy con un dejo de resignación en la voz.

—De motu proprio seguro que no, deberán persuadirlo; yo puedo hacerlo por ustedes.

—¿Entonces contamos con tu ayuda?

—En el preciso instante en que ustedes irrumpen en esa casa seré mujer muerta.

—No comprendo.

—La única solución para que todos saquemos rédito y continuemos respirando al final, es que se encarguen de ambos una vez que obtengan lo que quieren.

—¿Quieres que los asesinemos? —preguntó Randy frunciendo el ceño—. ¡No somos criminales!

—Lo sé, pero es la condición.

No se andaba con vueltas. Helena había visto en la desesperación y necesidad de sus captores el negocio de su vida. Estaba a un paso de convertir en realidad la ambición acumulada durante años y no estaba dispuesta a aceptar un pago menor; después de todo, a rey muerto rey puesto y quién mejor que ella para sentarse en el trono invisible de la cima intangible de la nación.

Los ex agentes, por su parte, reunidos en un cónclave que duró apenas unos cuantos minutos, decidieron, más obligados que convencidos, ceder ante la que parecía ser su única oportunidad de reservar estadía en la velada por venir.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Stephanie admitiendo, además, que el timón había cambiado de manos.

—Citaré a Jani aquí en una hora; no podrá resistirse —dijo con una mueca de sonrisa—, y cuando lo haga ustedes le darán una bolsa rebosante de euros.

—Tenemos dólares —dijo Randy ante la mirada fulminante de todos los presentes.

—No aceptará —se lamentó Stephanie—. No va a arriesgar una posición de privilegio por dinero; sobre todo a sabiendas de que su jefe lo asesinará en cuanto todo se desmadre.

—No están entendiendo —dijo con las palmas hacia abajo, buscando serenar las mentes disparadas—. No le diremos cuáles son nuestros planes; no vamos a convertirlo en socio.

—¿Entonces?

—Le diré que tengo dos buenas amigas que se mueren de ganas por conocer a Zoltan y que una fiesta privada sería la solución.

—¿Estás diciendo que vamos a ir a su casa en calidad de prostitutas? —preguntó Melody con los ojos desorbitados, a punto de desfallecer.

—Pueden hacerlo, confíen en mí —sonrió.

La jugada era más arriesgada de lo que habían pensado; sin embargo, conociendo el paño, era también la menos conflictiva para lograr acercarse al magnate.

Estaba oscureciendo; la luna se esforzaba por lucirse en medio de los nubarrones y los relámpagos iluminaban la incipiente noche cuando el timbre de la habitación puso a todos en estado de alerta.

—Debo admitir que jamás pensé verte en un cuchitril de estos; te hacía una mujer con estilo —soltó Jani al ingresar a la habitación.

—Bueno, de vez en cuando me gusta bajar a codearme con los plebeyos —respondió extendiéndole un vaso de whisky.

—Algo me dice que voy a arrepentirme de haber venido —dijo mirándola de arriba abajo.

—¿Cuándo es la próxima fiesta en casa de Zoltan?

—¿Por qué te importa? Sabes que no puedes asistir; él te ama y no quiere verte mezclada en los negocios.

—Tengo dos chicas nuevas que están listas para las grandes ligas.

—¿Las conozco? —preguntó frunciendo el ceño.

—Te dije que eran nuevas.

—¿Tú respondes por ellas?

—Por supuesto.

—Mira, por ahora no tengo nada en la mira, pero ten por seguro que las llevaré cuando se presente algo.

—Creía que Zoltan daría una fiesta en estos días —insistió antes de darle un mordisco generoso a una manzana deliciosa.

—¿Por qué lo dices?

—En la televisión no dejan de hablar de unos inversores chinos; y ambos sabemos cuál es el modus operandi del jefe.

—Es verdad —asintió antes de dar un sorbo a su trago—, aunque ya seleccioné al staff que nos acompañará

—¿Esta noche? —preguntó abriendo grandes sus ojos negros.

—Si me hubieras contactado antes —se lamentó—. Sé que vas a comisión y me hubiera encantado hacerle un lugar a tus chicas en el yate, pero...

—No te preocupes por el dinero, pronto estaré mejor de lo que nunca estuve—interrumpió.

—¿Pienzas robar un banco? —sonrió.

—Pienso quedarme con los negocios de Zoltan; no todos, me conformo con los clubes.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Asesinándolo.

—¿Acaso enloqueciste? —preguntó con un gesto adusto.

—Solo te digo lo que sucederá.

—Mientes, si fuera verdad no lo compartirías conmigo.

—O tal vez estás a punto de morir y no me importa divulgar mis planes.

—¿Qué hiciste? —preguntó tomándose fuerte el estómago con una mano y el cuello con la otra.

—Tranquilo Jani, solo déjate ir —respondió mientras lo miraba asfixiarse, retorciéndose en el suelo.

—¿Qué demonios hiciste? —preguntó Randy tomándose la cabeza, saliendo de su escondite tras el escándalo en la habitación.

—Les dije que esto pasaría.

—¡Sí pero no aquí! Cuando descubran el cadáver, Interpol y todas las agencias comenzarán a cazarnos.

—Son demasiado paranoicos como para haberse lanzado a esta cruzada —resopló meneando la cabeza, yendo a ponerse frente al enorme espejo para retocar su maquillaje—. Llamen al sombra, él lo resolverá.

—¿A quién?

—Es un limpiador, se encarga de no dejar rastro en situaciones como estas.

—¿Cómo lo ubicamos? —preguntó Melody abriendo grandes sus brazos.

—Busquen su número en mis contactos; dejé el teléfono sobre la mesa de luz.

—¿Y ahora qué? —preguntó Stephanie con cara de pocos amigos.

—Ahora llegó el momento de brillar —dijo antes de obsequiarle al espejo un tatuaje de rouge rosado—. Pónganse lindas; tienen que asistir a una fiesta.

Luego de que Randy se ocupara, no de modo tan sutil como hubiera querido, de reemplazar a las titulares por las suplentes, las otrora agentes de la ley destruyeron en mil pedazos sus propios pudores y encendieron al máximo la fría atmosfera en el Lago Balaton. Ni los camareros, ni los guardaespaldas y mucho menos los chinos que esperaban cerrar un trato comercial, podían quitar la vista del paraíso que se erguía insolente a su lado, intocable, inalcanzable, esquivo como la brisa matinal.

No era para menos. Despojadas de sus respectivos sobretodos, ambas mujeres sacaron a relucir su lado más sexy al dejarse lookear por una maestra en el arte de la seducción. Así, Stephanie enfundada en un body de encaje festoneado, casi transparente; y Melody luciendo un corsé de encaje en tono leopardo, eran la única y real atracción en ese yate que se derretía al calor que derramaba la belleza a su paso.

—¡Chicas! —gritó Zoltan al ingresar a su camarote—. ¿Qué están haciendo aquí? Es a los chinos a quienes deben entretener, no a mí —se quejó mientras terminaba de desvestirlas con la mirada.

—Ellos van a comprarte esos esclavos que les ofreces sea que nos dejemos toquetear o no.

—Entonces debo entender que han dejado de trabajar y están disfrutando un crucero, ¿es eso?

—En realidad queríamos un poco de intimidad para hablarte de un asunto serio —replicó Stephanie invitándolo a sentarse.

—Soy todo oído.

De seguro no vio venir el revólver que apuntaba directo a su cabeza y lo invitaba a hacer silencio, a no levantar la perdiz si tenía alguna intención de continuar respirando luego de tamaña e inesperada sorpresa.

—¿Qué creen que están haciendo? —farfulló pálido.

—Daisy Corvelo, dínos donde podemos hallarla

—¿Quién? —preguntó frunciendo el ceño.

—Contaré hasta tres y luego te dispararé en la pierna —amenazó Stephanie jugueteando con un silenciador para su arma de fuego.

—¡Están dementes! —gritó antes de recibir una bala directo en su tibia derecha.

Los gritos fueron desgarradores; sin embargo, el alto volumen de la música en cubierta los volvieron inaudibles para el resto de tripulantes que comenzaban a impacientarse por su tan extensa soledad.

—Ya sabes que no estamos jugando; dínos lo que queremos saber.

—No la conozco, jamás la vi; ¡lo juro! —vociferó antes de recibir un disparo directo en su rodilla izquierda que terminó por inmovilizarlo.

Haberse visto como se arrastraba en vano resbalando con su propia sangre mientras intentaba alcanzar una escopeta que lucía antigua, colgada al lado de un sable corvo en la pared, detrás de una suerte de escritorio.

—Última oportunidad, la siguiente irá a tu cabeza.

—Jamás saldrán de aquí.

—De hecho sabemos exactamente cómo salir; la verdadera pregunta es, ¿nos iremos con tu cabeza o con el dato que vinimos a buscar?

—Nadie sabe dónde localizar a Daisy; es una agente secreta.

—¿Entonces no tienes nada que ofrecer? —preguntó Melody arrodillándose a unos pocos metros del desgraciado.

—Solo la vi un par de veces; ni siquiera recuerdo haber estrechado su mano.

—Mátalo —dijo Melody poniéndose de pie y dirigiéndose a la salida.

—¡Aguarden! —gritó desafortunado—. Sé de alguien que puede llevarlas hasta ella.

—¿Quién?

—Claude Ferrec —farfulló a regañadientes—, pero déjenme advertirles que las asesinará sin miramientos.

—No te preocupes por nosotras, sabemos cuidarnos bien.

—Mis hombres acabarán con ustedes, no podrán bajar de este barco con vida.

—Tenemos un amigo buceando debajo de nosotros en este instante; cuando nos tiremos por la borda no nos verán emerger jamás.

—¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó con las lágrimas cayendo a raudales por sus mejillas.

—Casi lo olvido, necesito que me firmes estos papeles —dijo Stephanie sacando unas cuantas

hojas en blanco de su cartera.

—¿Una nota de suicidio? —sonrió—. Será raro con un tiro en cada pierna.

—No es nuestra intención asesinarte; solo firma.

—¿Qué es?

—Un reaseguro.

—Sigo sin entender.

—Para que no nos persigas después de esta noche.

—No se saldrán con la suya —susurró antes de firmar, sin saber que en cada trazo cedía buena parte de sus propiedades a Timea Szarka, más conocida en el mundo de los pecados nocturnos como Helena.

—Creo que eso es todo, fue un placer hacer negocios contigo.

—Volveremos a vernos —dijo con una sonrisa maliciosa dibujada en el rostro.

—Solo si nosotras vamos al infierno —respondió Stephanie antes de descargar el resto contra la humanidad de Zoltan Aranyque murió como no hubiera querido, solo, indefenso, humillado, como poca cosa; como lo que en realidad era.

III

CLAUDE FERREC

—Tenemos algunas pistas pero no existen certezas en este caso —se lamentó Stephanie.

—Lo mejor será contactar cuanto antes a ese periodista local; de seguro él sabe cosas que se nos escapan; después de todo, estamos en el jardín de su casa.

París, una de las capitales con mayor cantidad de motes que hacen gala de su magnificencia, tiene un lado oscuro que se perpetúa alimentado por las perversiones y atrocidades más espurias, un costado tenebroso y perverso que todos conocen pero prefieren obviar, una mancha putrefacta que empaña todo lo bello que la ciudad supo cosechar con el correr de los años.

Drogas, esclavitud, prostitución, son solo algunos de los legados que arrastra la ciudad desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, aquellas invisibles y bien abastecidas redes son, de seguro, al mismo tiempo, el refugio y arsenal del nuevo escurridizo que figuraba en su lista impostergable.

Claude Ferrec no era un nombre real, más bien un seudónimo que buscaba fundirse con el vicepresidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas, ya sea para confundir o para burlarse de la burocracia que lejos de atosigarlo, se había acostumbrado a su presencia, una suerte de acuerdo implícito que permitía a ambos mundos convivir sin mayores conflictos.

—Algo me dice que deberíamos tener en cuenta las últimas palabras de Zoltan —dijo Randy sin dejar de caminar de un lado a otro en medio de la iglesia.

—¿A qué te refieres?

—Les advirtió que este tal Ferrec nos mataría a todos —vociferó—, por favor, recapaciten, hasta tiene el tupe de robar la identidad de uno de los capos de ONU.

—Hace dos semanas encerré a la ministra de educación canadiense y hace apenas unos días acribillamos al hombre más poderoso en Budapest; nadie dijo que sería fácil este camino.

—Además ya no estamos solos —deslizó Melody mirando hacia la puerta—, tenemos ayuda.

El equipo había logrado contactarse con el experimentado periodista Travis Garnier que traía en su curriculum ser el único en toda Francia que llevaba una investigación exhaustiva sobre trata de personas y prostitución y que, además, había pasado más de la mitad de su vasta carrera persiguiendo a los monstruos esquivos que ahora resultaba imperioso localizar.

Tildado de loco, difamado a diestra y siniestra y amenazado de muerte todos los días de su vida, el recio investigador se había vuelto el hombre precavido, desconfiado y malhumorado que estaban a punto de conocer.

La catedral de Alexander Nevski era el llamativo punto de encuentro que había solicitado el díscolo periodista para carearse con los forasteros que parecían tener los datos claves, las piezas faltantes del rompecabezas que llevaba años construyendo.

—¿Eres Stephanie? —preguntó estrechándole la mano.

—Y ellos son mis compañeros, Randy y Melody.

—¿Qué hacen unos americanos buscando a Claude Ferrec en la Ciudad de la Luz?

—En realidad estamos detrás de otra persona pero necesitamos que...

—Por años intenté atraparlo —interrumpió mientras tomaba asiento en uno de los bancos de madera, frente al altar—. Clubes, aguantaderos, hoteles de lujo, casas en sitios de veraneo y en las alcantarillas más putrefactas de toda la nación; ya no quedan sitios donde no haya hurgado en la cacería de ese criminal.

«No hay testigos, nadie lo conoce y aquellos que sí tuvieron algún contacto con él morirían antes de traicionarlo. Tal vez sea temor, lealtad o la penosa y trágica sensación de sentirse observado y atormentado cada minuto de cada día.

—¿Pero usted sí sabe quién es, cierto? Digo, lo vio en más de una oportunidad —farfulló Randy frunciendo el ceño.

—¿Acaso no hay fotos suyas en internet? —preguntó Travis con una mueca de sonrisa.

—No entendemos.

—El señor Claude Ferrec es de las personas más famosas del continente. ¡Por supuesto que lo conozco! —dijo llevando sus manos a la nuca—. Es indignante que un sujeto así sea vicepresidente de las Naciones Unidas.

—Aguarde, aguarde —se apuró Randy riendo nervioso—. ¿Quiere decir que el Claude Ferrec que perseguimos no es un bandolero al margen de la ley sino un político de carrera de fama internacional?

—Eso digo.

—No puede ser —negó Melody con los ojos desorbitados.

—Si fuera cierto, bastaría con las sospechas que recaen sobre su persona para removerlo de su puesto.

—Me hacen reír —susurró reclinándose hacia atrás, con una sonrisa de oreja a oreja—. Entre piratas no se pisan el parche jamás. Además, para el común de los mortales solo se trata de rumores, cotilleos para manchar a un hombre impoluto.

—Entonces será imposible, es intocable —se lamentó Randy.

—Acepté esta reunión porque me dijeron por teléfono que tenían datos precisos de su paradero.

—¿Su paradero? —sonrió—. Debe estar en su oficina de Manhattan, es el hombre más localizable de la tierra.

—No me refiero a sus locaciones oficiales, sino a los sitios en donde podamos sorprenderlo con las manos en la masa; dejando sus huellas desperdigadas en los mantos de miseria y desolación que teje a diario.

Por fin estaban hablando el mismo idioma. A pesar del cimbronazo que significaba ir detrás de un miembro relevante de un organismo internacional, lograron sobreponerse e intercambiar miedo por furia, incertidumbre por voracidad y, por sobre todas las cosas, pusieron por delante un desorbitante deseo de justicia.

Montmartre era la primera parada. Según el cruce de informes de diferentes agencias que Charlotte había logrado recolectar, el barrio de los pintores era uno de los que Ferrec visitaba con mayor frecuencia. Conocido por su aversión a la religión, nadie esperaba encontrarlo en la Basílica del Sagrado Corazón; sin embargo, aquella era también una zona de antiguos cabarets que todavía se la rebuscaban para mantenerse vigentes en un contexto de abrumadora competencia.

—¿Este es?

—Es la dirección —respondió Melody desde la parte trasera de la camioneta, espionando detrás

de los vidrios polarizados.

—¿Cómo haremos para sorprenderlo infraganti? No podemos simplemente ingresar y preguntar en la barra si se encuentra el jefe; nos dispararían sin dudarlo.

—Lo mejor será ingresar y observar solapadamente cada movimiento.

—¿Randy estás listo? —preguntó Stephanie.

—Listo lo que se dice listo...

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Melody en tono sarcástico, empujándolo al abismo.

—No gracias, puedo solo —respondió antes de descender del vehículo con la firme intención de pasar por un cliente más, alguien del montón.

Al llegar hasta la puerta se sorprendió de la falta de seguridad; la ausencia de matones en ese tipo de sitios era inusual, pero la tenue música que provenía del interior lo alentó a adentrarse en el templo de la perdición.

Todo era tal cual como se suponía. Un ambiente amplio, bien espacioso, con la pista de baile en el centro, rodeada de unas cuantas mesas de madera y una barra enorme que alegraba la velada. Todavía se apreciaban en las paredes los cuadros que rememoraban épocas pasadas y sobre un costado, los instrumentos, propios de una orquesta de jazz, aguardaban en reposo ser acariciados. No era todo, los enormes afiches que promocionaban el *variete* aún podían leerse toda vez que las luces tintineantes dejaban paso a la claridad. Sin embargo, algo no andaba bien. La taberna estaba vacía. A la consumada falta de matones en la entrada, se sumaba la ausencia completa de personal; ni cantineros, ni alternadoras o milongas; mucho menos los músicos o actores que parecieron dejar en pausa el espectáculo montado noche tras noche para ocultarse quién sabe dónde al amparo de la oscuridad.

—¿A qué te refieres con que no hay nadie? —preguntó Stephanie ingresando con su Glock siempre lista.

—Somos solo nosotros —respondió abriendo grandes sus brazos—. Ni clientes, ni empleados, nadie.

—Sin embargo la puerta estaba abierta y la música sonando —dijo Travis centrando la mirada en los vasos de whisky a la mitad que decoraban alguna de las mesas.

—Será mejor que nos vayamos; sea lo que fuere, es peligroso para nosotros —intervino Melody haciendo un inconfundible ademán con su cabeza, señalando la salida.

Resignados y confundidos se dirigieron a la siguiente parada: el barrio latino. Famoso, entre tantos atractivos, por las angostas y pintorescas calles atestadas de restaurantes, se presentaba como la última ocasión de cazar a la presa en su propia madriguera.

—Charlotte confirma que Claude está en Francia, pero no se lo ha visto en el enorme chalet que habita junto a su mujer y sus dos hijas —dijo Stephanie entre suspiros.

—Entonces debe estar en alguno de sus escondites, encargándose de sus negocios ilegales; es ahora o nunca para nosotros.

Un viejo almacén, apenas visible entre tantos negocios que parecían amontonarse para ganar protagonismo, era el punto de llegada, el final del camino para un viaje signado por el misterio y la desconfianza que viene arraigada en la desdicha crónica que parecía acompañar a todo aquel que se dignara a inmiscuirse en los costados oscuros de la Ciudad de la Luz.

—Deberíamos llamar a la policía; de seguro estarán armados —farfulló Travis tembloroso, parado frente al portón de la discordia.

—Nosotros también traemos armas —dijo Randy golpeando el lado derecho de su cintura.

—¿Están dementes? —preguntó frunciendo el ceño—. Si detrás de estas paredes hallamos lo

que vinimos a buscar, nos enfrentaremos a un ejército.

—¿Piensas ir con la policía, que de seguro es parte de este entramado siniestro, a decirles que tenemos una pista de los negocios ilegales de Claude Ferrec? Suerte con ello amigo —sonrió.

—Sí tienes razón —asintió resignado—, pero yo los esperaré aquí.

—De acuerdo, como prefieras —dijo Stephanie antes de manotear el picaporte que cedió sin ninguna resistencia.

La claridad del lugar era total, decenas de enormes cajas de cartón vacías regaban el suelo de mugre y abandono mientras unas cuantas ratas hambrientas correteaban sobre las vigas de madera terciada. El aire viciado, la humedad y el encierro, parecieron apurar el éxodo de quienes alguna vez hallaron refugio entre sus paredes resquebrajadas. Sin embargo, no todo eran malas noticias, al fondo del galpón, a los pies de una escalera que conducía a ninguna parte, todavía se apreciaba una enorme cantidad de ceniza, coronada por una decena de colillas de cigarrillos que alguien con mucha prisa olvidó ocultar.

—¿Qué sucedió?, ¿qué hallaron? —preguntó Travis abalanzándose sobre los intrépidos forasteros.

—Nada.

—¿Disculpa?

—Estaba vacío —contestó Randy pateando con furia el neumático de la camioneta.

—Descuiden, esto aún no se terminó.

—Ya no hay más pistas, estamos en foja cero, no sabemos dónde buscar —se lamentó Stephanie resoplando, resignada.

—Tal vez ustedes no, pero conozco a alguien que podría ayudarnos.

—¿Y por qué lo dices ahora? —preguntó Melody entrecerrando los ojos, desconfiada.

—Nunca pude contar con ella.

—¿Ella?

—Intuyo que se sentirá más cómoda y predispuesta hablando con otras mujeres.

—¿Dónde la hallamos?

—En el paraíso —respondió esbozando una sonrisa.

* * *

Mónaco, barrio de Montecarlo, Costa Azul.

Travis no exageraba. Hartos de perseguir fantasmas en la capital, se apuraron a intercambiar el bullicio metropolitano por el contacto directo con el resplandor de las estrellas, esas que no iluminan ninguna nocturnidad, que no conceden deseos, que no miran jamás hacia la mundana humanidad. Allí, donde el Mediterráneo baña las costas de la ribera francesa yacía la última esperanza para obtener las respuestas esquivas que permitieran, al menos, continuar la travesía que se hallaba truncada en un laberinto sin salida que ponía en jaque la osadía del plan primigenio.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Randy sin poder evitar maravillarse con el paisaje a su alrededor.

—Ya se los dije, conozco una persona que puede ayudarnos.

—¿En este sitio?

—Digamos que le fue bien en la vida —sonrió.

—¿Por qué piensas que va a ayudarnos, acaso tiene algún encono con Claude Ferrec?

—Toda persona de bien tiene diferencias insalvables con ese monstruo —respondió encendiendo un cigarrillo—, pero Mirna es especial, ella, a diferencia de cualquier mortal, tiene la llave que destraba este infierno.

—Sé más específico por favor, bastante tenemos con no entender a Thomas...

—¿Thomas? —preguntó frunciendo el ceño.

—Un amigo nuestro, no te preocupes —dijo Stephanie agitando su mano derecha.

—Mirna conoce cada centímetro de esa cloaca, vio en vivo y en directo las atrocidades que forjaron el imperio del hombre más deleznable de la nación.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Melody con un gesto adusto.

—Era detective y estuvo muchos años tras la pista de Claude...

—¿Y qué ocurrió?

—La persecución era asfixiante, lo seguía a sol y a sombra. A donde fuera que iba Claude, ella iba tras él; estaba obsesionada —dijo mientras el cigarrillo se consumía en su mano—, le mordía los talones como quien dice.

—¿Pero halló algo que lo incriminara?

—Piensen que eran los inicios de este criminal, no tenía la experiencia necesaria para cubrir sus huellas.

—Dinos de una vez lo que encontró —se exasperó Melody.

—Nadie lo sabe, pero sea lo que fuere le proporcionó una jubilación de privilegio.

—Entonces su mudó aquí a cambio de su silencio...—murmuró Stephanie.

—A nosotros hasta nos costaría pagar un café en la confitería más barata.

—Pero si aceptó soborno, si vendió sus principios por una vida de lujo y confort, ¿por qué nos ayudaría? Estaría destruyéndose a sí misma.

—Digamos que tiene prisa por confesarse.

—¿Se cansó de los hoteles lujosos y los berretines de princesa?

—Le queda poco tiempo de vida —respondió provocando un silencio de tumba—. Es un misterio como trabaja la conciencia cuando se acerca el final.

—¿Dónde la encontramos?

—En el bar central de la Blue Tower leyendo los chimentos de la realeza; claro.

Ni siquiera podían tomarse un minuto para respirar hondo y apreciar la belleza que se extendía insolente a su alrededor mientras avanzaban, a toda prisa, hacia su destino. Con el ánimo revitalizado por la nueva oportunidad de zanjar las vicisitudes que significaba lidiar impotentes con la página en blanco de su fallida estadía en París, solo enfocaban sus mentes en aferrarse al último tren, el mismo que no tenía ninguna intención en detenerse en el andén de las buenas intenciones.

No obstante los vientos de cola, el futuro porvenir no estaba reservado para todo el mundo. Randy no estaba invitado. Convencidos de que la antigua detective se sentiría más cómoda y predispuesta entre mujeres; el joven agente debió resignarse a la compañía del viejo Travis que también parecía jugar en el hall del lujoso resort su última carta.

—Debe ser aquella —dijo Melody mientras terminaba de tomar su exprimido de naranja.

—Sí, el mozo hizo bastante hincapié en el Lowchen que la acompaña a todas partes.

—¿Cómo procedemos?

—Esperaremos a que termine de desayunar, luego la seguimos con sigilo hasta su habitación.

—En el hotel hay cámaras de seguridad —susurró mientras removía el hielo con el sorbete—,

no será tan sencillo.

—Tienes razón, no debemos esperar ni un minuto más —deslizó Stephanie soltando sobre la mesa unos cuantos billetes.

Y así, desafiando la tranquilidad que se elevaba impoluta, asaltaron sin miramientos la mesa contigua en la que se hallaba desayunando Mirna Seville, una plebeya de los suburbios parisinos devenida en reina sin corona, jugando a ser de la realeza mientras destruía inclemente los retazos de los principios que forjaron una dignidad acribillada por la avaricia.

—¿Qué significa esto? —preguntó abrazando fuerte a su perro, pálida, inerte.

—Necesitamos hablar con usted y tiene que ser ahora.

—Y no aceptamos un no como respuesta —sentenció Melody.

—¿De qué se trata? —preguntó volviendo en sí.

—Claude Ferrec.

—¿Qué pasa con él? —preguntó frunciendo el ceño.

—Necesitamos encontrarlo.

—Hace años dejé de perseguirlo —se excusó.

—En el preciso instante en que comenzó a darse estos lujos...

—No sé qué creen que saben, pero déjenme decirles que...

—Ni se gaste en desparramar excusas —interrumpió Stephanie—, sabemos que vendió su dignidad por un pago oneroso.

—¿Quién les dijo de mí? —preguntó resignada, desplomándose contra el respaldo de su sillón.

—Eso no importa, solo queremos su ayuda.

—¿Por qué las ayudaría? —preguntó esbozando una sonrisa—. Como bien dijeron hice un trato hace muchos años y no tengo intención alguna de romperlo.

—¿Va a decirnos que duerme bien por las noches? Dudo que las alhajas y vestidos caros que decoran su cuerpo flácido y desabrido la abriguen y refugien de sus gélidos recuerdos.

—¿Así piensan arrebatarme una respuesta? —preguntó mordaz—. Ni siquiera me sonroja la poesía barata de una don nadie que piensa que puede venir a insultarme a mi hogar.

—Tal vez no la conmuevan las palabras, ¿pero qué me dice de las fotografías? —preguntó Melody elevando las pestañas repetidas veces.

—¿A qué te refieres?

—Cuando se expanda por Internet esta hermosa velada; dudo que el señor Ferrec se lo tome a la ligera.

—¿Acaso están grabándome?

—No olvide sonreír.

—Ustedes ganan —resopló mordiéndose el labio inferior—, haré lo que me pidan.

—¿Dónde lo encontramos?

—Por noble que resulte el ahínco de liberar a las esclavas de su calvario, déjenme decirles que eso jamás ocurrirá; ellos promueven, con una mano, todo tipo de programas de investigación, búsqueda y ayuda y, con la otra, se llenan los bolsillos con el sufrimiento inaudible de las víctimas que juramentan proteger.

—Tristemente, en esta ocasión, nos mueven deseos menos ambiciosos, aunque igual trascendentes para nosotras —respondió Stephanie con marcada pesadumbre en su voz.

—¿Quieren asesinarlo? —preguntó frunciendo el ceño.

—Puede guiarnos hacia la persona que buscamos.

—¿En serio? —sonrió—. Hubieran probado con enviarle una carta a su secretaria.

—Buscamos a una criminal de su calaña; no creo que esos asuntos los tratara en su oficina.

—Nada bueno saldrá de todo esto; él las asesinará antes de que puedan siquiera ofrecer sus respetos —susurró moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Eso es lo último que vamos a hacer.

—Tiene una fortaleza aquí en Montecarlo, un séquito de leales soldados que lo custodian día y noche, lo siguen como una sombra; es un suicidio.

—Denos su dirección y le aseguramos que nunca sabrá que usted nos ayudó —prometió Stephanie apoyando su diestra sobre la mano de Mirna.

—Busquen una excusa y vayan con la policía, de lo contrario, créanme, no tienen oportunidad.

Fue lo último que dijo la ex detective devenida en bacana antes de soltar la pieza faltante del esquivo rompecabezas y aunque toda la operación era secreta y Stephanie y sus secuaces no pretendían involucrar a ninguna fuerza oficial, esta vez decidieron adoptar el consejo recibido e invadir, con la ayuda inestimable de un grupo comando, la guarida de uno de los individuos más nefastos de todo el continente. El fin estaba a la vuelta de la esquina; para bien o para mal.

* * *

Todos tienen un miedo que les aflige el alma y les corta la respiración; en el mundo criminal, los jefes temen ser alcanzados por sus pecados y sucumbir al purgatorio terrenal antes de rendir cuentas en el más allá pero los perejiles, por el contrario, solo le temen al látigo del amo y las consecuencias ineludibles que acarrea una insubordinación o, peor aún, una orden no cumplida.

—A mi señal rodeen la casa y si es necesario tiren las puertas abajo —ordenó el jefe del operativo cargando una AK-47, dispuesto a utilizarla en caso de que la situación se saliera de control.

Como él, cada uno de sus hombres, equipados con el mismo armamento, parecía decidido a derrumbar las murallas de la impunidad a la vez que se mostraban entusiasmados sino por la posibilidad de un ascenso, al menos con el reconocimiento que abrazarían al capturar y exponer al público la verdadera y cruda apariencia de uno de los hombre más abominables del mundo moderno.

No obstante la adrenalina que recorría sus venas, no sería sencillo sorprender con la guardia baja a un criminal de clase internacional. No estaba solo. Sus hombres dispuestos a dar la vida por su jefe, de seguro librarían una batalla épica antes de claudicar ante el destino que se erigía insoslayable.

El factor sorpresa era la ventaja con que contaban Stephanie y sus compañeros; el as bajo la manga para reducir a la mínima expresión a su esquivo objetivo y arrancarle más no sea bajo tortura el siguiente nombre para acercarse un paso más a Daisy Corvelo.

Así, con el mayor sigilo posible y acatando las directrices del Mayor Lestaf, se desplegaron para rodear la vivienda y cuando todos estuvieron en posición, ingresaron cual ataque relámpago, haciendo volar las puertas y acribillando a su paso a los dos o tres guardias que intentaron, en vano, algo parecido a una defensa.

Decididos avanzaron llevando auestas la intranquilidad que significaba haber sometido al gigantesco ogro con más aspaviento que esfuerzo; con más despliegue que el necesario, como si las leyendas que bordeaban su sombra gozaran de una excesiva cuota de fantasía, tildando o vistiendo de intocable e inaccesible a un sujeto tan frágil como un papel, agazapado ante el miedo

aterrador de ser expuesto como un simple mortal.

—¿Esto es todo? —preguntó uno de los oficiales mientras avanzaban registrando la vivienda ante un silencio inalterable.

—Tal vez no se encuentre en casa —respondió el Mayor mientras avanzaba por un angosto pasillo del primer piso para requisar la última puerta que faltaba por abrir.

Y allí, como quien sabe que perdió la partida, bebiendo con sobrada resignación el último sorbo del importado que reposaba sobre una bandeja de cristal, estaba el viejo Claude Ferrec inmutable, con la vista puesta en ninguna parte, aferrado a la silla de su oficina como si se tratara de su último deseo, de una promesa inquebrantable que se había hecho a sí mismo.

—¡Levante las manos y póngase de pie!

—No intente nada, no haga ningún movimiento brusco o le garantizo que no vivirá para realizar otro —dijo Randy sin dejar de apuntarlo.

—¿Puedo preguntar por qué irrumpieron de este modo en mi hogar?

—Existen evidencias de que usted trafica con personas y regentea la prostitución a gran escala.

—¿Y qué pruebas son esas?

—Baje al hall y le leeremos sus derechos —respondió secando la transpiración de su frente.

—Con mucho gusto —suspiró antes de ponerse de pie y caminar con las manos en los bolsillos, despilfarrando altanería a cada paso.

En la planta baja lo aguardaban, además de una decena de policías, Stephanie y Melody, en compañía de Travis que no podía ni quería ocultar la felicidad que se manifestaba insultante tanto en las muecas impulsivas como en el brillo de sus ojos que le iluminaban todo el rostro.

—Señor Ferrec, es usted un hombre muy escurridizo —dijo Stephanie al verlo descender las escaleras.

—Aquí estoy.

—Necesitamos hacerle una pregunta

—Creía que iban a detenerme por mis vínculos con la mafia y el mundo criminal.

—¿Vínculos? —preguntó Melody—. ¡Usted es un miserable criminal!

—Lo admito, me agarraron —respondió levantando las manos de manera socarrona—. ¿Y ahora qué? Todo el mundo creerá que se trata de una vil artimaña de parte de mis enemigos políticos. La gente me defenderá, el pueblo entero vitoreará mi nombre cuando algún fiscal ose llevarme ante un tribunal. Además, sé muy bien cuando alguien está vacilando señorita y ustedes no tienen nada.

—¿En serio piensa que su arrogancia lo libraré de esto? —preguntó Stephanie incrédula—. Observe a su alrededor, hay más de quince oficiales apuntándolo.

—Ahora que te observo, tú y tu amiga me significarían mucho dinero —susurró mirándola de pies a cabeza.

—¿Disculpe?

—Son ambas muy bonitas y de seguro engalanarían cualquier esquina, aunque me temo que después de semejante carta de presentación y de la no menos estresante irrupción en mi casa de veraneo, deberé darles una lección; una que hará que nadie jamás las reconozca siquiera.

—¿Está amenazándonos? —preguntó frunciendo el ceño.

—¿La verdad? Creo que se han metido en la boca del lobo; en la madriguera de un animal feroz ávido de vengar la irreverencia.

—Bien, llévenselo —ordenó Stephanie con un ademán burlesco de su brazo—. Mayor, ¿no me oyó?

—¿Desde cuándo una extranjera del común de la gente le da órdenes a la policía francesa? —

preguntó Claude acercándose a la mesita vidriada en medio de la sala para servirse un whisky.

—No necesito la ayuda de nadie para acabar con usted —retrucó Stephanie desenfundando su Glock de la parte trasera de su cintura mientras todos los policías la apuntaban con sus metralletas—. ¿Qué está ocurriendo aquí?

—Me temo que soy dueño de la policía señorita —respondió el viejo derrumbándose sobre un sillón—, pero debo admitir que nunca nadie había llegado tan lejos.

—¿Y por qué permitió que entráramos a su casa?

—No pude resistirme a la tentación de apreciar cómo se vería un rostro triunfador antes de darse cuenta de que, en realidad, había sido víctima de una trampa mortal. Sin embargo, hay algo más gracioso, ¿saben cómo me enteré que vendrían?

—La policía le avisó, obvio —dijo Melody entre dientes.

—Nada de eso, estuve siguiendo todos sus pasos con mucho interés desde el inicio —respondió bebiendo de un trago su vaso caliente—. Travis es de mis mejores hombres; indispensable diría yo.

—¿Tú? —preguntó Stephanie volviéndose hacia el periodista con un interrogante que se sintió igual que una puñalada.

—¿Qué puedo decirte? —sonrió—, querías ver a Claude y te traje hasta su casa.

—Tristemente Mirna se enfermó y le queda poco tiempo, voy a extrañar a esa mujer; era otra pieza clave del equipo —se lamentó.

—¿Y ahora qué? —preguntó Stephanie mordiéndose los labios, sabiéndose derrotada.

—No puedo dejarlos ir y lo sabes.

—¿Va a asesinarlos aquí?

—Primero voy a torturarlas, tengo una reputación que mantener y luego, cuando ya se tornen inaudibles sus gritos de clemencia, recién ahí, tal vez, ponga punto final a sus asquerosas vidas. ¡Llévenlas abajo! —gritó.

—Ni se te ocurra ponerles las manos encima mal nacido —vociferó Randy en un intento desesperado por proteger a sus compañeras, forcejeando en vano contra dos oficiales que lo tenían sujeto.

—Un valiente, aprecio eso —se burló el viejo mirándolo a los ojos—, y para que vean que soy un hombre piadoso a ti te enviaré sin penurias a reunirte con el creador.

—¡No por favor! —gritó Melody desahogada mientras era arrastrada de los brazos y el cabello hacia el subsuelo.

—¡Randy! —alcanzó a gritar Stephanie antes de que un disparo seco se estrellara contra el pecho de su amigo y compañero dejándolo tendido sobre la cerámica grisácea.

Todo se había derrumbado. La osadía de infiltrarse en el mundo ensombrecido de los criminales llegaba a su fin como no hubieran querido, aunque, a decir verdad, con una mano en el corazón, era inevitable; solo la fiereza de unos ilusos bienintencionados pretendió desplazarse con libertad en un mundo desconocido que nunca les dio la bienvenida o extendió una invitación para que espíasen tras bambalinas y mucho menos se inmiscuyeran en los turbios negocios del mal.

—¿Qué fue eso? —preguntó el Mayor Lestaf interrumpiendo súbitamente andanada de puntapiés que iban a parar al cuerpo tendido de Stephanie.

—¡Son disparos! —gritó otro de los policías antes de recibir un balazo en medio de la frente justo cuando abría la puerta para averiguar lo que estaba ocurriendo.

Uno a uno los soldados del infame Claude Ferrec fueron sucumbiendo ante el ataque artero y veloz que los madrugó por completo, aguando de hecho el festín que habían organizado y

disfrutaban a placer.

—¿Quién demonios está diezmándonos? —preguntó el viejo cargando una vieja pistola 9mm que escondía dentro de un barril en la antigua bodega.

—Todo está en silencio, ya no se oye nada —susurró el Mayor Lestaf apoyando su oreja en la puerta.

Iluso. En menos de dos segundos, un disparo que atravesó la madera fue a dar directo a su maxilar derecho y su cuerpo, cual costal de papas, rodó escalera abajo dejando atónito al viejo traficante que corrió a resguardarse detrás de las botellas de Malbec.

Los pasos del asesino al bajar los escalones solo aumentaban el pánico que se había apoderado de un hombre que llevaba años sin darse el lujo de temer.

—Sal ya de atrás de ese barril; podemos hacerlo del modo sencillo o del modo complicado, tú eliges —dijo golpeando contra su muslo la Sig Sauer XM17 con el índice siempre rozando el gatillo.

—¿Thomas, eres tú? —preguntó tartamudeando, saliendo despacio, con las manos en alto en señal de tregua—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Lastimarlas fue el peor error de tu vida —respondió mirando los cuerpos inmóviles de sus amigas en el suelo.

—No sabía que estaban contigo, te lo juro.

—¿Y eso dónde te deja?

—No están muertas, podemos llamar a una ambulancia y...

Los disparos que atravesaron su frágil humanidad interrumpieron sus últimas palabras privando al mundo de una excusa convincente, pero insuficiente para negociar con un desquiciado ex agente que parecía, por fin, haber retomado su antigua vida más no sea por la necesidad imperiosa de hacer justicia por el calvario de su hija.

—¿Por qué lo asesinaste? Pudo habernos dicho cómo llegar a Daisy Corvelo —cuestionó Randy mientras bajaba con dificultad las escaleras, tomándose el pecho con una mano y en la otra sujetando el chaleco antibalas que salvó su vida minutos atrás.

—Debemos sacar a Stephanie y Melody de aquí.

—No me contestaste, él pudo habernos dado un nombre, una lista para continuar.

—Yo no necesito nombres —respondió Thomas cargando a Stephanie en sus brazos—, yo soy la lista.

IV DORIAN KUZMIN

República de Saja, Oymyakon, Siberia

—¿Nunca deja de nevar aquí? —preguntó Randy mirando por la ventana kilómetros de nada teñidos de blanco.

—Debe hacer unos -30° en este momento.

—Tal vez si me dijeras por qué estamos en este inhóspito lugar podría tranquilizarme y entregarme resignado a una muerte congelada.

—Estamos en Rusia para averiguar cómo reunirnos con el principal traficante de armas de todo el mundo —soltó como si nada, como si se tratase de un juego de niños.

—¿Cuál es su nombre?

—Dorian Kuzmin.

—¿Y vive aquí, en la era de hielo?

—No, vive en Moscú —respondió mientras viraba saliendo de la carretera.

—¿Qué haces, por qué saliste del camino?

—Iremos a ver a una vieja amiga aunque debo advertirte que no seremos bien recibidos

—Ya estoy acostumbrándome a eso —esbozó resignado.

—Esto será distinto, ella va a asesinarnos y luego podremos hacerle unas preguntas.

—Sí, eso suena normal, siempre creí que primero preguntábamos y luego moríamos; ¡qué iluso fui!

—Es imprescindible que te quedes en el auto, no apagues el motor o jamás volveremos a encenderlo, ¿entiendes? La gasolina se congela por debajo de los -45°.

—¿Y tú dónde vas? —preguntó frunciendo el ceño.

—A aquella cabaña —respondió señalando una estructura que se veía algo difusa en la oscuridad.

—¿Llamas cabaña a esa choza?

—Escúchame, pase lo que pase u oigas lo que oigas no intervengas, ¿de acuerdo? Tenemos nuestras diferencias y me temo que eso será un obstáculo a sortear antes de comenzar a hablar como personas civilizadas.

—Trato hecho —dijo Randy elevando su pulgar.

Thomas descendió del auto y corrió unos veinte metros para evitar contraer una hipotermia o algo peor. Tocó unas tres veces antes de decidirse a empujar la puerta, a sabiendas que una acción

de ese calibre, en exceso temeraria, bien podía costarle la vida. Una vez adentro, sus ojos se centraron en el hogar encendido y solo pudo acercarse para retomar la temperatura corporal y detener el incesante temblequeo de sus extremidades.

Fueron solo unos segundos de esparcimiento inconsciente hasta que advirtió la soledad que lo cobijaba y comprendió que algo no andaba bien. Las luces encendidas, además de la chimenea y las cacerolas sobre las hornallas cocinando un caldo, solo acrecentaban la incertidumbre y la tremenda sensación de vulnerabilidad al saberse un blanco fácil.

Sin hacer ruido, caminando junto a las paredes, buscaba allanar toda la casa para cerciorarse de que no se trataba de una vil artimaña para sorprenderlo con la guardia baja mientras se relajaba al amparo de la credulidad.

En la habitación principal tampoco había rastro de Ivana y un confundido Thomas comenzaba a cuestionarse un viaje extenuante hasta la frontera del mundo. Sin embargo, cuando pareció decidirse a abandonar su misión, un ruido en la entrada encendió todas las alarmas y lo puso en pie de alerta.

—¿Randy? —preguntó saliendo de su escondite—, te dije que te quedaras en el auto.

—Era la intención pero me invitaron a pasar —farfulló adentrándose en la casa con las manos en alto y un arma apoyada en su espalda.

—Veo que conociste a Ivana...

—Sí, es un amor de persona —respondió antes de recibir un culatazo en la cabeza que lo dejó inconsciente mientras una lluvia de balas se desató sin cuartel.

Lo que alguna vez fue una vivienda ordenada, limpia y tranquila, se había convertido en un campo de batalla que no dejó vidrio por estallar ni pared por perforar antes de que ambas partes pactaran un cese momentáneo de hostilidades.

—¿Qué demonios crees que haces? —le recriminó vehemente—. Esta es una casa de seguridad no un hotel vacacional; ¿cómo te atreves a traer a alguien contigo?

—Necesito tu ayuda —se excusó sin rodeos.

—No colaboro con la CIA.

—Ya no pertenezco a la Agencia y lo sabes; es un asunto personal.

—¿Y desde cuando somos amigos? —dijo apuntando su arma otra vez.

—Te deberé uno grande —respondió juntando las palmas a modo de súplica.

—No tienes nada que me interese...

—Puede que tenga la llave que te depositará en la mesa chica del Kremlin.

—No me digas —murmuró en tono burlón.

—¿Dónde me reúno con Dorian Kuzmin?

—Es un hombre muy importante para mi país, se encarga de los asuntos de Medio Oriente; no puedo entregártelo, ni siquiera por el cariño que jamás admitiré que te guardo.

—Te daré al director de la CIA.

—Sí, como no —sonrió incrédula.

—Ayúdame esta vez y tendrás lo que prometo —dijo mirándola fijo a los ojos, dejando que su alma se expresase a través de la mirada.

—¿Qué es tan importante que traicionas no solo a tus amigos sino a tu país?

—Mi hija.

—Quítate la ropa —ordenó.

—¿Es así como quieres jugar?

—¿Has oído de las ovejas siberianas? —preguntó mientras se desprendía del sobretodo negro.

—¿Disculpa?

—Cuando sorprendí a tu amigo vi un pequeño rebaño al costado del camino...

—¿Entonces? —preguntó frunciendo el ceño.

—Quiero que caces una para mí, se me acaba la comida.

—Juraría que vi un supermercado a unos cuantos kilómetros mientras conducía...

—¿Quieres a Dorian Kuzmin sí o no?

—No duraré ni un minuto allá afuera con esta temperatura; mi entrenamiento no fue sobrevivir en el lago Baikal, ¡no soy un maldito ruso!

—Tienes 15 minutos para traerme una oveja —sentenció mientras barría con sus pies los escombros en el suelo.

—Vamos Yelena, no lo hagas tan difícil.

—No vuelvas a llamarme por mi nombre o haré lo mismo contigo...

—Lo siento, es solo que no estamos trabajando, ya no soy un agente encubierto.

—Pero yo sí y tu cabeza tiene precio; agradece que no tengo intención de cobrar la recompensa.

—Agradezco que recuerdes los buenos tiempos —respondió guiñándole el ojo.

—¿Qué pasa con mi oveja?

—No sobreviviré allá afuera.

—Es tu decisión.

—¿Y si no lo hago?

—Tu amigo se muere.

Acorralado y sin alternativas con las que negociar una salida más civilizada, salió de la cabaña y comenzó a correr de modo desesperado, tratando de mantener el calor corporal y evitar así sucumbir ante la hostilidad del clima. Era inútil, por mucho que lo intentara no podía ver nada en la oscuridad y menos aun cuando la cortina de nieve le impedía apreciar el tono grisáceo que comenzaban a tomar sus extremidades.

Con el corazón latiéndole a cuenta gotas, la espalda completamente rígida y los temblores en aumento, intentó llegar hasta su auto pero le fue imposible. Desorientado, somnoliento y sin fuerzas para desplazarse, solo se desplomó en la nieve que no tardó ni dos minutos en cubrirlo casi por completo.

—Era hora de que despertaras, ya es de día aunque no parezca —dijo Ivana extendiéndole un poco de té verde.

—¿Cómo llegué aquí?

—¿De verdad fuiste a buscar una oveja siberiana? —rió a carcajadas.

—Espero que haya valido la pena.

—Háblame de tu jefe; ¿cómo es eso de que puedes entregármelo? —preguntó mientras retocaba su maquillaje en lo que quedaba de un espejo de pie en la pequeña sala.

—Solo diré que gracias a él mi mundo se derrumbó —respondió antes de darle un sorbo a su infusión.

—¿Tuvo que ver con lo que le ocurrió a tu familia?

—¿Tenemos un trato?

—Lamento molestarlos pero agradecería infinitamente algo caliente que beber —intervino Randy sin desprenderse del hielo que buscaba aliviar la contusión.

—Solo puedo ofrecerte té ruso —respondió Ivana yendo por una taza.

—Por supuesto, lo que sea para matar el frío —dijo antes de escupir a diestra y siniestra el

sorbo bebido, desatando un vendaval de carcajadas—. ¿Por qué no me dijeron que el té ruso era vodka?

—¿Qué esperabas? —preguntó Thomas apretando con fuerza sus costillas que comenzaban a doler de tanto reír.

—Debo irme, ya no puedo vivir aquí; deberían hacer lo mismo —deslizó mientras ingresaba a su habitación—. Les recomiendo el hotel Romanov en San Petersburgo, dicen que sus muros esconden muchos secretos.

Después de un silencio incómodo que vino a coronar el momento en que las miradas se perdieron en el vaivén del fino andar de la rusa, el motor de un automóvil acelerando a toda marcha vino a confirmar que estaban solos.

—¿Por dónde salió? —preguntó Randy abriendo grandes sus brazos—. Al final es cierto, vinimos para nada

—Yo no diría eso.

—Creía que estábamos detrás del paradero de Dorian Kuzmin —replicó confundido.

—Todo el mundo sabe cómo contactar a un traficante de armas.

—¿Entonces por qué diablos vinimos hasta aquí?

—Para averiguar cómo deshacernos de él

* * *

Kolonna, distrito de Admiralteysky, San Petersburgo, Rusia.

Todavía no habían podido quitarse el frío abrazador de encima cuando arribaron a la otrora capital rusa, una ciudad imponente que mezcla tanto la nostalgia de lo que algún día fue y la esperanza de lo que vendrá. San Petersburgo, antiguo centro neurálgico del imperio, es poco menos que una Matrioshka cuyas capas esconden un parecido palpable y mágico con las principales metrópolis europeas.

A medida que avanzaban por sus anchas y largas avenidas podían sentirse en París, imaginarse en Ámsterdam o incluso, confundirse con la ciudad de los canales, emulando así a la edénica Venecia con sus islas y puentes.

—Dice la Doctora Ballero que Stephanie y Melody evolucionan favorablemente aunque estarán en observación unos días más.

—Excelente —dijo Thomas mientras cruzaba la calle rumbo al hotel que sería su refugio el resto del día.

Cada objetivo requería mayor minuciosidad, un planeamiento más estratégico que combinara la sutileza de no morir en el intento y la tenacidad para atacar en el momento preciso, ni antes ni después; cualquier error, por mínimo que fuera, podría desmoronar no solo la estrategia sino toda la operación. No hay segundas oportunidades, no hay mañana, no hay futuro más allá de hoy.

De ahí que Thomas pasara toda la noche en vela, maquinando, como antes lo hacía, una estrategia que lo depositara más cerca de su hija a la vez que permitiera concertar una cita con los jueces del infierno para sus verdugos impíos.

—¿Qué hora es? —preguntó Randy desperezándose.

—Las 7.30hs

—¿Cuánto llevas despierto?

—Supongo que jamás me dormí.

—No eres normal, ¿lo sabes, cierto?

—¿Cómo está tu relación con Melody? —preguntó para entablar conversación por fuera de los límites estresantes del destino.

—¿A qué te refieres?

—Creía que eran novios o algo por el estilo.

—Más quisiera —sonrió—, soy poco para ella.

—¿Disculpa? —preguntó frunciendo el ceño mientras llenaba su taza de café

—Ella es más fuerte que yo, más valiente, más decidida; no tengo nada que ofrecerle —se lamentó.

—Bueno, imagino que algunas cualidades tendrás...

—No todos tenemos el carisma del gran Thomas Weiz —se lamentó resignado.

—No me parece que lo tuyo sea falta de carisma.

—A ver señor sabelotodo, ¿cuál es mi problema? —suspiró.

—Piensas que Melody está enamorada de mí y por eso me odias y pasas más tiempo desacreditándome que en demostrarle que tú eres el hombre que la ama —respondió sin anestesia, como si soltara un grito atragantado que le quemaba el alma.

—No diría que está enamorada de ti, solo te admira demasiado —se excusó sirviéndose café para abrigar su corazón al descubierto.

—¿Sabes lo que le agrada de mí? Mi completo compromiso y temeraria decisión de ir siempre por lo que quiero; ¿o acaso crees que Victoria me amaba por mi don excepcional de asesinar personas? No amigo, cuando el trabajo termina y la adrenalina se agota, soy apenas una sombra de un hombre promedio.

—¿Promedio? —sonrió—. ¡Eres un completo desquiciado, pusiste nuestras vidas de cabeza!

—Puedes irte, ahí tienes la puerta, eres libre.

—¿Y quedar como un insensible y cobarde a los ojos de Melody?

—Déjame que te de un consejo, vuelve a dormir y consulta con la almohada tu siguiente jugada y asegúrate de quedarte por las razones correctas porque de lo contrario, tarde o temprano, cometerás un error que te costará algo más importante que la vida.

—¿Quién eres?

—Llevo años intentando dilucidarlo y creme, aún no lo consigo— respondió y salió de la habitación con rumbo a ninguna parte.

Habían dejado correr demasiado el reloj, gastando las horas mientras escarbaban en la pétrea soledad buscando la nada, asesinando el tiempo que tanto escaseaba con puñaladas rencorosas que solo servían para avivar la corriente que sin miramientos barría lo que quedaba de sus escasas esperanzas.

—¡Estoy listo!

—Guarda la calma, lo harás bien —dijo Thomas observando a su colega a través de los binoculares.

—Solo quiero que sepas que si muero en este maldito almacén será tu culpa.

—Me parece justo, una mancha más al tigre —sonrió.

—¿Te diviertes?

—¿Con nuestras vidas al filo del abismo, a punto de lidiar con un ejército de mercenarios en su propia cueva?; claro que me divierto.

—Deberías probar con ir al cine.

Minutos después de la hora pactada, tres enormes camionetas blindadas se hicieron presentes

en el punto de encuentro para pulir los detalles que habían estado negociando los últimos días.

Armados hasta la médula y con cara de pocos amigos, los hombres de Kuzmin descendieron de los vehículos ansiosos por cerrar la operación y volver cuanto antes al anonimato que otorgan las sombras de la clandestinidad.

—¿Es usted Randy Nichols?

—Pero usted no es Dorian Kuzmin, desde luego —farfulló dejándose obnubilar por la figura esbelta que se paró frente a él.

—Si continúa mirando mis piernas o mi pecho de ese modo tan descarado, me veré en la obligación de probar con usted nuestro nuevo arsenal.

—Disculpe, no fue mi intención...

—¿Trajo el dinero? —interrumpió.

—Lo acordado —respondió tirando al suelo el bolso que sujetaba con su mano derecha.

—Llevamos tiempo sin introducir nuestro producto en Norteamérica.

—Mi jefe está disputándose la frontera sur con otros cárteles y necesitamos imperiosamente ganar las calles.

—¿Está todo bien? —preguntó alterada—, lo noto extraño como si esperara a alguien más.

—De hecho sí, esperaba tratar con el señor Kuzmin en persona.

—Para el caso su jefe tampoco vino, ¿cierto?

—Es un buen punto.

—Larguémonos —dijo elevando su brazo derecho y haciendo un chasquido con los dedos— volveremos a contactarnos cuando tengamos listo su pedido.

Eso nunca pasaría, ni bien atinaron a regresar sobre sus pasos, las detonaciones que incendiaron por completo los rodados crearon un caos generalizado que recrudeció cuando alguien, que no podía visualizarse, abrió fuego desde una posición elevada ultimando uno por uno a los matones que disparaban por inercia imbuidos de impotencia y resignación.

—Yo bajaría el arma si fuera tú —alertó Randy apuntando a la negociadora que era la única que continuaba en pie.

—¿Sabes lo que haces?, ¿sabes con quién te metes?

—Bueno Randy, déjame presentarte a Sabrina Kuzmin, la hija de una de las escorias más grandes de Europa —intervino Thomas mientras descendía los escalones a toda prisa.

—¿Quién eres tú?

—Un viejo amigo de tu papá —respondió antes de dispararle un dardo tranquilizador.

—¿Lo sabías, cierto? Sabías que su hija vendría en su lugar —le recriminó vehemente.

—¿Y qué diferencia hay?

—No pienso lastimar inocentes.

—¿Inocentes? —sonrió—. ¡Escúchate!, estaba vendiéndote un cargamento de armas.

—Dime por qué necesitamos al señor Kuzmin.

—¿Quieres saber? —preguntó mientras cargaba el cuerpo de Sabrina en el baúl de su auto—. Porque ese malnacido subastó a mi hija.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevo años caminando estas cloacas; los conozco a todos.

—¿Y vas a obligarlo a salir amenazándolo con dañar a su hija?

—No —respondió abriendo la puerta de su camioneta—, voy a asesinar a su hija para que sepa lo que se siente y luego iré tras él, ni siquiera el presidente podrá protegerlo.

—Pensaba que buscábamos a Daisy Corvelo, no que ejecutábamos una venganza.

—Pues pensaste mal.
—¿Y ahora qué? —preguntó frunciendo el ceño.
—Debemos averiguar quién la compró —susurró cabizbajo, apretando los dientes.
—Creía que lo sabías todo.
—Si así fuera sería Dios.
—¿Acaso no es eso lo que piensas de ti mismo?
—No mi irónico amigo, pienso exactamente lo contrario —respondió acelerando a fondo dejando tras de sí un cementerio improvisado y una estela de rancia aversión.

* * *

Urgente buscador de atajos, acostumbrado a moldear la faz de los amaneceres, a diseñar a placer hasta la mínima cuota de preocupaciones permitidas para no morir de aburrimiento; no pudo menos que avivar el fuego interior de su ira para compensar el desconcierto que significaba perder un escenario que pensaba controlado mientras era obligado a observar como su primera figura, la actriz principal de su obra, era violentada sin escrúpulos.

No resulta tarea sencilla correr de atrás, a ciegas, cuando te acostumbras a liderar las carreras. No existe nada parecido al orgullo, al enojo bien direccionado que permita recuperar posiciones perdidas. Allí, en el comedor del averno, las alas no sirven para levantar vuelo y el rostro burlesco del destino viene a recordar que somos lo que perdemos y aflige con sobrada suficiencia las penas insaciables de no poder.

Qué estratagema, qué otro cuento, pergeñado entre tragos y medianoche, hubiera puesto en jaque a la hija del monstruo sin que atinara, siquiera, a otear el peligro que amenazaba con arrasar todo lo que habían construido.

—¿Cuánto dinero quieren?

—No han solicitado rescate, señor.

—¿Entonces para qué demonios llamaron? —preguntó mirando por la ventana de su oficina la niebla devenida en desesperanza que cubría Moscú.

—Quieren reunirse con usted en persona.

—No me digas —sonrió—. ¿Qué sabemos de ellos?

—Nada.

—¿Disculpa? —preguntó frunciendo el ceño—. Soy el segundo hombre, después del presidente, más influyente de la nación y no tengo información alguna de los secuestradores de mi hija, ¡es indignante!

—Estamos poniendo todo nuestro empeño...

Fue lo último que dijo el jefe de su seguridad personal antes de recibir un disparo en el abdomen que lo dejó moribundo en la sala imperial, como llamaban, familiarmente, a la oficina donde el viejo Dorian Kuzmin atendía sus negocios lícitos y se reunía con las personalidades más variopintas del país. Después de todo, la campaña por la gobernación de la capital estaba en su punto más álgido y este contratiempo, en extremo inesperado, lo desviaba de una carrera que le venía siendo esquivada.

—Quiero que lo llames, yo mismo hablaré con él —ordenó a su secretario que se apresuró a cumplir los deseos de su jefe.

Mientras tanto, en el norte, Thomas aguardaba con la paciencia intacta el intercambio que

sabía, tarde o temprano, se iba a producir. No porque el señor Kuzmin fuera del tipo sentimental o lo invadiera, llegado el caso, el deseo irrenunciable que lo impulsara a proteger su legado, sino que su ego, del tamaño de la Plaza Roja, terminaría por empujarlo hacia un abismo de oscuridad al pretender salvaguardar su macabra reputación.

—Ni siquiera gastaré saliva en explicarte la estupidez en la que incurriste porque hasta el más ignorante sabe de antemano que meterse con Dorian Kuzmin es cavar su propia fosa.

—¿Quiere volver a ver a su hija?

—Si digo que no quedarás mascando bronca y revolcándote en la impotencia de haberte creído un ser superior cuando, en realidad, no eres más que un insecto harapiento que aplastaré más temprano que tarde.

—¿Se divierte revoleando al aire discursos vacíos que solo amedrentarían a sus temerosos esclavos? —preguntó con insultante suavidad—. No se confunda viejo, no está tratando con un improvisado.

—¡Ilústrame! —gritó mientras movía de lado a lado su mandíbula, señal inequívoca de nerviosismo.

—Si lo quiero muerto, se muere; ¿entendió?

—¿Dedo asustarme? —preguntó mordaz—. Estoy temblando.

—Sé que lo está, por mucho que se esfuerce en mantener su apariencia de piedra, por dentro se va descascarando.

—¡Déjate ya de bravuconadas! —vociferó—. Y dime de una buena vez qué es lo que quieres; no habrás secuestrado a mi hija solo para torturarme psicológicamente.

—De hecho su hija ya pasó a mejor vida —respondió Thomas sin anestesia.

—¿Qué dices? —preguntó con un nudo en la garganta y los ojos desorbitados, perdidos en la cortina oscura de la amargura.

—Me avergüenza admitir que disfruté contemplando su último aliento.

—¡Voy a matarte maldito hija de perra! —gritó revoleando contra la pared lo que tenía a mano—. ¡No habrá lugar en el que puedas esconderte, derribaré el mundo entero si de eso depende la justicia!

—No hace falta que derribe nada, estoy aquí, en Rusia, a pocas horas de su oficina.

—Te aplastaré mal nacido...

—Hospédese esta misma noche en el hotel Romanov en San Petersburgo, allí recibirá nuevas indicaciones —interrumpió antes de colgar el teléfono, con la certeza de que el anzuelo había sido devorado por la presa.

Esta vez era especial. No se trataba del típico caso de a rey muerto rey puesto que buscaba en el vacío erigir una nueva estructura que manejara los hilos a placer. No le importaba a Thomas el tráfico de armas ni el daño que dicho negocio traía aparejado para miles de personas. No, no era una acción bondadosa, un regalo a la humanidad ofrecido de forma espontánea y desinteresada por un hombre que estuvo del otro lado del mostrador y ahora pretendía resarcir al menos un gramo del dolor marcado a fuego en el corazón de los inocentes que atravesaron su camino. Esta vez, al igual que cientos de veces, el motor que impulsaba la jugada era el encono personal, la justicia, la venganza.

Dorian Kuzmin no era un eslabón más en la cadena, un peldaño más en la escalera descendente hacia el quejumbroso llanto de su familia; era, ni más ni menos, que el hombre que vendió a su hija como si se tratara de un producto cualquiera y depositó sabe Dios en qué manos su único motivo de orgullo, la motivación de su respiración, la razón de sus latidos, la excusa para

despertarse un día más.

—Habitación 603, señor.

—¡Te dije que pidieras la suite presidencial! —vociferó enardecido, con las venas violáceas de la rabia.

—La están refaccionando, se encuentra inhabitable.

—¿Vinieron todos?

—Cuatrocientos de nuestros mejores activos, como lo ordenó —respondió su secretario que jamás soltaba ninguno de sus tres celulares.

—Quiero que vigilen las entradas, los techos, los entresijos, los ascensores; absolutamente todo.

—Así se hará, tenemos a todos los hombres en posición y hemos tomado control de la sala de monitoreo.

—¿Las comunicaciones telefónicas?

—Todas las líneas intervenidas.

—Espero terminar con esto cuanto antes; debo regresar a mi vida —fue lo último que dijo Dorian Kuzmin antes de ingresar al ascensor con siete de sus custodios.

El hotel completo estaba tomado por el ejército del traficante de armas más importante del mundo. Desde el subsuelo hasta la terraza no había sitio que sus fuerzas no controlaran; a la vez que sus principales allegados se concentraban en desmoronar cualquier trampa o artilugio que pudiera haber planeado el atrevido más audaz que hubieran conocido.

—Su habitación está limpia, señor —dijo el encargado del operativo luego de revisar hasta el último recoveco.

—Esperen afuera y déjenme cualquier llamado.

—¿Quiere que pida servicio a cuartos, señor? —preguntó su secretario haciendo una suerte de reverencia.

—Ve tú a traerme la mejor botella de vodka; no podemos confiar en los camareros o en ningún empleado; pueden fácilmente estar confabulados con el enemigo.

—¿Desea algo más, que coloque una guardia que lo custodie de cerca?

—Estaré en el cuarto, dile a dos hombres que monten guardia aquí, en la sala —ordenó antes de marcharse.

—Enseguida.

Nada más ilusorio que la seguridad. Nada más perjudicial que la grácil sensación de tenerlo todo bajo control para bajar la guardia y enfrentarse a la traicionera y cruda realidad.

—Si dices una sola palabra te mueres —susurró un hombre encapuchado apuntando al señor Kuzmin con una pistola de bajo calibre.

—¿Cómo demonios....

—Es un mueble interesante; ¿no le parece? —interrumpió acariciando el aparador de madera.

—¿Qué es lo que quiere?

—¡Entre! —ordenó señalándole el pasadizo oculto detrás del viejo placar.

—Cuando mi gente note mi ausencia derrumbará el hotel si es necesario —sonrió

—Sería una pena que una reliquia histórica como esta se perdiera; de todos modos, llegado el caso, estaremos muy lejos. ¡Camine!

—¿Qué es este lugar? —preguntó mientras observaba estupefacto el pasaje milenario.

—Uno de los tantos túneles que forman la famosa ciudad subterránea de Iván el Terrible.

—¡Eso es un mito!

—Entonces pise con cuidado porque camina sobre uno.

—No daré un paso más hasta que descubra su rostro, merezco saber quién está pergeñando este ataque contra mi persona —sentenció plantándose con autoridad.

—¿Por qué no?

—¿Thomas? ¡Esto es un atropello! —gritó salivando su tupida barba—. ¿Es por Medio Oriente, cierto? Nuestras naciones tienen un acuerdo, esto motivará una guerra.

—No vine en nombre de mi nación —respondió mientras guardaba el pasamontañas en su mochila.

—¿De qué se trata entonces? —preguntó frunciendo el ceño.

—Hace seis años subastaste a una niña en las islas Borácay, en Filipinas.

—No lo recuerdo.

—Claro que sí, un traficante de armas tiene muchas cualidades pero la más importante es la memoria.

—He subastado cientos de adolescentes; ¿por qué recordaría una en particular? —se excusó.

—Porque tenía heterocromía del iris

—¿Disculpa?

—Un ojo de cada color; una rareza pocas veces vista.

—¿Por qué te importa? —preguntó acercándose con cautela—. Si hubiera sabido que la querías para ti...

—Era mi hija —interrumpió.

—¡Maldita sea! —se lamentó, consciente de lo que eso significaba.

—Necesito el nombre del comprador.

—No lo sé —respondió antes de recibir un disparo en su rodilla—. ¡Maldito hijo de perra! —gritó mientras se revolcaba en el suelo.

—Su nombre...

—¿Por qué te lo daría? —farfulló—. Me matarás de todas formas, no tengo ningún incentivo.

—Puede que le perdone la vida a tu hija.

—Buen truco, pero ya la mataste; ¿recuerdas?

—¿Y perder mi as de espada? —sonrió mostrándole un video en la pantalla de su celular donde se apreciaba a Sabrina amordazada, luchando contra las sogas que la mantenían inmovilizada.

—Eso no prueba nada, pudiste haberlo grabado antes de ultimarla —replicó apretando los dientes y golpeando el cemento repetidas veces con la palma de su mano.

—Si no me das el nombre que busco haré la llamada y serás testigo de su final.

—No sé quién la compró, envió a un intermediario —se excusó—. Ya sabes que muchos prefieren mantenerse en el anonimato.

—¿Quién era el intermediario? —preguntó arrodillándose para poder oírlo mejor.

—Una abogada de Eslovenia.

—Su nombre.

—Natalija Vidmar —soltó mientras las lágrimas comenzaban a salir contra su voluntad.

—Te lo agradezco —suspiró aliviado, poniéndose de pie.

—¡Aguarda! —gritó desesperado, arrastrándose—. ¿Cumplirás tu promesa?

—Tal vez ya lo hice —dijo apuntando directo a la cabeza de su rehén.

—Espera un segundo —suplicó con los ojos entrecerrados, casi como un susurro—. Cuando llegué solicité la suite presidencial; ¿allí también existe un pasadizo o tuviste una desorbitante

cuota de fortuna?

—Eres muy previsible, te gusta el lujo y el confort y no ibas a conformarte con menos —sonrió —, solo tuve que reemplazar al personal de mantenimiento para efectuar una reparación y digamos que salió peor de lo que esperaba.

—Eso no explica cómo sabías de este lugar —insistió mientras su rostro se transformaba—. ¿Acaso hay un topo?

—Siempre hay alguien.

—Entonces será mejor que corran porque cuando no se sepa nada de mí, toda Rusia irá a buscarlos.

—Descuida, no te dejaremos pudrirte aquí. Por la mañana tu cuerpo aparecerá en el Volga y nunca nadie sabrá lo que pasó.

—Espero que tu hija haya sufrido....

No alcanzó a terminar de hablar, tan solo se desplomó sobre el áspero cemento que no tardó en teñirse de rojo sangre ante la complaciente mirada de un despiadado y desatado asesino.

—¿Valió la pena? —preguntó Ivana apoyando su mano en el hombro de Thomas.

—Conoces la respuesta —respondió con los ojos clavados en el charco de sangre que cada vez se hacía más grande.

—¿Qué harás ahora?

—Ya lo oíste, me marcho a Eslovenia.

—¿Qué hay de mi pago?

—Mi antiguo jefe no estará feliz de verte, eso te lo aseguro.

—Creía que a todos los hombres les agradaba verme —sonrió mordaz.

—Eso es porque se dejan llevar por la belleza exterior ignorando que eres una asesina a sangre fría

—Y lo dice el hombre que acaba de fusilar a un pobre viejo desarmado—retrucó tapándose el rostro.

—Desarmado tal vez, pero de pobre viejo no tenía un cabello y lo sabes —dijo mientras caminaban juntos, distendidos, rumbo a la salida.

V

NATALIJA VIDMAR

—Sí, voy a salir —le gritó al celular que reposaba sobre su cama mientras terminaba de elegir el atuendo adecuado—, espero que después de esto dejes de atormentarme.

—Amiga llevas más de un año recluida en el trabajo y, siendo detective, el único e imperdonable crimen es que guardes para ti el monumento que tienes por cuerpo.

—Qué exagerada eres —respondió Stephanie sonrojada, haciendo malabares para no reír a carcajadas mientras delineaba en modo *pin up* sus refulgentes ojos verdes.

—Todavía no me dices a dónde irás.

—Saqué entrada para el teatro.

—Ya te imagino cautivando los ratones de un productor de cine.

—¡Cállate! —gritó— no estoy buscando pareja, solo un momento de esparcimiento, es todo.

—Lamento no poder acompañarte —se excusó Charlotte—, había olvidado por completo el cumpleaños de mi cuñada.

—No te preocupes, estaré bien —contestó mientras observaba su enorme colección de zapatos—. Después de todo qué podría salir mal; es solo una salida.

—Prométeme que te divertirás y que luego de la función irás a embriagarte a un bar andrajoso y amanecerás acompañada...

—¿Acaso crees que soy una cualquiera? —interrumpió entre risas—, no es el tipo de diversión que persigo, pero gracias por intentar pervertirme.

—No hay de qué, llámame y cuéntamelo todo.

—Lo haré, te quiero.

—También te quiero, cuídate.

Había olvidado la sensación de sentirse linda, de arreglarse más no sea para ella y disfrutar de una velada acaparando las miradas atraídas contra su voluntad, víctimas de una belleza dormida que volvía a emerger al amparo de la luna.

Elegante y sensual era el estilo que había escogido para deslumbrar en la noche neoyorkina. Enfundada en una mini de cuero negra que dejaba ver sus largas y suaves piernas, combinada con una blusa sin mangas de cuello alto y coronada con unos zapatos de taco bajo de diseñador; estaba casi lista para emprender viaje. Batió su largo pelo rubio y le dio un beso al espejo para immortalizar el rosado casi nude de su labial. Ahora sí, cumplidos los rituales solo le faltaba tomar su cartera cuando el timbre del departamento sonó como un presagio de muerte; como una puñalada arterial tan fría como inesperada.

—¿Quién es? —preguntó mientras abría la puerta para no dejar lugar a la incógnita—. ¿Thomas? —alcanzó a decir antes de ser empujada hacia el interior con más apuro que violencia.

Llevaba meses sin ver a su compañero y la sorpresa solo le permitía contemplarlo en silencio,

perdiéndose en la profundidad de una mirada que parecía querer devorarla.

La arrinconó. La fue llevando hasta aprisionarla junto a la pared blanca del comedor y como una bestia se abalanzó sobre su cuello, besándolo como si su vida dependiera de ello.

Stephanie estaba paralizada, con los ojos cerrados, pretendiendo digerir lo que ocurría. Para colmo, el silencio volvía irreal cada una de las caricias que de a poco se colaban por su cintura y amenazaban con trasgredir la barrera del sin retorno.

De tanto en tanto se volvían perceptibles sus pedidos, envueltos en suspiros, para que cesara el vendaval de besos que trepaban hasta sus labios, haciendo de su boca un manantial incapaz de apagar tanto ardor; como si se tratara de fuego griego alimentándose de la lujuria que lentamente se apoderaba de su piel.

Thomas estaba poseído, como si poseer a su compañera se tratara de una cuestión de vida o muerte, una asignatura pendiente que había decidido saldar luego de discutirlo con su propia sombra cientos de noches.

No había caso. En el fondo, ninguno de los dos deseaba detener lo que apenas estaba iniciando y parecieron entregarse, sin resistencia, a los brazos candorosos de la pasión. Las caricias que supieron encender la mecha ahora daban paso a los besos más fogosos y al manoseo ampuloso que terminó con la rubia entrelazando sus piernas alrededor de la cintura de un hombre fuera de sí, mientras se estampaban a diestra y siniestra contra los muebles que osaban cruzarse en su camino.

—Creía que no volvería a verte —susurró mientras elevaba los brazos para desprenderse de su blusa.

—No podía pasar un segundo más sin estar contigo —respondió mientras se quitaba la remera —, sin tocar, sin sentirte.

—Esto es una locura —farfulló Stephanie mientras lo ayudaba a quitarse el pantalón.

—Locura sería no hacerlo; hemos perdido mucho tiempo ya —replicó antes de besarla y apretar con fuerza sus senos a través del sujetador negro que continuaba, celoso, custodiando los suaves y tiernos pechos de la detective.

De un zarpazo tiraron todo cuanto estaba en la mesa de la cocina y Thomas la levantó, como si nada, tomándola de las axilas y la sentó allí, sobre la madera, mientras él continuaba de pie invadiendo cada frontera de su cuerpo, sembrando la pasión en cada rincón y atesorando en cada roce la fragilidad de un alma entregada.

Ella no se quedó atrás, levantó su falda y apretó entre sus piernas la humanidad de su compañero, a la vez que le acariciaba viejas cicatrices que interrumpían con aspereza la fortaleza de su espalda.

—¿Quieres que echemos una manta al suelo? —preguntó tomándola de las manos para ayudarla a incorporarse.

—No creo que el piso necesite ninguna manta.

—Debe estar frío —respondió apretándole fuerte las nalgas.

—Entonces lo calentaremos —susurró apoyándole el índice de su mano derecha sobre los labios, haciéndole entender que sobraban las palabras.

Ya no había teatro, no había salida, la mejor función que pudo soñar la tenía como protagonista sobre la cerámica de su propia cocina, cabalgando sobre las fantasías que tanta veces había soñado despierta.

—Por favor, no pares —musitó con los ojos cerrados, disfrutando el vaivén de los cuerpos acurrucados.

—No pienso hacerlo —respondió tomándola fuerte del pelo, dispuesto a cumplir su promesa

Y así, mientras se cubrían de transpiración y bebían del veneno traicionero que traía consigo la lascivia imperante, se volvieron al comedor para terminar de saciar, al abrigo de la alfombra aterciopelada, las llamas desatadas que parecían emerger de la piel con cada rasguño, con cada gemido, con cada latido que se aceleraba alimentado por el delicioso y culpable sabor a prohibido.

—¡Thomas, Thomas, despierta! —gritó Randy zamarreándolo—; estamos llegando.

—¿A dónde? —preguntó exaltado, abriendo y cerrando los ojos.

—A Praga; ¿a dónde más?

—Sí, claro, a Praga —respondió buscando volver las pulsaciones y la respiración a los cauces normales.

—¿Qué soñabas? —preguntó extendiéndole un expreso—. Estabas profundamente dormido.

—Solo recordaba buenos tiempos, es todo.

—Charlotte dice que Natalija se hospeda en un cinco estrellas cerca del Castillo.

—Debemos ir con cuidado, no sabemos a ciencia cierta quién es ni por qué se involucró en algo como esto —advirtió Thomas haciendo sonar su cuello contracturado.

—¿Crees que estemos cerca de Daisy?

—No, no lo creo.

—Oye, quería disculparme contigo por lo del otro día en San Petersburgo; a veces yo me dejo llevar por las emociones y no pienso con claridad.

—No te disculpes Randy —le dijo palmeándole el hombro—, todos estamos bajo mucha presión.

«Próxima parada Praga, la capital de República Checa, la Perla de Europa» anunciaron por el altavoz mientras el tren se acercaba a su destino.

Como pocas veces, los antiguos detectives no sabían qué esperar; el nombre de Natalija Vidmar estaba fuera de su radar y no cuadraba en absoluto que una abogada prestigiosa, dedicada a litigar en casos viales, hubiera viajado hasta Filipinas para pujar por una niña y depositarla en los brazos de un enigmático comprador.

Por eso estaban ahí decididos a interrumpir sus vacaciones para interrogarla. Resultaba imperioso entrevistarse con ella y obtener las respuestas que iluminaran un sendero cada vez más tenebroso.

—¿Qué averiguaste? —preguntó Thomas al ver a su amigo temblando de frío.

—El conserje dice que salió hace rato con un contingente de turistas rumbo al Puente de Carlos.

—*Elemental, nadie puede decir que visitó Praga si no visitó su monumento más famoso* —pensó—. Entonces vamos para allá.

—¿Qué demonios es el Puente de Carlos? —preguntó frunciendo el ceño.

—Es una reliquia arquitectónica ordenada por Carlos IV en 1357, sobre la que reposan una gran cantidad de estatuas de santos.

—¿Crees que fue a pedir perdón por sus pecados? —preguntó mordaz.

—O tal vez fue a pedir un deseo —respondió parando un taxi.

—¿A qué te refieres con pedir un deseo? Pensaba que eso ocurría en el Sena o en la Fontana di Trevi

—Existe una estatua de bronce de San Juan Nepomuceno y las personas acuden para tocar su martirio y pedir un deseo; tal vez debamos hacer lo mismo —contestó sin dejar de mover las piernas, ansioso, preocupado por tener que buscar una aguja en un pajar inmenso.

* * *

Era una verdadera pesadilla. Cientos de personas recorrían las calles de la ciudad impulsadas por un esqueleto intransigente que se negaba a atesorar la belleza casi artística que se extendía hasta el infinito. Así, con ese panorama poco alentador, Thomas y Randy avanzaban con cautela, estudiando con extrema minuciosidad los rostros alegres que iban y venían con la misión de encontrar a la abogada escurridiza que, según sabían, gastaba el tiempo libre embarcándose en tours bastante onerosos para la media de la población.

—Será imposible hallarla entre tanta gente —se lamentó Randy ofuscado—, tal vez debamos regresar al hotel y aguardar allí su regreso.

—Tiene que estar por aquí —susurró Thomas apurándose a mostrarle a la gente una foto de la fugitiva en su celular.

Las negativas estaban a la orden del día. Nadie parecía conocerla. Para colmo de males, tampoco se apreciaba ningún micro o vehículo distintivo que diera prueba de haber trasladado turistas a recorrer los monumentos indispensables de la región.

—Sí, yo la vi, viajó con nosotros desde el hotel —dijo una señora mayor que llevaba un enorme sombrero blanco en la cabeza—. ¿Por qué asunto la buscan?

—Necesitamos saber de una compra que hizo...

—¡Un regalo! —interrumpió Thomas golpeando, de modo sutil, a Randy con su codo—. Queremos saber a dónde compró un obsequio que le hizo a mi hijo la semana pasada; es que tenemos que cambiarlo, no funciona.

—Entiendo —suspiró volviendo la vista hacia la ciudad vieja—. Hace unos minutos la vi en la torre.

—¿En la torre, qué torre? —preguntaron casi al unísono.

—En la torre de la Pólvora —respondió señalando la dirección.

A ninguno de los dos le daban las piernas para correr más rápido, haciéndose lugar a los empujones entre los cuerpos inertes, suspendidos en medio del camino, estorbando el libre paso que se tornaba imperioso para poder alcanzar a su objetivo.

Arqueados y con las manos en las rodillas, buscando recuperar el aire ausente en sus pulmones, aprovecharon para contemplar la ennegrecida torre gótica que desde tiempos inmemoriales custodia la entrada a la ciudad vieja.

—Disculpe, quisiéramos subir a conocer la torre.

—Lo siento, las visitas han terminado por el día de hoy; vuelvan mañana —dijo un hombre vestido con gracioso atuendo.

—Escúcheme —intervino Thomas mordiéndose los labios—, en realidad estamos buscando a una persona que estuvo aquí hace rato.

—Aquí ya no queda nadie.

—¿A dónde iría si fuera turista? —preguntó Randy.

—Pues al castillo; no se me ocurre sitio mejor —respondió mientras cerraba el candado de la puerta.

Thomas salió disparado y Randy, luego de resoplar unas cuantas veces, apretó el acelerador para no perderle pisada a su amigo; ya era bastante malo ir detrás de una presa escurridiza como para que ellos dos también se desencontraran, ya que el Castillo de Praga no es un edificio o,

mejor dicho, no es solo un edificio, se trata de un complejo de innumerables recintos que lo vuelven el más grande del mundo. Sí, en aquel intrincado laberinto que no era otra cosa que la antigua ciudadela, debían adentrarse para buscar en cada recoveco a la razón de su desvelo.

—¿Por qué no me dijiste que el castillo era una maldita ciudad?

—Lo siento, olvidé que soy tu guía turístico —respondió sin dejar de caminar por las angostas calles abarrotadas de gente.

—Y yo que pensaba que el puente era malo —bufó—. ¡Esto es una locura!

—No te desanimes, sigue caminando.

—¿Ya notaste la cantidad de policías que hay? —preguntó observándolos de reojo.

—Aquí tiene su oficina el presidente de la nación.

—¿Estás burlándote de mí?

—En absoluto —respondió dirigiéndose a la Catedral de San Vito.

Eran malas noticias. La fila para ingresar era interminable y de seguro, para cuando fuera su turno, Natalija ya estaría en algún otro sitio despuntando el vicio. No podían esperar. Cada segundo que movía las agujas del reloj era una puñalada en el centro de la desesperación que los manejaba como títeres, a su antojo.

—Ven, tengo una idea —susurró Thomas abandonando la fila, encarando hacia la entrada.

—¿Estás loco? Van a matarnos —se quejó Randy sin perder el paso.

—Disculpe señor —farfulló dirigiéndose a la seguridad con un dejo de tristeza en la voz—, estoy buscando a mi hijo y no aparece por ningún lado, estoy desesperado.

—Yo no puedo abandonar mi puesto, pero alerte a los policías y de seguro lo ayudarán —respondió mientras cortaba los tickets de las personas que habían comprado su entrada.

—Es que una mujer me dijo que lo vio adentro de la Catedral, en compañía de otro hombre; ¿comprende?

—¿Qué mujer le dijo eso?

—Una anciana con un enorme sombrero blanco —respondió acompañando con ampulosos ademanes sus palabras.

—Ah sí, recuerdo ese sombrero —sonrió—. Dígame cómo es el niño, cómo está vestido e iré a echar un vistazo

—¿No cree que el padre lo reconocería con mayor prontitud? —preguntó Randy elevando las pestañas.

—Está bien, pase —ordenó haciéndose a un lado—. Usted esperé aquí —dijo apoyando su brazo izquierdo en el pecho de Randy.

—Pero soy el tío —se excusó en vano.

No hubo caso. El oficial era incorruptible y no quiso saber nada con dejar entrar a Randy que no tuvo más remedio que conformarse con la esperanza de que su compañero tuviera éxito.

En el interior de la Basílica, Thomas se perdió unos instantes en la belleza que copaba sus ojos.

«*Concéntrate, no viniste de visita*» se repetía toda vez que algo acaparaba su atención. Buscó por todas partes, incluso se hizo un hueco a los empujones para husmear en la capilla de San Wenceslao pero todo fue en vano. No había rastro de Natalija y de a poco empezaba a sentir la asfixiante sensación de derrota.

Cabizbajo pero con la certeza de que la perseverancia era la ruta a seguir, salió de la catedral dispuesto a no bajar los brazos e insistir en el juego del gato y al ratón.

—Señor, ¿encontró a su hijo?

—¿Qué hijo? —retrucó sin voltear, dejando al guardia boquiabierto.

—No me digas nada, tampoco estaba en la catedral.

—Busqué en cada rincón, solo me faltó revisar el salón de las siete llaves pero no tiene caso, nadie tiene acceso.

—¿De ahí viene la expresión « guardar bajo siete llaves »? —preguntó entre risas—, deben guardar algo muy valioso.

—De hecho sí, las joyas de coronación de los reyes bohemios.

—¡Madre mía! —vociferó casi sin querer—. ¿Y ahora qué?

Ya no había respuestas satisfactorias, Thomas había preferido no arriesgar al voleo y avanzar con parsimonia, cual turista, dejándole al destino lo que la astucia no lograba. Así, mientras avanzaban por las pintorescas callejuelas del pasaje de oro, antiguo hogar de los más exquisitos orfebres, notaron entre la multitud un rostro familiar comprando unas baratijas a los artesanos que hicieron de aquel paraje su punto de venta.

Como quien no quiere la cosa, pasando por simples compradores, se colocaron a su lado para cerciorarse de que no había error y festejaron en silencio, apenas esbozando una sonrisa traviesa, el final de la persecución.

—¿Natalija Vidmar? —preguntó Thomas haciéndola saltar del susto.

—¿Quién es usted?

—Me gustaría hacerle una pregunta, venga conmigo por favor —solicitó casi como una orden, tomándola de la muñeca.

—¿Señorita está todo bien? —preguntó el vendedor al presentir en el aire que algo raro pasaba.

—Sigue con tu negocio amigo, no pasa nada —dijo Randy antes de ser embestido por un ladrón de poca monta que corría a toda prisa.

Cuando parecía que nada podía salir mal, el joven detective se estrelló contra las mesas con caballetes que sostenían cientos de pulseritas y demás bijouterie; desatando un completo caos.

En medio de la conmoción, Natalija aprovechó para escabullirse entre la multitud dejando a Thomas en la duda insalvable de ayudar a su colega o perseguir a su presa.

—¡Síguela!, no te preocupes por mí —gritó Randy mientras se incorporaba con dificultad.

Como dos dementes en fuga que arrasaban con todo a su paso, ingresaron al antiguo palacio real haciendo caso omiso de los policías que alertaban una y otra vez para que detuvieran la marcha.

—¡Natalija, detente! —vociferó Thomas antes de iniciar un tour completo por todo el edificio.

La sala de los registros, la sala de Vladislav, la Capilla de todos los santos, las Escaleras de los caballeros, el Ala teresiana, la Cámara del consejo imperial, la sala Carolina; todos y cada uno de los salones fueron testigos de la cacería que continuaba siendo infructuosa gracias, en parte, a la multitud que se interponía entre uno y otro.

—Sabes que no debes llamarme a este número, más te vale que tengas una buena excusa para haber violado nuestro acuerdo.

—Él está persiguiéndome —dijo con la voz agitada, desplazándose agazapada para evitar ser vista.

—¿De qué estás hablando?

—Thomas Weiz.

—¡Imposible! —susurró—. ¿Dónde estás tú en este momento?

—En Praga.

- Quédate allí, enviaré ayuda.
—Va a atraparme, no podré esconderme mucho tiempo —se lamentó entre lágrimas.
—Por tu bien espero que no lo haga; tu vida depende de ello.

* * *

De a poco la noche copaba el cielo grisáceo mientras las nubes y la luna se trenzaban en franca batalla en su afán por prevalecer. A ras de suelo, por donde caminan los mortales, las calles se encontraban despejadas, descansando de la marea humana que las invadió sin miramientos; soportando apenas unos cuantos valientes, maniatados por la curiosidad, que continuaban maravillándose con los edificios de piedra o bien perdidos en el oleaje que regalaba el Moldava toda vez que el viento se hacía sentir.

—Disculpe, no pretendía asustarla, creía que ya no había nadie —dijo el sacerdote observando el rostro pálido de Natalija que interrumpió súbita su plegaria.

—La culpa fue mía padre, no debería estar aquí.

—Tal vez sea lo contrario.

—No lo entiendo.

—Nadie se arrodilla frente al altar por equivocación—sonrió.

—Lo que hice no tiene perdón, aunque tal vez todavía pueda hacer algo para resarcirme— se confesó mirando con ojos llorosos la cruz imponente que se elevaba frente a ella—. ¿Usted sería tan amable de hacerme un favor?

—Por supuesto, si está en mi mano lo haré; ¿de qué se trata?

—Si algo llegara a pasarme esta noche, quiero que le entregue este papel a un hombre llamado Thomas Weiz.

—¿A qué se refiere con eso?—preguntó frunciendo el ceño.

—No se preocupe, sabrá qué hacer cuando llegue el momento —respondió poniéndose de pie, secando sus lágrimas con un pañuelo de tela rosada.

—¿Y a ese tal Thomas cómo lo encuentro?

—Él lo encontrará a usted antes del amanecer, confíe en mi palabra —susurró antes de retirarse con el alma aliviada.

Entre tanto, Thomas y Randy deambulaban por la ciudad vieja como dos vagabundos, siguiendo ningún rastro, a la deriva, a la espera de un milagro que los pusiera cara a cara con su destino.

—Recuérdame por qué no fuimos a su hotel.

—Porque no volverá, sabe que estamos buscándola.

—¿Y por qué seguimos aquí? —insistió, tiritando de frío—. Seguro tomó un taxi o abordó un tren y esté ahora a años luz de este maldito lugar.

—Está aquí —sentenció—. Está asustada y una persona asustada se oculta en su madriguera hasta que el peligro se esfume.

—¿Y su madriguera es...?

Las campanas de la iglesia interrumpieron con violencia el murmullo del viento orientando las miradas al convento de San Jorge, una antiquísima construcción que combina románico y barroco que en la actualidad es sede del Museo Nacional de Arte.

—Thomas estás demente, van a encerrarnos durante años por allanamiento, usurpación y otros múltiples delitos —imploró resignado.

—Es nuestra última oportunidad —respondió antes de abrir el candado y empujar la enorme puerta con la palma de su mano.

Revisaron todo, con los ojos abiertos avanzaron pendientes del más mínimo detalle, maravillados por la enorme colección de obras barrocas y rodolfinas que decoraban con despiadada belleza las blancas paredes.

Estaban exhaustos, para colmo el eco de sus pasos sobre la cerámica retumbando en el espacio atentaba contra el desparpajo innegociable que la vigilia requería aunque, a decir verdad, comenzaban a hacerse a la idea de que eran los únicos intrépidos visitantes nocturnos en el lugar.

—Pensaba que era una iglesia.

—Lo es; solo que estamos en lo que fuera el convento, la iglesia está más allá —dijo señalando la dirección con su mano.

Salieron al patio que vino a recordarles el imperio del frío estremecedor que hiel a la sangre, por lo que apuraron el paso para llegar a la basílica antes de congelarse en el intento.

—¿Por qué siempre estás tan tranquilo? —preguntó Randy mientras avanzaba rozando los bancos de madera a su paso.

—¿Qué quieres decir?

—Ella bien pudiera estar escondida detrás de una columna con una ametralladora lista para vaciarnos un cargador en cuanto nos acerquemos y tú, mi amigo, te desplazas con extrema imprudencia, casi como un insolente que desafía a su suerte en cada movimiento.

—Creo que me perdí entre tanto palabrerío —sonrió

—Quiero decir que eres un desquiciado.

—Llevas diciéndome eso desde que arribamos a Siberia; ¿a qué le temes?

—Tal vez a que una bala perdida dirigida a ti, en manos de una inexperta abogada, venga a parar directo a mi pecho —soltó con una sonrisa dibujada en los labios arrancándole a Thomas una carcajada.

—¿Qué están haciendo ustedes aquí? —preguntó una voz en la oscuridad.

—Solo vinimos a adorar a San Jorge, es todo —carraspeó Thomas levantando las manos en señal de paz, mientras veía asomar tímidamente la figura de un viejo sacerdote.

—Está cerrado —dijo con la vista puesta en el cristo crucificado.

—Lo sabemos, es que nos vamos mañana temprano y no habíamos tenido ocasión de...

No alcanzó a terminar de esgrimir su excusa cuando dos disparos quebraron la tensa calma en mil pedazos y los gritos de los transeúntes, corriendo a toda prisa sin ninguna dirección más que la deriva, hicieron el resto para poner de cabeza una noche tranquila.

«¡La mataron!, ¡la mataron!» Era el comentario que repetían las voces sin rostro atraídas por el viento.

Thomas salió corriendo, como un loco a contramano fue haciéndose lugar entre los cuerpos despavoridos que huían en dirección contraria, alejándose del peligro todavía latente.

—¿Dónde está? —preguntó Randy observando el inmenso charco de sangre.

—¡Por aquí! —gritó Thomas siguiendo el rastro cuando comenzaban a escucharse, a lo lejos, las sirenas de los patrulleros.

Todo estaba perdido. A los pies de la torre Daliborka, hasta donde logró arrastrarse moribunda, yacía el cuerpo sin vida de Natalija Vidmar y con ella se esfumaba la esperanza de seguir adelante.

—Esto no puede estar pasando —se lamentó mientras se arrodillaba sobre el empedrado para cerrar los ojos de la abogada.

—¿Ya notaste la paz en su rostro?

—Debemos irnos, pronto este lugar estará lleno de policías.

—Disculpen caballeros —interrumpió por sorpresa la misma voz ronca con la que habían cruzado palabra en la iglesia—. ¿Alguno de ustedes se llama Thomas?

—¿Por qué pregunta padre?

—Solo contesten —insistió mirando a Natalija, cuyo rostro parecía reposar en la tranquilidad de saber cumplido su último deseo.

—Soy yo, me llamo Thomas Weiz.

—Entonces esto es para usted —dijo entregándole un papel repleto de dobleces—. Espero haya valido la pena.

—Se lo agradezco —respondió hincando su cabeza para luego desaparecer, junto a Randy, en medio de la noche, antes de que las preguntas incómodas comenzaran a llover.

Hospital Saint Louis. 10hs A.M Paris.

—Bueno Melody espero no volver a verte otra vez por aquí —bromeó el doctor—, afuera tus padres están impacientes.

—Sí, así son ellos —sonrió antes de fundirse en un abrazo cálido y sincero para salir al encuentro de los suyos que habían realizado un largo viaje.

—Tu padre también está impaciente Stephanie; las enfermeras apenas pueden controlarlo.

—Muchas gracias por todo doctor, nos salvó la vida —dijo estrechándole la mano.

—Quién sea que llamó a la ambulancia lo hizo, la inmediatez lo es todo en estos casos, máxime cuando se pierde tanta sangre.

—Sí, eso creo —respondió con los ojos llorosos, feliz de volver a su vida diaria.

—Espero que las tres tengan una larga y maravillosa vida.

—Querrá decir las dos.

—No, las tres —insistió apoyando su palma en el vientre de Stephanie—, es un milagro que haya sobrevivido a semejante ataque; es fuerte como su madre.

Stephanie se desconectó, perdió contacto con la realidad por un momento al escuchar las palabras del doctor que anunciaban, del modo más inesperado, que el mayor y más postergado de sus sueños era de pronto una realidad.

—Es un milagro sí —respondió al cabo de unos segundos envuelta en un manto de llanto y risas.

VI NASSER BIN YIZED

—Dígale al jeque que nos complace poder hacer negocios con él.

—El señor Nasser está ocupado supervisando la exposición, pero me ha dicho que les manifieste su alegría por haber cerrado el convenio. De seguro nuestras empresas gozarán pronto de los beneficios.

—No tengo dudas —dijo elevando su copa de champagne—. Disculpe la intromisión, qué exposición es esa que está supervisando; ¿caballos de carrera, quizá?

—En absoluto —respondió esbozando una sonrisa—, es algo más, como decirlo, superflua.

—La curiosidad está matándome.

—Arte —deslizó bebiendo de un sorbo su copa burbujeante—, una muestra con los mejores exponentes del renacimiento y el barroco a realizarse mañana por la noche. Conseguimos el visto bueno de una gran cantidad de museos europeos y también de coleccionistas privados; será todo un éxito.

—¿Cree que pueda asistir? —preguntó con los ojos desorbitados—. Me dolería en el alma perderme semejante acontecimiento.

—Desde luego, le haré llegar su invitación al hotel.

—Se lo agradezco mucho —dijo poniéndose de pie junto a su secretaria—, envíele mis saludos al jeque.

—Serán dados.

No era toda la verdad. Si bien era cierto que estaba próxima a realizarse una exposición artística que deslumbraría con pintores de la talla de Rembrandt, Velázquez, Caravaggio o el mismísimo Rafael, el motivo que mantenía al jeque desligado de los asuntos laborales era una muestra paralela, de acceso exclusivo, en la que varios contrabandistas y popes del mercado negro pondrían a la venta alguna de las piezas que mágicamente habían desaparecido del circuito legal para embellecer, más no sea para el regocijo personal, la pared de algún millonario dispuesto a pagar una verdadera fortuna para saciar su ego y buen gusto.

Oportunidades como esa no se daban todos los días, eran improbables las posibilidades de obtener en una subasta aquello que por vías legales no obtendría ni siquiera despojándose de todos tus bienes; patrimonio cultural de la humanidad que le dicen.

Hotel Burj Al Arab, Dubai, Emiratos Árabes Unidos, 19hs

—¿Cuánto tiempo más deberé someterme a tus chantajes? —preguntó mientras terminaba de acomodar su corbata.

—No hay chantaje Jared, salvé la vida de tu nieta y eso no tiene precio.

—Harás que nos maten —refunfuñó.

—Tranquilo, este es tu ambiente, aquí te mueves como pez en el agua, ¿cierto?

—Jamás participé en nada parecido.

—El Rafael que colgaba de la pared de tu oficina la última vez que nos vimos no estaría de acuerdo —sonrió.

—Ahora que lo pienso; ¿cómo diablos lograste que te invitaran?

—No lo hicieron —respondió mirándose al espejo, contemplando su esmoquin.

—¿Y cómo piensas entrar? —preguntó frunciendo el entrecejo—. Ni sueñes que asesinaré a un jeque por ti.

—Nadie va a asesinar a nadie, no te preocupes por nimiedades; solo preciso hablar a solas con él.

—¿Y cómo diablos piensas hacer una cosa así sin que te disparen?

—Tú disfruta la muestra, déjame la diversión a mí.

A la hora señalada las personalidades más famosas de todos los rincones del mundo comenzaron a hacerse presentes en el hotel más exclusivo del continente asiático. No era para menos, nadie quería quedarse afuera de lo que prometía ser una velada para el recuerdo.

Obras del calibre de «La sagrada familia», «Las hilanderas», «La muchacha de la perla» o «La anunciación» de Leonardo, mantenían boquiabiertos a los espectadores que se paseaban absortos ante la perfección manifiesta. Entre tanto, en el quinto piso, aprovechando la tapadera que significaba ser invisibles a plena vista, comenzaba el latrocinio más grande de la última década.

—Señor Litvarski es un placer tenerlo con nosotros; ¿cómo fue su viaje? —preguntó Mohammed extendiéndole una copa de champagne.

—De lo más placentero, gracias.

—Y siempre bien acompañado —susurró besando la mano de Melody, mientras la desnudaba con la mirada.

—Es mi nueva secretaria.

—Siempre mostró buen gusto para elegir mercadería —bromeó guiñándole el ojo, alejándose para saludar al resto de invitados.

—¿Puedo dispararle? —susurró Melody masticando rabia.

—Denegado —respondió Thomas entre risas, hablándole directo al auricular que su compañera llevaba en la oreja.

No hacían falta grandes presentaciones. Los setenta invitados a la subasta se conocían de sobra y estaban listos para pujar poniendo en juego tanto sus billeteras como el ego inconmensurable que guiaba sus vidas.

—Bien caballeros, comenzaremos sin el jeque —anunció Mohammed, mano derecha del magnate—. Como sabrán es el anfitrión de la gran muestra de abajo y no puede acompañarnos de momento.

«Sé que están ansiosos, que detestan los preámbulos, pero las cuentas claras conservan la amistad más no sea entre criminales. Las pinturas rematadas serán cinco y cada vez que una sea descubierta comenzara la contienda. Recuerden, además, que una vez que digo “vendida” no hay posibilidad de seguir negociando. ¿Están listos? Comencemos.

La primera obra es ni más ni menos que «La iglesia de Nuenen» de Van Gogh, la pintura desapareció en 2002 del *Vincent Van Gogh Museum en Ámsterdam, Holanda* y hoy puede ser

suya iniciando la puja en diez millones de dólares».

No todos los interesados en ser partícipes de un evento tan singular estaban en el hotel regocijándose con la belleza que emanaba de las acuarelas; otros, en especial uno que tenía planes para hacer de aquella velada una noche interminable, aguardaba a menos de un kilómetro la señal para entrar en acción.

—¿Cómo supiste dónde estábamos? —preguntó Stephanie.

—Leí en los diarios lo que ocurrió con Madelyn Gagnon y a los pocos días me enteré de la mala suerte que había sufrido Zoltan Arany; no podía ser casualidad, entonces me pregunté: ¿quién estaría tan demente como para jugar de ese modo con su vida? Y aunque al principio me negué a pensar en ustedes, luego comprendí que dos años a mi lado es tiempo más que suficiente para perder la cordura.

—Eso no explica cómo llegaste a Paris, no tenías forma de saber cuál sería nuestro próximo movimiento.

—Charlotte me ayudó —respondió esbozando una sonrisa—. Me alegro de verte bien, sana y salva.

—Y yo me alegro de que llegaras a tiempo —farfulló mirándolo con ojos brillosos.

—Sí, ese soy yo.

—Con respecto a lo que sucedió en mi apartamento aquella noche...

—No te preocupes, está olvidado —interrumpió guiñándole un ojo, convencido de que era la respuesta que esperaba oír su compañera.

—Sí, claro, es lo mejor —dijo con una voz temblorosa antes de pararse raudamente y abandonar, por un instante, la pequeña habitación que usaban como centro de mando.

Stephanie estaba dolida, a pesar de no haber tenido la valentía de decir la verdad, tal vez porque creyó que no era el sitio ni el momento adecuado, no podía evitar odiar a Thomas por tomarse a la ligera lo que para ella había significado un antes y un después en su vida.

Las lágrimas frente al espejo del tocador solo exteriorizaban la impotencia de un corazón destrozado mientras se debatía entre salir corriendo u ocultarse tras una coraza de indiferencia, haciendo a un lado sus sentimientos para permanecer concentrada en la operación planeada al milímetro que no admitía atajos ni descuidos.

—Y sí, lo que estaban esperando, por lo que vinieron, la última pieza de la noche; señoras y señores déjenme presentarles «La tormenta en el mar de Galilea» creada en 1663 por el más grande exponente del barroco holandés. Este Rembrandt desapareció en 1990 del *Isabella Stewart Gardner Museum, de Boston, USA* y está aquí disponible para ustedes; la puja inicia en veinticinco millones de dólares.

—Ya es hora —susurró Stephanie cinco segundos antes de que en el hotel comenzaran a sonar las alarmas de incendio y con ello cundiera el pánico de modo descomunal. Por supuesto que tenían experiencia y sabían cómo actuar en momentos como ese; que la tranquilidad y la cautela eran indispensables para organizar una salida eficiente; sin embargo, que en el sitio se encontraran cientos de las obras más invaluable de la historia no podía menos que enervar los ánimos y augurar una noche complicada.

Justo el escenario que Thomas esperaba.

—¡Saquen las obras de aquí, rápido! —gritó Mohammed en medio del desconcierto—. Descuiden, cada pintura será entregada a su dueño cuando nos aseguremos de que no corren peligro.

—La camioneta ya está lista.

—Bien, cárguenlas y llévenlas al almacén.

—El jeque quiere saber qué está sucediendo —preguntó un joven desalineado, irrumpiendo en el quinto piso.

—Dile que tenemos todo bajo control... o eso espero —susurró.

* * *

—¿Dónde diablos están las obras? —preguntó el jeque estampando contra la pared un jarrón indio de 400 años de antigüedad.

—No lo sabemos —farfulló Mohammed con la mirada en el piso, transpirando la gota gorda.

—¿Qué respuesta es esa?

—Hallamos a nuestro conductor inconsciente a varias cuadras de aquí.

—¿Y la guardia que debía seguir esa camioneta?; ¿el GPS?

—Hubo una distracción, un camión se interpuso en la avenida facilitándole la huida a quien quiera que se apoderó de ella.

—Al menos habrán atrapado al maldito que nos puso esa trampa; ¡oblíguenlo a hablar y luego mátenlo!

—Estaba controlado de forma remota, no había nadie en su interior.

—¡Esto es una porquería! —vociferó impotente—. ¿Por qué en nombre de Alá estoy rodeando de tantos incompetentes? —se lamentó resignado, consciente de que no solo se trataba de las obras; había quedado en ridículo frente a los criminales más despiadados y mostrado, de modo imperdonable, una fragilidad inusitada en un miembro destacado del hampa internacional.

—No se preocupe jefe, yo hablaré con los compradores y seguro entenderán este contratiempo...

—¿Contratiempo? —sonrió—. ¿Acaso crees que tratamos con niños de pecho? O aparecen esas obras y las entregamos en tiempo y forma o estamos acabados; yo estoy acabado.

Sin ideas que volcaran el tiempo a su favor, la cacería a ciegas tenía el gélido y cálido filo acariciando su garganta a la espera de un error que tirase todo por la borda. La impaciencia crecía conforme avanzaba el reloj y las opciones, siempre nulas, asfixiaban la angustia contenida en el pecho de un jeque que masticaba por vez primera la amargura de saberse dueño del mundo y estar vacío, desnudo en un paraíso de espinas, caminando tembloroso hacia las garras tanto más grandes como despiadadas de una bestia que no conoce el perdón y siempre está ávida de sangre.

De repente, el sonido repentino de una llamada agitó las respiraciones y apuró el temblequeo paranoico de un hombre que estaba aprendiendo a vivir con el temor.

—¡Atiendan de una buena vez ese maldito teléfono! —ordenó.

—No es mío señor —se excusó Mohammed sacando un celular del bolsillo de su saco.

—¡Contesta!

—Diga...

—Pásame con tu amo.

—¿Quién habla? —preguntó exaltado.

—¿Quién crees?

—Te metiste con la gente equivocada malnacido —vociferó haciendo todo tipo de muecas con su rostro.

—No llamé para escuchar los chillidos de una mascota; de hecho en tu lugar, dejaría de hacerme el rudo y empezaría a correr.

—¿Quién es? —preguntó el jeque a su mano derecha, impaciente.

—Es él señor; y quiere hablar con usted —respondió pasándole el celular.

El jeque respiró hondo unos segundos, cerró los ojos y pretendió disfrazarse de aquel intocable que fuera hasta hacía un momento.

—Habla.

—Entiendo que la noche no resultó como esperaba —tiró mordaz.

—Siempre hay un imprudente que pretende ser famoso por diez minutos —respondió altanero.

—Supongo que ese soy yo aunque, a decir verdad, la fama me precede.

—Veo que te crees la gran cosa, pero déjame decirte que no obtendrás nada; no hay manera de que...

—Déjate de tonterías —interrumpió—. ¿Qué crees que hacen en estos momentos los criminales que abandonaste en la sala de espera? El chino Huang, Litvarski, Sahin, Kaminski; ni siquiera puedo imaginar lo que planean para ti.

—¿Quién eres? —preguntó tragando saliva, desorientado, con la voz temblorosa.

—La peor de tus pesadillas. Debiste quedarte jugando con tus pozos petroleros.

—¿Eres Thomas Weiz, verdad? Sabía que este día llegaría, que tarde o temprano el destino te cruzaría en mi camino.

—Bueno, ese momento llegó.

—Sé lo que quieres pero no puedo dártelo, no está en mi poder.

—Eso sería una lástima —susurró Thomas cortando la llamada, dejando al jeque con la mirada perdida, repasando en su mente el pasado que creía sepultado y ahora por fin le mordía los talones y le estrujaba el alma.

—¿Qué dijo?

—Estoy muerto —espetó con apenas un hilo de voz, desfigurado.

—No puede ser tan grave, debe haber algún modo de negociar

—¿Cuál dirías que es tu habilidad Mohammed? —preguntó desplomándose sobre un antiguo sillón adornado con gemas preciosas, coronado por un enorme respaldo.

—Bueno, yo...

—¡Vamos! —vociferó vehemente—. ¿Por qué te contraté?

—Soy bueno asesinando personas... —respondió elevando las pestañas.

—Cierto sí —susurró—. Y respecto de eso, creo haberte encargado algo la semana pasada.

—Se hizo como lo ordenó señor, Natalija Vidmar ya no está entre nosotros.

—Sin embargo Thomas Weiz sabe de mi existencia...

—No sé cómo...

—¡Silencio! —interrumpió vehemente—. Quiero que dejes de delegar tareas, si te digo que mates a alguien, vas y lo aniquilas.

—¿Quién es Thomas Weiz?

El jeque cerró los ojos y exhaló casi todo el aire que guardaba en sus pulmones.

—El error lo cometí hace seis años —respondió poniéndose de pie, con la vista fija en un retrato de su abuelo amurado sobre la pared—. Solía ser un empresario respetable pero no era suficiente para mí.

«El petróleo es el negocio familiar, siempre lo fue, los pozos están en nuestro patio trasero pero yo quería demostrar que podía ser algo más. No quería solo respeto, quería que me alabaran, que me temieran; ¿y saben lo que obtuve?

Preguntó sin recibir respuesta, conformándose, apenas, con un sinfín de miradas cruzadas que

no se animaban siquiera a revolver teorías.

—Su reputación lo precede, señor —dijo Mohammed haciendo una suerte de reverencia.

—Pagué mi entrada al mundo de las tinieblas sobornando a una abogada para que comprara a una niña de cinco años y ni siquiera supe qué hacer con ella.

—Creo que no entiendo.

—De todos los objetos subastados, esa pequeña era el último, el broche de oro —dijo arrastrando las palabras, acongojado.

—¿Quién le dijo que lo hiciera?

—Eso no importa —respondió ladeando la cabeza—, lo único que debes saber es que Thomas Weiz es el padre de esa niña y vino por mí.

—Entonces atraigámoslo, pongámosle una trampa y yo haré el resto.

—¡Iluso! —sonrió— Todavía piensas que somos los amos del tablero y ni siquiera llegamos a ver los bordes. Thomas es un maldito ex agente de la CIA; entrenado para no sentir dolor, para no sentir culpa o remordimiento; es más una máquina que una persona y ha matado más gente de la que podemos imaginar y no hablo de pandilleros, camellos o matones de poca monta, no... hablamos de objetivos de alto rango, intocables, imposibles.

—¿Y por qué, en nombre de Alá, te metiste con él?

—No fui yo, fue mi ego —se lamentó—. No conocí esos detalles hasta que fue demasiado tarde; la osadía estaba consumada.

—¿Dijo que pasó hace seis años? —preguntó Mohammed frunciendo el ceño—, es el mismo tiempo que llevo trabajando para usted.

—Ahora lo entiendes...

—Si es tan bueno como dice, debemos encontrar el modo de deshacernos de él...

—Si tienes alguna idea solo exponla, soy todo oídos.

—Debemos ir a hablar con nuestros socios y culpar a Thomas de lo sucedido, decirles que nos está cazando uno por uno; eso los hará entrar en razón.

—¡Eso no serviría de nada! —vociferó—. Ya no estamos en la escuela y culpar a terceros no nos vuelve menos incompetentes, además te aseguro que le temen más a él que a nosotros; vaya a saber cuántos favores le deben; nos cortarían el cuello antes de que pudiéramos presentar cualquier pretexto.

—¿Entonces?

—Lámalo... dile que estamos dispuestos a negociar.

—¿Y qué le ofrezco? —preguntó abriendo sus brazos.

—A su hija.

—Un trueque, su hija por las pinturas—asintió Mohammed

—No, su hija por su vida.

* * *

Los nervios de los involucrados viciaban el aire y en cada brisa podía respirarse el pánico que sudaban por el solo hecho de pensar en fracasar, en no obtener el tan preciado tesoro que, a esa altura, excedía con creces las pinturas invaluable que oficiaban de excusa para un encuentro impostergable.

Cuando el día comenzó, el jeque solo podía pensar en enaltecer su figura y sellar a fuego su nombre en la cima inalcanzable de la pirámide criminal; en su mente no cabía otra posibilidad que

no fuera abrazar aquello que tanto había perseguido y que ahora, como nunca, estaba al alcance de la mano.

Thomas, por su parte, trabajando siempre desde las sombras, haciéndole justicia a sus años de encubierto, había maquinado una noche distinta, una que incluía saciar la voracidad de los fantasmas que lo acompañaban desde que tenía memoria y allí, cuando el reloj golpeaba las puertas del ocaso, reclamaban una víctima más.

A pesar de las migajas desperdigadas por unos cuantos charlatanes, no debe confundirse al inefable ex agente con un vulgar y malicioso criminal. No era uno de ellos. El hecho de que les conociera hasta sus más deleznable secretos no significaba, en absoluto, que compartiera sus motivaciones; por el contrario, tantos años de estudio y de inmiscuirse en las cloacas más putrefactas de la Tierra, hicieron inevitable el vínculo estrecho que los ligaba de por vida. De hecho, la gran mayoría no conocía su rostro, era más bien una sombra, un mito del que todos habían oído hablar pero nadie había visto y los que tuvieron el infortunado placer no alcanzaron a dar testimonio de su encuentro, no tuvieron tiempo, no vivieron para contarlo.

Cada minuto, cada segundo era crucial en esta contienda. Nasser no podía demorar en consumir las entregas y Thomas era consciente de que cada instante que pasara lo alejaba un poco más de la verdad. El encuentro era inminente, el encuentro era necesario, el encuentro era impostergable.

¿Pero cómo salir de aquel vendaval con vida? El jeque no podía darse el lujo de un careo, acercarse demasiado era imprudente y no acercarse era un suicidio; esa clase de contienda interna era la que se debatía en la mente de un hombre aterrado que pasó de la cúspide al suelo raso en un abrir y cerrar de ojos.

Del otro lado tampoco estaban descorchando champagne o tirados en una reposera aguardando las bondades del destino. Thomas necesitaba a su enemigo con vida y era consciente, además, que unos cuadros por valiosos que fueran, podían no ser suficientes para destrabar una lengua que prefería arder en los altares de la tozudez antes de convertirse en un torbellino de debilidad que manchara la reputación que tanto trabajo le había costado.

—¿Señor Weiz? El jeque quiere negociar con usted un intercambio —dijo Mohammed agravando la voz.

—Se habían tardado demasiado.

—Entenderá que nos colocó a todos en una posición incómoda; sea como fuere él siempre saldrá perdiendo.

—Tengo las pinturas.

—Pero su imagen quedó salpicada y todos los años que lleva ensuciándose las manos, usted los acaba de tirar a la basura.

—Dígale que lo siento en el alma —soltó con un claro dejo de ironía.

—Estos son los términos...

—Cierre el pico y escuche con atención las condiciones del encuentro —interrumpió vehemente—. Irá el jeque, sin compañía, al matadero abandonado que hay a orillas del río Zara, allí le entregaré las pinturas y él me dirá lo que quiero saber.

—¿Quiere a su hija señor Weiz?

—¿Disculpa?

—El señor Nasser se la entregará a cambio de su vida.

El silencio fue estremecedor. Era difícil saber si Thomas quedó en shock al oír la propuesta o estaba digiriendo y pensando cómo responder a lo que a todas luces, en su mente, era un engaño,

una artimaña.

—¿Sigue todavía al teléfono?

—Si es verdad lo que afirmas —hizo una pausa dejando sentir su respiración—, llévela al punto de encuentro.

—¿Está dispuesto a sacrificarse por ella?

—Solo quiero que sepas que si se trata de un engaño todos morirán; no me importa si debo remover la arena del inmenso desierto de Arabia para encontrarlos, ¿me oyes?

—Solo tú y yo —dijo Mohammed en tono desafiante.

—Allí te espero— respondió Thomas antes de cortar la llamada, dando por saldados los términos del acuerdo.

Al borde de la medianoche, listos para jugar su mejor mano en una partida difusa y repleta de estratagemas apenas perceptibles, Stephanie dirigía la contraofensiva que prometía quedar grabada en los anales ilegibles pero memorables del ilusionismo criminal.

—Quiero a todos los hombres disponibles, esto debe acabarse de inmediato —ordenó el jeque.

—Rodearemos el lugar, cubriremos todas las salidas y cuando tengamos certeza de que él se encuentra dentro, lo haremos volar en mil pedazos.

—Me gusta verte con ese instinto.

—Decenas de milicianos, radares y sensores de movimientos, además de drones que harán el trabajo sin que tengamos que despeinarnos; ¡amo esta vida!

—¡Aguarda! —gritó pensativo, con la vista puesta en ninguna parte—. Si destruyes el lugar, corremos el riesgo de perder las obras; de hecho, las perderemos seguro.

—Será difícil apoderarnos de ellas sin que comprueben que no tenemos a la niña —replicó Mohammed resignado.

—Arrasen con todo, luego pensaré como suplir mi falta —ordenó el jeque con una sonrisa de oreja a oreja mientras se servía un escoses y brindaba a la salud de su difunto abuelo.

Mientras tanto, a los alrededores de aquel sucio y pestilente matadero, Stephanie terminaba de coordinar a los suyos y no hablamos solo de sus colegas inseparables sino de un verdadero ejército de sicarios, deseosos de mostrar su virilidad emulando a los titanes de antaño.

—Quiero gente en todos los puntos altos; quiero que bloquen todos los pasos y solo dejen abierta la entrada norte; desde allí tendremos una posición ventajosa.

—¿Crees que vendrán? —preguntó Melody mientras calibraba la mirilla de su FAL.

—No tienen alternativa, quieren las obras.

—¿Y qué si analizaron los pros y los contra y decidieron que la vida de Thomas vale más que las pinturas? —preguntó frunciendo el ceño.

—No tengas dudas de que llegaron a esa conclusión.

—Entonces tengo razón, el jeque no vendrá, nadie vendrá.

—Sí lo harán —intervino Randy enseñando una cálida sonrisa—, no es suficiente destruir todo a distancia, deben asegurarse de asesinar a Thomas si no quieren vivir usando pañales hasta el final de sus días.

Todos parecían seguros de perseguir el éxito; que no existía la más mínima posibilidad de fracasar en un plan sin fisuras. Sin embargo, a veces, lo que se ve no es lo que parece y el as bajo la manga es apenas un comodín, una distracción tendiente a forzar una cita ineludible.

—¿Están todos en posición? —susurró Mohammed al radio mientras intentaba, sin suerte, captar algún movimiento con sus binoculares.

—Estamos listos, esperando orden de atacar —respondió el segundo al mando desde una

posición tanto más privilegiada como suicida.

—Recuerden que tratamos con un experto, un maestro de la estrategia; no se distraigan.

—Creo que tengo algo —dijo un hombre mirando la pantalla de su laptop que recibía las señales de radiofrecuencia— sí, no hay duda, hay alguien allí adentro.

—¿Cuántos son?

—Solo uno.

—Es un lobo solitario —susurró entre risas—. Suelten los drones, quémelo todo —ordenó

Fue cuestión de segundos, las explosiones estruendosas solo hacían más impresionantes las llamas que se elevaban altas sin solución de continuidad, pretendiendo tocar el cielo, como si se tratara de la torre de babel envuelta en humo chisporroteando a diestra y siniestra, incendiando todo cuanto había a su alrededor.

—Cuando el fuego cese quiero que entren ahí y certifiquen que su cuerpo pereció en las explosiones. No me importa que esté calcinado o desmembrado, solo asegúrense de que ya no volverá —ordenó Mohammed con la vista puesta en lo que hacía un segundo era un matadero y ahora un montón de nada.

Era imperdonable; bajar la guardia era inadmisibile para gente experimentada que embriagada por la adrenalina o imbuida de la altanería que distingue a los débiles de corazón, se dejó llevar, cual principiante, por la catarata de fuego que vino a servir de señal a decenas de francotiradores que aguardaban, pacientes, vaciar sus cargadores en los indefensos desprevenidos.

Nasser tenía razón, Mohammed pasaba tanto tiempo jugando al empresario detrás de un escritorio que olvidó por completo el trabajo de campo. La soberbia lo mató, lo previsible de su estrategia dejó al jeque desprovisto de todo su ejército, sin nadie que lo custodiara, sin nadie que lo defendiese.

—Mohammed, Mohammed; ¡responde! —gritaba Nasser desesperado, caminando de un lado a otro en su oficina blindada.

—Tu lacayo no contestará —dijo una voz agazapada en la oscuridad.

—¿Cómo entraste aquí?

—Teníamos una cita pendiente.

—Se supone que tú...

—Sí lo sé, el matadero y todo eso; la verdad me agrada este hotel, además no podía ensuciar el esmoquin; debo devolverlo —sonrió.

—Entonces siempre estuviste aquí.

—Siempre —respondió dando un paso al frente.

—Entonces ya sabrás que no tengo a tu hija —dijo ensayando una frágil sonrisa.

—Naturalmente.

—¿Y ahora qué? —preguntó abriendo los brazos.

—¿Quién la tiene?

—No tengo incentivos para mantener esta conversación.

—Dime quién tiene a mi hija y me iré de aquí sin dispararte —prometió golpeando su revólver contra el escritorio.

—No confío en ti.

—Es eso o enfrentar a tus invitados que todavía aguardan en sus habitaciones una explicación —previno de brazos cruzados, dejando escapar toda su malicia —estoy seguro de que más de uno fantasea con la idea de esclavizarte.

—Nikos Mitroglou —farfulló temeroso.

Después de tanto trabajo, de una noche larga como la vida misma, tenía lo que buscaba.

—Me voy a Grecia entonces...

—¿Eso es todo?

—Soy un hombre de palabra, aunque me temo que no debiste tomar de ese escocés, nunca se sabe —respondió guiñándole el ojo, dejando al jeque con el rostro desfigurado, arrodillándose en el suelo, seguro de que no vería un nuevo amanecer.

* * *

—Gracias Jared, no lo habiéríamos logrado sin tus hombres.

—Creo que el pago valió la pena —respondió el viejo a través del altavoz en su jet privado, de regreso a Estados Unidos.

—Sí, respecto de eso... no gastes mucho dinero en los marcos.

—¿Qué quieres decir?

—Me temo que cualquier madera costará más que las burdas falsificaciones que cargas en tu avión.

—No te atreverías...

—Fue un placer hacer negocios contigo —dijo Thomas colgando la llamada, con la mente puesta en la odisea por venir.

—¿Cómo vas a darle pinturas falsas? Tal vez averigüe quiénes somos y asesine a todos nuestros familiares —le recriminó Stephanie roja de rabia, abriendo los brazos, buscando explicaciones.

—No lo hará; quiere demasiado a su nieta para eso —respondió ante la mirada espantada de la rubia que no podía creer lo que acababa de oír—. ¡Tranquila, yo sería incapaz de hacerle algo a esa niña!

—¿Entonces?

—Pero él no lo sabe —rió.

VII

NIKOS MITROGLOU

A menudo la palabra paraíso puede tener distintas acepciones dependiendo del sujeto que la utilice, aunque no es descabellado sostener que la mayoría de las personas al oír el concepto cierran los ojos e imaginan una isla, una playa con el agua tan cristalina que se confunde con el cielo y una atmosfera tan sobrecogedora que sería difícil discernir si se trata de un sueño o en verdad están allí caminando sobre la arena, siendo testigos de una belleza difícil de describir, imposible de explicar; tan perfecta como irreal.

—¿Qué hacen aquí? Estaba buscándolos, todavía hay detalles por pulir —dijo con notorio enfado, sacándolos del trance en el que se hallaban sumergidos.

—Es hermoso; ¿no te parece?

—Sí que lo es —respondió con los brazos en la cintura mirando el azul del agua cristalina.

—¿No te gustaría, a veces, detener el tiempo y disfrutar de momentos como este? —preguntó Melody dejando que el sol tostara su piel blanca, acostada sobre una reposera mientras Stephanie le pasaba bronceador.

—¿Es eso lo que hacen?

—Bueno, pensábamos que mañana tal vez estemos muertos y no queríamos pasar nuestras diez de última sentados en una cama de hotel, por lujoso que fuera —contestó Randy bebiendo de un coco vaya uno a saber qué coctel.

—Nadie morirá mañana, te lo aseguro; al menos nadie de los nuestros —sonrió.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Stephanie con un tono que dejaba ver algo de reproche en el cuestionamiento.

—¿A qué te refieres?

—A llevar esa vida, de encubierto, de criminal, siempre al borde del abismo, jugando ruleta rusa todas las benditas noches.

—¿En serio quieren hablar de eso? —preguntó con un gesto adusto al sentir todas las miradas encima de su ser— creía que disfrutaban del paraíso.

—Nos lo debes Thomas —insistió la rubia mirándolo a los ojos con un dejo de ternura—, llevamos casi tres años trabajando juntos y apenas conocemos escasos y difusos lapsos de tu pasado que recogemos del suelo.

Thomas se quedó callado, odiaba hablar de su vida privada y parecía querer que el cráter que envolvía la isla se lo tragara antes de soltar prenda, pero sabía también que sus compañeros merecían obtener algunas respuestas, después de todo, habían arriesgado su vida no una sino varias veces por una causa que les era ajena.

Luego de barajarlo por unos instantes, volvió la mirada hacia ella, le enseñó una sonrisa tímida y cedió ante el encanto que llevaba tiempo colonizando su mente.

—A decir verdad yo era lo que en la Agencia llaman última opción o última carta —dijo mientras caminaba para encontrarse con las olas que regaban la playa.

«Toda vez que se complicaba una misión me enviaban a mí a limpiar la mugre; o bien cuando había que correr del medio a un personaje escurridizo yo era el encargado de terminar el trabajo. Ni siquiera recuerdo haber tenido otra vida que no fuera esa.

—¿Y Daisy era tu compañera?

—Ella trabajaba encubierta, lo que se dice un agente de campo; le presté ayuda más de una vez.

—¿Y qué pasó entre ustedes?

—Una tarde me dieron los datos de mi próximo objetivo, nada nuevo, rutina, pensé mientras leía la carpeta. No saben la sorpresa que me llevé cuando leí su nombre en ella.

—Pero me imagino que habrás levantado la voz, que no aceptaste así sin más asesinar a una amiga —dijo Melody arrugando su frente, incrédula.

—Había estado vendiendo información clasificada, no tuve opción.

—¿Y qué pasó?

—¿No prefieren ir a navegar? Puedo conseguírnos un bote.

—Necesitamos saberlo.

Thomas se tomó un par de segundos, tragó saliva, clavó la vista en el cielo que como nunca se confundía con el agua del Egeo y confesó:

—Sabíamos que estaba en Estambul, interpretando a una traductora para unos traficantes de diamantes. Mis órdenes eran claras; asesinarla a distancia, sin testigos —recordó con sincera congoja—. No pude hacerlo.

—¿Entonces por qué te sorprendiste cuando oíste su voz al otro lado del teléfono?

—Porque los muertos no hablan...

—¡Estás mareándome! —vociferó Randy quitándose los lentes de sol— dijiste que no pudiste cumplir con esa orden.

—Con esa orden no cumplí, exacto —dijo elevando las pestañas—. Estaba a menos de dos metros de ella cuando presioné el gatillo; tenía que verla a los ojos; se lo debía por los buenos tiempos.

—Si así tratas a tus amigos no quiero imaginarme como.... ¡Espera un momento! —gritó Stephanie frunciendo el ceño, como si le hubiera caído la ficha de repente—. Si estabas tan cerca cómo pudo sobrevivir.

—No lo hizo —sonrió alejándose despacio, jugando a hacer un surco en la arena.

—¿Acaso no dijiste que ella te habló por teléfono?

—Debió ser una grabación, un programa informático, un vil anzuelo con las patas tan cortas que no llegó siquiera a ser una mentira.

—¿Puedes hablar sin acertijos?

—En mi informe dejé asentado que cumplí a rajatabla con las órdenes que me encomendaron.

—Y ellos no saben que mentiste y pretendieron hacerte dudar, que por fin habías fallado; ¡que conveniente! Pero entonces, eso significa que alguien en la Agencia...

—Oh por supuesto que sí —interrumpió.

—¿Pero por qué querrían que creyeras que ella está viva; con qué propósito?

—Eso no lo sé, intuyo que está conectado con aquella vieja misión fallida con el cartel —respondió antes exhalar todo el aire contenido, como si hubiera vuelto a su mente una escena que se negaba a recordar.

—Charlotte nos mencionó algo, lo recuerdo —dijo Randy ladeando la cabeza, sin saber bien

qué hacer.

—Arthur me dio su versión de los hechos, pero eso ya lo sabes —dijo Stephanie dibujando una mueca un tanto graciosa.

—¿No creen que dije suficiente ya?

—¿Es por el dinero, cierto? Arthur me dijo que desaparecieron los S\$50 millones de la operación.

—Pasé casi dos años encubierto en el cártel de Juárez, ganándome la confianza de Silvio Martínez que manejaba todo cuanto pasaba cerca.

«Una noche calurosa, como las llamas del infierno, entregué a la DEA un cargamento de 200kg para hacerle creer a “Ladrillo” que una nueva banda había surgido y jugaba tan enserio que había osado robarle al mismísimo diablo en su propio patio. Por mucha rabia que experimentara, por más templanza que intentó vender a los soldados leales; sabía que tenía que ceder para recuperar lo perdido, después de todo, además de poder, se trataba de dinero.

—Y pactaron el intercambio.

—US\$ 50 millones a cambio de la mercancía y la promesa de dividirse la frontera. Martillo quería venganza, antes muerto que dividir ganancias con unas sanguijuelas; pero logré convencerlo de que aceptar el acuerdo era lo mejor.

«Al llegar al punto de encuentro, un antiguo estacionamiento en refacción, todo voló por los aires; una lluvia de balas que no dio lugar a emitir sonido lo acaparó todo, no nos dejaron, siquiera, mostrarles el dinero.

—Confían en que tú lo llevarías —interrumpió Stephanie dejando correr más un pensamiento que una aseveración.

—No se suponía que terminara así —se lamentó con la mirada perdida en el horizonte, como en trance—, el plan era arrestarlos a todos; no acribillarlos. ¡Y no me malinterpreten! No estoy apenado por esos miserables; solo que hubiera deseado que mi propio gobierno no me disparara.

—Entonces no fuiste tú quien los traicionó... —dijo Randy con una sonrisa, como si al fin hubiera obtenido la prueba que aliviaba su espíritu.

—Yo era un cabo suelto, jamás contaron con que saliera con vida.

—¿Y qué pasó con la droga?

—La incendié ahí mismo.

—Y tu familia... —dijo Melody tan pálida como su piel lo permitió.

—Cometí un error de principiante —sonrió pese a tener los ojos cargados de lágrimas que se rehusaban a salir—, sería mi última misión, había decidido dejar la Agencia para pasar más tiempo con mi mujer y mi hija; casi no había visto crecer a mi pequeña y el corazón me ardía cuando pensaba en ella y créanme que ocurría todo el tiempo.

—¿Y cuál fue el error? —preguntó Randy frunciendo el ceño.

—La noche anterior me presenté en la casa de seguridad para decirle a Victoria que el final estaba cerca, que pronto seríamos una familia real.

—Y la CIA creyó que habías ido a compartirle tu plan sobre el dinero...

—¿Pero entonces por qué te enviaron a Nueva York? —preguntó Melody frunciendo el entrecejo—. Imagino que una vez que regresaste tuvieron la oportunidad de interrogarte, de hacerte hablar

—Estoy en la Agencia desde los 16, soporté lo que la media de este mundo ni siquiera puede imaginar; ideé formas de tortura que no caben en la mente humana... no, jamás lo hubieran logrado.

—¿Ni presionándote con tu hija?

—Pensaba que eso hacían —sonrió—. Intuyo que les era más útil asegurándoles la gobernación de New York.

—Pero les escupiste el pastel, los arruinaste al exponer al Asesino de las Rubias.

—Bueno, ellos quieren el dinero, querían un candidato propio en la política pero, ¿qué hay de ti?; ¿por qué aceptaste el trabajo en la Unidad Criminal sabiendo que te traicionaron, que quisieron asesinarte, que mataron a tu familia? —preguntó Randy abriendo los brazos de par en par, buscando algo de lógica en medio de tanta sinrazón.

—Fue una operación conjunta con la DEA y hay muchas personas que toman decisiones; no se trataba de Estados Unidos contra Thomas Weiz, sino de una o dos personas pretendiendo saciar su avaricia.

—¿Y ya sabes quiénes son?

—Estoy casi seguro.

—¿Y qué te detiene?

—Sinceramente no creo que mi hija esté con vida, pero mientras exista la más mínima posibilidad, la mínima esperanza, no puedo asesinar a quienes pudieran ser el oxígeno que la mantiene respirando.

—Los dejaste para el postre —susurró Randy con una sonrisa de oreja a oreja

—¡Randy no es un juego! —le recriminó Melody.

—Sin embargo, nada de todo esto explica por qué perseguimos a un fantasma —dijo Stephanie con un dejo de resignación, temerosa de estar caminando directo a una trampa.

—Solo hay una forma de averiguarlo —suspiró—. Randy, ¿te gusta apostar?

—Estuve una vez en Las Vegas pero no me fue bien, ¿por qué preguntas?

—Prepárate, esta noche serás un auténtico ludópata.

* * *

En todo paraíso turístico la vida nocturna suele venir acompañada con un vendaval de excesos que nadie en sus cabales rechazaría. Fiestas sociales y privadas, discos, bares al aire libre y recintos destinados a la intimidad más absoluta, eran apenas una ínfima parte de la diversión en la isla de Santorini. Lo que quisieras estaba a tu alcance, si podías imaginarlo entonces existía y si planeabas apostar de seguro perderías. Aquella frase larga para un eslogan era, sin embargo, un proverbio ancestral que hacía alusión a los juegos de azar y a las penurias que bien pudieran traer aparejadas.

Nada más oportuno. Haciéndose pasar por un miembro de la alta burguesía, un típico hijo menor, caprichoso, que solo vivía para gastar el dinero de su abuelo y de su padre, Randy deambulaba de mesa en mesa en el Poseidon's Casino con la única intención de apostar, sí, de desafiar las arcas siempre llenas de la casa que siempre gana.

«No va más» gritó el crupier ante la mirada excitada de los jugadores que veían hipnotizados la bola girar en el disco de la muerte, ese que el común de la gente llama ruleta.

—Negro el 17 —cantó desatando la felicidad de una pareja que no paraba de besarse ante la buena nueva mientras la gran mayoría maldecía su suerte convencidos de que solo necesitaban una revancha; una más.

—¿Randy qué diablos haces? —preguntó Thomas hablándole al micrófono que llevaba en la oreja.

—¿A qué refieres? Me dijiste que siguiera mis instintos y acabo de perder S\$200 apostando al cero —se excusó tapándose la boca, fingiendo una tos.

—S\$200 apuesta mi abuela en el bingo de la iglesia; estás en Santorini, rodeado de millonarios; ¿cómo diablos piensas llamar la atención de Nikos Mitroglou? ¡Apuesta miles de dólares en cada vuelta, para eso te di el dinero! —se exasperó.

—¿Sabes que con lo que me diste bien podría comprar un departamento en Manhattan o jubilarme en este instante, cierto? —preguntó con un dejo de nostalgia, no pudiendo creer que tiraba el efectivo.

—Solo hazlo.

«No va más» volvió a sentenciar el crupier frente a la impaciencia manifiesta y la tensión abrumadora que apenas toleraba el vaivén de la caprichosa que coqueteaba una y otra vez con la suerte y la desdicha.

—Colorado 33 —gritó para sorpresa de Randy que había ganado un pleno mientras el resto de apostadores se retorcían de la envidia.

Pálido y sin poder disimular el temor, esperaba nuevas directivas para continuar con un plan que lo consumía por dentro.

—Bien hecho, eso sí que es ganar —dijo Thomas entre aplausos, feliz por haber adquirido una fortuna—. Ahora deja la ruleta y dirígete a la mesa de póker.

—Excelente, eso sí se me da bien; fui campeón en mi vecindario varias veces...

—Es tu hora de lucirte entonces —interrumpió Thomas arengándolo.

—Ya verás, dejaré a todos con la boca abierta—dijo envalentonado mientras se sentaba en una mesa plagada de caras de piedra que apostaban fuerte más a su ego que a su habilidad para idear una estrategia.

—All in —dijo el viejo que no dejaba de peinar su barba cana, llevando todas sus fichas al centro de la mesa, apostándolo todo.

—¿Por qué no? —preguntó Randy que se había presentado como el Sr. Porter aceptando el desafío—. Muéstrenos lo que tiene.

—Full de reyes —sonrió el anciano mostrando sus cartas, tentado de manotear la montaña de fichas que se amontonaba en la mesa.

—Bien jugado...—murmuró Randy con un gesto adusto y un tono de resignación que sin embargo mantenía a los curiosos expectantes.

—¡Vamos! Enséñenos qué tiene, el dinero me espera —fanfarroneó

—Escalera de color —retrucó abriendo las barajas cual abanico ante la rabia manifiesta de su oponente incrédulo.

La adrenalina lo consumía. Randy había logrado hacerse con un cuarto de millón sentado en una mesa y estaba listo para continuar su racha ganadora. Sintiéndose invencible, caminaba buscando el sitio apropiado para probar su capacidad mientras le mojaba la oreja al destino burlándose del azar.

—Ve a lanzar los dados —ordenó Thomas desviando a Randy que iba decidido a jugar Baccarat, sabiéndose dulce con las cartas.

—¿Qué quieres que haga?

—Apuesta Línea de Pase —respondió.

—¿Cuánto?

—No escatimes ahora —lo alentó a mantener la osadía.

Con un mundo de gente rodeando la mesa, sopló los dados más para alardear que como cábala

y los arrojó con displicencia, con la certeza de que la suerte iba atada al capricho de un giro malicioso.

Grande fue sorpresa cuando se anunció el número siete y había logrado vencer a la casa.

—¡Excelente! vuelve a la ruleta y apuesta fuerte al 14 —ordenó Thomas.

—¿Seguro? Presiento que en el póker están las buenas vibras.

—Has lo que te digo —lo regañó.

«No va más» dijo el crupier jugando con los nervios de los apostadores.

—Negro el 14 —anunció como quien regala una alegría.

La conmoción fue total. Randy ya no pasaba desapercibido y la gente comenzaba a creer que seguirlo era la clave del éxito en la noche griega.

Pasados cinco minutos, con un grado de altivez atípico en su reservada personalidad, se hallaba jugando blackjack cuando de repente, dos hombres elegantemente trajeados, le pidieron por favor que los acompañara fuera del recinto.

—¿De qué se trata? —preguntó frunciendo el ceño—. No estaba contando las cartas.

—Quédese tranquilo, sabemos que no hacía trampa.

—¿Entonces por qué me retiran?

—El señor Rigazzolli quiere invitarle un trago.

—No me diga —sonrió nervioso—. ¿Y quién se supone que es?

—El gerente del lugar, señor.

Arregló el cuello de su camisa negra, secó la transpiración de su frente con un pañuelo de tela e ingresó en una de las oficinas del subsuelo donde aguardaba un hombre de aspecto recio con un habano en la mano, observando toda la actividad del casino a través de su computador.

—Señor Porter, pase por favor.

Randy se sorprendió al advertir lo rápido que había corrido el rumor de su apellido y respondió estrechándole la mano, para no ser descortés, aunque preservaba manifiesto el disgusto por haber sido arrancado de su rutina.

—¿Puedo preguntarle qué hago aquí?

—Por supuesto —dijo ofreciéndole un habano—, quisiera charlar un poco con usted.

Randy rechazó el ofrecimiento del cigarro, se aclaró la garganta y asintió con la cabeza dando rienda suelta a la conversación.

—Lo escucho.

—Notamos que es su noche de suerte.

—Lo era —se lamentó.

—Entiendo su disgusto —asintió esbozando una sonrisa—, pero no se preocupe, lo compensaremos. No tenemos su nombre registrado en el hotel.

—Es porque no me hospedo aquí.

—Y eso es lo que quisiéramos cambiar; entenderá que queremos recuperar un poco del dinero que nos ha quitado; ¡en buena ley! por supuesto.

—¿Está pidiéndome que me mude al hotel? —preguntó echándose contra el respaldo.

—Tendrá todos los beneficios de un huésped vip, desde luego, lo que quiera con solo chasquear los dedos.

—¿Por ejemplo?

—De la mejor calidad, pura como la que jamás tomó —susurró guiñándole un ojo— y si eso no es aliciente para usted, dispone de un amplísimo catálogo para elegir la mujer que más le guste. No le miento, lo que quiera está disponible para usted.

- ¿Dice que puedo tener la mujer que quiero?
—Solo pídale.
—Llevo años enamorado de una compañera...
—Dudo que ella forme parte de nuestro staff —Interrumpió deprisa.
—Pero tal vez una parecida.
—Desde luego, estoy seguro de que encontrará lo que busca.
—¿Puedo verlas? —preguntó frotándose las manos.
—Acompáñeme.

Ambos hombres se dirigieron hasta la habitación contigua, por demás espaciosa, donde efectivamente se encontraban decenas de mujeres maquillándose, vistiéndose o desnudándose, dispuestas a salir al ruedo cuando la situación lo requiriese.

—Me temo que esto acabará con su negocio —deslizó Randy sin poder evitar perderse en la inigualable belleza femenina.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Mario Rigazzolli frunciendo el ceño.

—Randy Porter, policía de casinos —respondió mostrando una falsa identificación, aunque convincente hasta para el ojo más entrenado.

—No comprendo.

—Estamos haciendo inspecciones en todos los casinos de Europa y ahora confirmo los rumores que se alzaban sobre este lugar.

—Aguarde un momento —farfulló nervioso, desajustando su corbata, comenzando a sudar—, de seguro hay algo que pueda hacerse.

—Seguro que lo hay, procederemos de inmediato a la clausura.

—No puede hacer eso —reviró tomándolo con furia de la camisa—, el señor Mitroglou tiene contactos y usted perderá el trabajo en cuestión de minutos.

—Me temo que no soy yo el que perderá el empleo, ¿verdad? —respondió empujándolo hacia atrás, quitandoselo de encima.

—Al menos déjeme llamar al señor Mitroglou, dele el beneficio de la duda.

—Con lo que acabo de ver y oír dudo que pueda torcer mi decisión pero adelante, llame a su jefe.

El gerente corrió raudamente hasta su oficina y realizó la llamada que esperaba nunca tener que hacer. Nikos Mitroglou tenía fama de iracundo y de implacable con aquellos que de un modo u otro lo decepcionaban.

—¿Por qué diablos me llamas? —preguntó malhumorado, resoplando—. Estoy ocupado.

—Señor tenemos un problema.

—¿A qué te refieres con eso?

—Vino un comisario de casinos y amenaza con clausurarnos —farfulló, costándole horrores hilvanar las palabras.

—¿Es una broma?

—Fingió ser un apostador acaudalado pero se reveló cuando quisimos ofrecerle nuestro paquete vip.

—¡Eres un estúpido! —bramó—. Asegúrate de que no se mueva de allí, iré de inmediato.

* * *

Todos, incluidos los dueños del circo, deben agachar la cabeza y sucumbir ante las

formalidades que a menudo difieren y colisionan con su modus operandi. De allí que los reyes de las tinieblas se sintieran incómodos, reticentes a obedecer las leyes de los hombres mientras gobernaban desde un púlpito tan alto y tan oscuro que se hacía imposible divisar desde el llano.

—¿Dónde está el sujeto? —preguntó Nikos al gerente de su casino con un tono irascible y un rostro que dejaba ver el malestar.

—Esperándolo en su suite, señor.

—Cuando termine con él me ocuparé de ti —amenazó antes de dirigirse al ascensor escoltado por su séquito que jamás se le despegaba.

No sería fácil salir ileso de tamaña situación. No podía echarle la culpa a terceros de lo que pasaba en su casa y menos argumentar que se trató de un mal entendido; debía, entonces, hallar la forma sino de comprarlo, al menos de silenciarlo, puesto que una clausura alimentaría los rumores que son la enfermedad terminal para cualquier negocio que se precie rentable.

—Sr. Porter, un placer conocerlo —dijo Nikos estrechando la mano de Randy que comenzaba con adormecerse en los cálidos y confortantes sillones de la sala—. ¿Puedo ofrecerle un trago?

—Es muy amable —respondió mientras Nikos ordenaba a una mucama allí parada llenar los vasos vacíos.

—Sírvale a los muchachos; el señor Porter y yo beberemos del importado en mi oficina —sonrió guiñándole un ojo.

No había margen, el aire se respiraba tenso y las palabras por soltar no podían menos que enturbiar un escenario ennegrecido que siempre podía ser peor.

—Creía que Norma Litmanen se ocupaba de supervisar toda la franja del Mediterráneo —dijo mientras llenaba dos vasos.

—Lo hacía hasta que cayó en desgracia luego de negociar su dignidad a cambio de dinero.

—Sí, ya lo recuerdo —susurró bebiendo su whisky de un trago, saboreando la amargura de un anzuelo inservible.

—Déjeme serle honesto señor Mitroglou, acepté esta entrevista solo por cordialidad; las actas ya están labradas y procederé conforme al reglamento.

—¿Conoce algo de mí señor Porter? —preguntó mirando por la ventana las olas que dibujaba el Egeo.

—¿A qué se refiere?

—¿Sabe quién soy, a qué me dedico?

—Es dueño de varios hoteles y del casino que hoy nos ocupa —respondió frunciendo el ceño, fingiendo desconocer hacia dónde viraba la conversación.

—Mis amigos me llaman polizón —sonrió—, antes me enojaba, pero luego comencé a tomarle cariño al mote; ¿sabe por qué me apodan así?

—Desconozco.

—Porque soy el dueño del Mediterráneo; nada surca sus aguas sin mi consentimiento.

—¿Y por qué está diciéndomelo?, ¿acaso busca amedrentarme y que haga la vista gorda mientras usted utiliza el casino como tapadera para comerciar su droga? Sí, no fue casualidad que hayamos montado este numerito en su casa matriz, teníamos el dato preciso de que aquí la moneda de cambio no eran precisamente las fichas...

—Veo que es usted incorruptible y que se niega a entrar en razón —deslizó mirándolo fijo, golpeando sus dedos contra el escritorio que los dividía.

—La razón es la que me impide corromperme —refutó poniéndose de pie abruptamente—, y si me disculpa tengo un informe que enviar.

—Creo que no acaba de entender el mundo en el que se mueve —replicó presionando con insistencia un botón oculto bajo el cajón de su izquierda.

—Me temo que sus hombres no vendrán —dijo Randy sin poder contener una sonrisa—, intuyo que están algo indispuestos.

—¿Qué? —preguntó nervioso, con el rostro desfigurado, presionando el botón con tanta enjundia que se exponía a destruirlo.

El contexto había cambiado. La balanza se inclinó del lado de la justicia y acorraló sin miramientos a un sujeto que no estaba dispuesto a entregarse sin pelear.

—Despreocúpese señor Mitroglou, sus negocios ilegales no corren riesgo aquí, solo deberá buscar otro modo de lavar su mugriento dinero.

—Lamento decirle que eso no pasará —respondió sacando un arma corta de su cajón.

—¿Sabe cuál es la pena por asesinar a un oficial de la ley?

—Despreocúpese —sonrió—, nunca estuvo aquí.

—¡Baje el arma ahora! —irrumpió Melody, todavía con su atuendo de antigua cigarrera, apuntando directo a la cabeza de Nikos.

—¿En serio, la sirvienta? —preguntó frunciendo el ceño.

—No volveré a repetírtelo.

—¿Esto no es una supervisión de casinos, cierto?

—Eres inteligente —respondió Melody mientras recogía el arma que el traficante había tirado al suelo en señal de rendición.

—¿Qué pasó con mis hombres?

—Tranquilo, no te traicionaron si es lo que te inquieta, solo consumieron una elevada dosis de benzodiazepina; en unas horas despertarán.

—Será mejor por su bien que no lo hagan —refunfuñó sentándose sobre su escritorio, pasando repetidamente la lengua por su labio inferior, atado de pies y manos, impotente ante al destino.

—Estamos buscando a una niña que usted tuvo en sus manos hace algunos años...

—Óiganme, no soy esa clase de pervertidos —reviró espantado, ofendido por lo que consideraba una indirecta que manchaba su reputación por pestilente que fuera.

—Una niña que le entregó Nasser Bin Jized hace seis años.

—Oí que el viejo murió de un paro cardiaco en su oficina la semana pasada, aunque a la luz de los hechos, estoy comenzando a dudar de la versión oficial —maldijo su suerte.

—¡La niña! No tenemos tiempo para juegos.

—¿Por qué están interesados en ella? No me digan que era valiosa, no soporto perder esa clase de negocios.

—¿Dónde está? —preguntó Randy dándole un puñetazo en el estómago, obligándolo a retorcerse del dolor.

—Cuanto más rápido cantes, más pronto acabará tu sufrimiento —prometió Melody mirándolo con desdén.

—¿Acaso piensan matarme?

—El árabe también pensó que era más inteligente que nosotros y hoy reposa en su mausoleo.

—Al menos su cuerpo —interrumpió Randy—, su alma no puedo imaginarme el destino que tuvo.

—¿Creen que me asusta morir? —sonrió dejando caer unas cuantas gotas de sangre de su boca—. Dispárenme porque no diré ni media palabra.

—Es una pena, Thomas se molestará mucho...

—¿Quién? —preguntó frunciendo el ceño.

—Thomas Weiz nos envió para hacerlo por las buenas, a nuestro modo; pero si fallaba el intento tomaría nuestro lugar.

—Él es un mito, un cuento creado para desestabilizar a los débiles y mediocres.

En ese instante, obedeciendo a un intrínseco deseo de hacerse presente, envuelto en un frenesí de locura incontenible, Thomas decidió probar su destreza lanzando, contra el viento, una flecha que fue a dar directo contra el muro sur del séptimo piso; donde reinaba un majestuoso puzle del Partenón.

—El mito acaba de perforar la ventana —reveló Melody sonriendo con malicia.

—¿Qué quieren saber? —preguntó Nikos observando, atónito, la flecha que literalmente se estampó contra su pared.

—¿Qué hiciste con esa niña?

—Me dijeron que era peligroso tenerla, una bomba de tiempo —se excusó sin poder salir de la conmoción—. Si por mi fuese la hubiera amarrado con unos cuantos cascotes encima y la hubiera soltado en medio del mar.

—¡Eres un malnacido! —lo increpó Melody abalanzándose sobre él, propinándole un vendaval de puñetazos que eran producto de la emoción violenta, una que no pudo ni quiso resistir.

—Recibí una oferta mejor y cambié los planes —confesó pretendiendo, en vano, detener la hemorragia de su nariz fracturada.

—Dinos de una vez, no juegues con nuestra paciencia.

—Hay una mujer en Auckland, Poppy Williams, aunque les será más fácil de ubicar si siguen el rastro de Ruby; ya se imaginarán por qué —cedió a regañadientes, masticando la vulnerabilidad que lo avergonzaba.

Estaba hecho, un nuevo nombre había salido a la luz y solo restaba esperar que esta vez fuera el último. Thomas comenzaba a cansarse de viajar por el mundo para obtener apenas la dulce y desgarradora venganza que, aunque no aquietaba jamás la culpa que lo consumía, servía para saciar a sus propios demonios.

—No lo hagas, tenemos lo que buscábamos —rogó Stephanie apoyando sus manos en los hombros de Thomas que estaba listo para disparar—. Solo detente.

La súplica no bastó para torcer una decisión tomada y a la luz de la desesperanza, cuando la luna brillaba en su punto más alto, disparó. Esta vez no le apuntó a un muro. Fue directo a romper el corazón de un hombre sin sentimientos, tal vez, en cierto modo, su propio reflejo.

VIII RUBI

Auckland. Nueva Zelanda

Al amanecer, luego de abrir los ojos y desperezarse, Poppy pudo sentir que iniciaba un día extraordinario. Después de todo, llevaba meses ocupándose del evento que daba inicio a la temporada de primavera; un desfile glamoroso en el que se lucirían las piedras más sublimes engarzadas con los metales más finos para resaltar los cuerpos más bellos.

—Buen día mami —saludó efusivo un niño, todavía en pijamas, sentándose a desayunar.

—Buen día corazón; ¿dónde está tu hermana? —preguntó mientras servía el cereal.

—Creo que sigue revolviendo su placar en la búsqueda de un vestido sexy pero recatado o, al menos, algo así le oí decir por teléfono.

—¡Ryan! —lo regañó—. ¿Qué te dije de escuchar conversaciones ajenas?

—¿Estoy castigado?, ¿me quedaré en casa esta noche? —preguntó rebosante de felicidad.

—Sabes que debes acompañarme a la pasarela, ya lo discutimos; es importante para mí que la familia esté presente.

—¿Puedo espiar a las modelos mientras se cambian?

—¡Ryan! —gritó desencajada—. ¿De dónde sacas todas esas ideas podridas?

—Del tío Ferdinand, él dice que esa es la mejor parte.

—Tu tío es un depravado —se quejó impotente—. De ahora en más te prohíbo que vuelvas a dirigirle la palabra.

—Vive en nuestra casa, ¿cómo se supone que voy a ignorarlo?

—No te preocupes, tú déjame a mí.

—Buenos días —saludó Sami sentándose a la mesa.

—Buenos días cariño; ¿cómo amaneciste esta mañana?

—Excelente, estoy muy emocionada por lo de esta noche...

—Esa es la actitud —dijo Poppy sirviéndole el desayuno.

—Todas mis amigas irán, les prometí que iban a poder ver el diamante rosa...

—Está valuado en 60.5 millones de euros y tengo mucha fe en poder venderlo al final del día— interrumpió con los ojos desorbitados, imaginando la montaña de billetes que amasaría llegado el caso.

—¿Qué otras cosas habrá?—preguntó Sami, lista para anotar a todos sus contactos.

—Sorpresa, sorpresa —respondió con una sonrisa de oreja a oreja—, solo les prometo que quedaran fascinados.

A menudo los flashes suelen irse con París, New York o Milán a la hora de hablar de moda, tendencia y alta costura; sin embargo, en los últimos años y gracias a la tenacidad y tozudez de

Poppy Williams, Auckland se había ganado un lugar si no en el podio, al menos en la alfombra roja.

Todos en el continente oceánico estaban pendientes de lo que prometía ser una velada para el recuerdo; millones de televidentes, alrededor del mundo, estaban listos para ver brillantes, en otros cuerpos, las piedras inalcanzables de sus sueños mientras maldecían a diestra y siniestra por no pertenecer a esa elite, a ese establishment capaz de lucirlas.

—Esta noche, algunas de las modelos más atractivas y reconocidas de todo el globo les mostrarán un poco de magia —anunció en el discurso de apertura, tan emocionada como nerviosa.

«Los diamantes no son para cualquiera, es verdad. Suele decirse que son solo para millonarios, para comprar el amor, para domar a las fieras, para vestir maniqués, para olvidar las penas, para opacar al sol; sin embargo, yo tengo otra idea de los diamantes, creo que son para quien sepa lucirlos y aunque en la rareza radica su valor, no saben cuánto quisiera que cada mujer llevara uno; lo digo en serio. Todos saben de dónde vengo, no tuve una vida fácil, no vine al mundo en cuna de oro; ¡pero aquí me ven!, rodeada de las gemas más codiciadas y hoy, aunque sea por un momento, en vivo a través de una pantalla, todas serán dueñas de los diamantes. Gracias por estar aquí. ¡Que comience el desfile!

Una a una las modelos más importantes a nivel internacional caminaban orgullosas con relucientes collares, gargantillas, anillos, pulseras, relojes, pendientes e incluso diademas invaluables que al caer la noche serían retiradas de la vista del mundo y puestas bajo siete llaves en algún depósito irrastreable.

Tras bambalinas más de un centenar de colaboradores entre estilistas, modistos y maquilladoras, trabajaban a destajo para lograr la combinación perfecta, la tan ansiada armonía entre brillo y belleza o mejor aún, resaltar esa belleza mediante el brillo de una piedra que, al igual que las estrellas iluminan el firmamento, destaca por su color, por su pureza, por su tamaño o pulido, volviendo lo divino un tesoro terrenal.

Tal como se preveía, fue todo un éxito.

Esmeraldas, zafiros y rubíes, habían deambulado durante una hora y media bajo la atenta mirada de joyeros y banqueros que a menudo eran los primeros en ofertar aunque no pudieron, esta vez, evitar caer rendidos sin poder disimular su admiración por la joya final, el postre del evento, una pieza de carne y hueso.

—¿Esa es Melody?

—Será mejor que cierres la boca o te entrará una mosca —respondió Thomas burlándose de su amigo que estaba congelado, cual estatua, maravillado, diminuto ante lo incommensurable.

—No tenía la boca abierta, solo me sorprendí, no esperaba....

—Que deslumbrara como las estrellas en el cielo —interrumpió mordaz.

—Sí, bueno, como sea.

—Debes apresurarte compañero, me temo que tendrás cada vez más competencia.

—Mis posibilidades son nulas y lo sabes —se lamentó Randy con un dejo de pesadumbre en la voz.

—Nula tienes la mente cada vez que la miras —se burló.

Mientras tanto el auditorio estaba de pie, aplaudiendo a todas las modelos que salieron a buscar la ovación final, lideradas por Poppy Williams que abandonó el atril desde donde conducía el desfile para recibir, al borde de las lágrimas, el reconocimiento a su crecimiento, a su consolidación, a su realidad.

—¡Sami, es bellissimo! —dijo una de las amigas de la familia al ver la *Pink Star* en su anular

izquierdo.

—Mamá espera venderlo esta noche.

—De seguro existirá entre tanta gente un comprador.

—Sí aunque es una pena, quisiera quedármelo —se lamentó echándose a reír, fascinada por esplendor de la gema.

—Ella es hermosa —susurró observando a Melody acercárseles repleta de glamour.

—¿Tú eres la hija de Poppy? —preguntó con dulzura.

—Sí, estuviste divina en el escenario, lo luciste como nadie.

—Gracias —respondió tomándole la mano—, aunque a ti no te queda nada mal.

—¿Ya te vas?

—Sí, ya cumplí con mi trabajo.

Aquellas palabras que parecían no esconder un doble sentido eran, en efecto, la confirmación de la tarea consumada; una que de tan audaz nadie vio venir, al menos no hasta que fue demasiado tarde.

—Señora Williams...

—Por favor Albert, dime Rubí.

—Rubí entonces —carraspeó—, decidí convertirme en el dueño de la piedra rosa.

—No sabes cuánto me alegra escuchar eso —respondió sin poder contener una sonrisa—, en ningún otro sitio se vería mejor que en tu vidriera en la Quinta Avenida.

—Pero ya sabes cómo funciona todo; debo regatear el precio.

—Sé que puedes costear los 60 millones de euros que pido.

—¿Qué me dices de 36? —resopló—. Será parte de mi colección privada.

—¿36 no vale tu mansión en Las Vegas? No mi querido amigo, esta piedra vale mucho más que cualquier otra cosa que hayamos visto.

—45 y es mi última oferta —sentenció.

—Te diré lo que haremos —dijo tomando una copa—, te mostraré la joya y veremos si al apreciarla en toda su magnitud continúas siendo tan tacaño.

Nada podía salir mal, Poppy confiaba ciegamente en que un contacto directo era suficiente para destrabar cualquier chequera y por eso caminaba a paso acelerado, buscando cerrar el acuerdo lo antes posible.

No contaba con un contratiempo, uno tan grande que echaría la noche a la basura y con ella gran parte de su reputación y su vida. El pequeño salón plagado de cámaras, donde reposaban todas las joyas exhibidas detrás de vidrios a prueba de balas y sensores de movimiento tenía un faltante: la piedra rosa.

Los guardias de seguridad negaban con envidia que algo hubiera salido de aquella sala; pero entonces; ¿dónde estaba la gema?

Justo cuando la desesperación tocaba a la puerta y el nerviosismo se apoderaba de todos, Poppy recordó que su hija tenía el diamante y se relajó ya que pese a la imprudencia, el diminuto censor que portaba la ubicaría sin mayores dificultades.

—No encontramos a Sami por ninguna parte —lamentó su secretario sin soltar el handy que lo mantenía conectado con la seguridad.

—¿Y el dispositivo?

—Respecto de eso...

—¿Qué? —preguntó desenchajada.

—Lo hayamos en el bolsillo de uno de los guardaespaldas de tu hija.

—¿Disculpa?

—Dicen que fue un ataque relámpago, no pudieron defenderse.

—¿Estás diciéndome que me robaron el diamante?

—Y a la luz de las evidencias se llevaron también a Sami y a una de sus amigas.

—¡Quiero ese diamante de vuelta me oyes! —gritó mientras revoleaba sus tacones contra la pared, al borde de un ataque nervioso.

—Estamos revisando las cámaras de seguridad.

—Si esa piedra sale del país te juro que me las pagarás —lo amenazó tras darle una bofetada.

—Debemos desconfiar de los invitados; de seguro fue alguno de los joyeros, de otro modo no podían saber del rastreador.

—¡Mi vida! —interrumpió Christian exaltado—, acabo de oír los rumores; ¿es cierto que raptaron a nuestra Sami?

—Se llevaron el diamante rosa.

—¿Y nuestra hija, está bien?

—Jamás debí ceder ante sus caprichos... es una completa estúpida, un lastre que me ha costado lo que no tengo.

—¿Qué dices? —preguntó espantado.

—Digo que si esa piedra no aparece, será mejor que tu hija tampoco lo haga porque no podré mirarla a la cara sin recordar el daño que me hizo.

—¿Mamá? —farfulló Ryan entrando tímido a la pequeña habitación donde se desarrollaba el cónclave privado.

—¿Qué quieres hijo? —preguntó Christian ante la indiferencia de Poppy.

—Es Sami, está al teléfono —respondió enseñando su celular.

* * *

—¿Ahora somos secuestradores? —preguntó sin dejar de caminar, golpeándose los muslos con las manos, nervioso.

—No pusiste ninguna objeción cuando escuchaste el plan.

—Tal vez se deba a que no estaba enterado de esa parte; creía que solo robaríamos el diamante —respondió vehemente—. Esto está mal; tenemos a dos chicas inocentes amordazadas en un sótano mugriento. Puede que no lo hayan notado, pero cada día que pasa nos parecemos un poco más a él.

—Estás exagerando Randy; esa niña volverá con su madre cuando tengamos las respuestas que buscamos.

—Por eso me negaba a participar en primer lugar; no era el miedo lo que me detenía sino la barrera moral que divide a los buenos de los malos.

—¿Acaso temes volverte malo Randy? —preguntó Melody con sorna.

—No, temo ser cómplice de un criminal —respondió con un dejo de pena, como si aquella disyuntiva lo estuviera consumiendo vivo—. Sé que creen que odio a Thomas, de hecho lo hice durante mucho tiempo; pero a decir verdad, aunque me cueste admitirlo, he llegado a tenerle afecto. Puede que sea su carisma, el vuelco que dio su vida, el padecimiento que soporta cada vez que abre los ojos en la mañana, pero no estoy dispuesto a mirarme en el espejo y no reconocirme.

—No nos convertiremos en nada; abandonaremos esta aventura en cuanto lleguemos al final —prometió Stephanie pretendiendo poner un manto de calma.

—¿Aventura? —preguntó esbozando una sonrisa tibia—. Asesinaste a un hombre en su yate a sangre fría. La Stephanie que conozco jamás lo hubiera hecho.

—¡Era un criminal Randy! —intervino Melody furiosa, abandonando la comodidad de su mecedora—. El mundo está mejor sin esa escoria.

—No dudo de eso, pero nuestro deber era llevarlo ante la justicia...

—¿Deber? Ya no somos policías.

—¿Entonces somos criminales? Creía que existía una gama de colores muy amplia en el medio de ambos extremos.

—No estamos tratando con burdos matones de esquina, asesinos de oportunidad o pandilleros enfadados; estamos metidos en un mundo que la gente común ni siquiera imagina, uno del que se oyen rumores pero nadie ve; ¿acaso no quieres terminar con esos malditos? —preguntó Melody desenchajada, haciendo todo tipo de ademanes, tratando en vano de convencer a un hombre seguro de abandonar.

—Lo que no quiero es convertirme en uno de ellos —se excusó saliendo de la habitación, directo a tomar aire, dejando a sus compañeras con la palabra en la boca convencidas de que habían comenzado a perder el control y si no lo solucionaban pronto, más temprano que tarde fallarían.

Entre tanto, en el sótano de aquella casa abandonada, Thomas contemplaba, sin emitir sonido alguno, a las mujeres que tenía por rehenes rememorando viejas tácticas psicológicas que creía olvidadas.

—Voy a quitarles la mordaza, pero no se gasten en gritar; estamos a cientos de kilómetros de la casa más cercana —dijo arrancándoles la cinta de un tirón.

—¿Quién eres?, ¿por qué estás haciéndonos esto? Solo déjanos ir, ya tienes lo que querías —suplicó Sami ante el llanto desconsolado de su amiga que hacía varias horas había dejado de pelear contra las sogas que la mantenían cautiva, adherida a esa silla destartada.

—¿Y qué es lo que quiero?

—El diamante, por supuesto.

—No diré que le escapo a lo material porque estaría mintiendo, pero te aseguro que soy algo reticente a la vulgaridad.

—Cuesta 60.5 millones de euros —soltó con rabia, abriendo y cerrando sus puños, tratando de aliviar el dolor en sus muñecas.

—Tranquila, te llevarás esa gema en tu dedo cuando salgas de aquí.

—¿Entonces de qué se trata? —preguntó frunciendo el ceño.

—Quiero algo de tu madre y ésta me pareció la mejor forma de obtenerlo.

—¿Qué cosa?

—Información.

—Pudiste llevarte el anillo y dejarnos a nosotras en el teatro; ¿por qué traernos?

—Es una buena pregunta —sonrió—, me temo que es verdad, solo necesitaba la piedra para desestabilizar a Poppy pero créeme cuando todo acabe te habré hecho un gran favor.

—Cuando todo acabe tú terminarás preso y nadie se acordará de ti, estúpido.

—Cuidado chiquita, hay personas que aseguran que no tengo corazón.

—Y eso debería importarme porque... —dijo haciéndose la graciosa, ignorante del juego mortal que proponía sin conocer a su oponente.

—Porque puedo infligirte más dolor en un minuto del que sentirás el resto de tu vida —respondió sacando a relucir su Glock 19

—¿Qué, ahora vas a matarme?

—Lo haré si no te callas —respondió con una sonrisa.

—Entonces dispara si eres tan malo, ¡hazlo, vamos, hazlo cobarde! —gritó antes de orinarse al ver a Thomas presionando el gatillo contra su frente, con el arma descargada.

Rompió en llanto, ambas lo hicieron, de pronto pareció caerle la ficha de la idiotez que había hecho y no le daban los ruegos para agradecer que aún respirara.

—¿Oye, podemos hablar? —preguntó Stephanie desde lo alto de la escalera, evitando hábilmente pronunciar nombres propios.

En la sala principal se respiraba desconcierto, incomodidad, desconsuelo.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué esperas Thomas? —preguntó Stephanie abriendo los brazos de par en par.

—¿A qué te refieres?

—Tienes el diamante, tienes a la chica; ¿por qué no hiciste la llamada?

—Ahora iba a hacerla; si tienen otras cosas que hacer pueden irse cuando quieran...

—¿Por qué haces eso? —preguntó mascando bronca, enfadada.

—¿Hacer qué?

—Tratarnos como si no fuésemos equipo, como si fuéramos basura que no te hace falta, un estorbo. ¡Cuidado, el gran Thomas Weiz está en acción! —gritó sarcástica.

—¿Terminaste la novela?

—¿Sabes qué Thomas? púdrete, Randy tiene razón, eres un cretino que piensa que nadie está a su altura y todo es poco para él —le recriminó abandonando la sala, dando un portazo, yendo tras los pasos de su joven amigo.

—No sé qué pasó con ella, recién todo estaba bien y de pronto explotó —dijo Melody mirando a Thomas que permanecía inmóvil, sin encontrar palabras dignas de pronunciarse—. Iré a verla.

Dicen que en la convivencia salen a flote ciertos rasgos de la personalidad que no se encontrarían en otra situación; lo más recóndito del carácter floreciendo al amparo de la presión. Era como si hubiesen olvidado el motivo primigenio, lo que los llevó hasta allí en primer lugar y comenzaran a cuestionarse no si la misión tenía sentido, sino la compatibilidad de objetivos. Estaba claro que el antiguo equipo, con Stephanie a la cabeza, buscaba respuestas sobre el paradero de Violet; ¿pero qué perseguía Thomas? y luego, por si fuera poco, también resurgían viejas dudas que debieron saldarse hace tiempo: ¿quién era Thomas?, ¿será que los rumores que alimentaron el inconsciente eran ciertos? Puede que, al fin y al cabo, contra su voluntad y en un ejercicio extremo de introspección, empezaran a aceptar que el inefable Weiz no era tan solo un agente acostumbrado a lidiar con criminales sino que él era, en efecto, el peor de todos.

Algo similar ocurría en la mansión de Poppy Williams donde los dueños de casa debían resolver un problema simple pero complejo, habitual en la vida de cualquier ser humano, un dilema que al despejarse traería la luz al final del camino; aunque resultaba difícil saber qué luz perseguía cada quien.

—Toda la policía de la ciudad está tras ellos, no durarán mucho tiempo en su escondite —dijo Solomon Nandi, un abogado experimentado que aconsejaba a la familia en todo tipo de situaciones.

—¿Podría repetir señor Morris que le dijo su hija? —preguntó el detective Clastok, a cargo de la investigación.

—Solo se despidió, dijo que no volveríamos a verla —respondió antes de romper en llanto, abatido, sin poder comprender por qué la vida se ensañaba de tal forma con una pequeña inocente,

sin malicia.

—¿Existe la posibilidad, por mínima que fuera, que la propia Sami lo haya planeado todo?

Las miradas contra el detective fueron fulminantes. A nadie le cayó en gracia que los cañones apuntaran en ese sentido y se lo hicieron saber de inmediato.

—Dígame detective, ¿es necesario plantear estas estupideces en este momento o solo lo hace por diversión?

—No conoce a mi hija —replicó Christian entre sollozos—, no tiene idea de la clase de persona que es.

—Yo no pongo las manos en el fuego por nadie —dijo Poppy frotándose las manos, caminando de un lugar a otro.

En ese momento en que los rostros desfigurados miraban asqueados la frialdad de una desconocida Rubí, el teléfono volvió a sonar pero esta vez, como esperaban, para negociar un posible rescate.

—¿Quién habla?

—El hombre que está arruinando tu vida.

—No sé qué crees que haces pero estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo; ¿cuál es tu precio? —preguntó Poppy fingiendo control.

—¿Mi precio? —sonrió—. Mi precio eres tú.

* * *

Son a menudo perversos los senderos oscuros que conducen cual atajo al regocijo imprudente de la meta alcanzada. A ciegas, sin las precauciones del caso, la mente se relaja y cesa de clamar con insistencia aquello que desea y supone que tiene, aquello por lo que vive sin darse cuenta que, de a poco, despacio, a cuenta gotas, la consume.

—¿Y bien? —preguntó Christian con los ojos tan rojos que parecían a punto de escupir fuego.

—Dijo que quiere reunirse conmigo —respondió Poppy golpeando el teléfono contra su pecho, con la mente puesta en algún sitio alejado de su casa.

—¿A dónde la citó? —preguntó el detective.

—Dijo que la vida de mi hija depende de que fuera sola...

—Señora, tengo experiencia en casos como estos y le aseguro que es una mala idea.

—¿Está sugiriéndome que arriesgue la vida de mi hija?

—Poppy, el detective tiene razón —intervino Solomon con las palmas hacia abajo en señal de tregua—, no sabemos quién es ni por qué lo hace; podría fácilmente ser una trampa.

—Dígame, ¿la citó muy lejos?

—En Wellington —respondió de inmediato, esquivando la mirada.

—Bien, alertaré a mis hombres, les diré que se alisten; salimos de inmediato —ordenó el detective.

—Voy a mi habitación por un abrigo, enseguida regreso —masculló Poppy antes de subir las escaleras y desaparecer de la vista del mundo.

Son esos momentos en que no se piensa con claridad; el contexto contaminado embarra la conciencia y enturbia los sentidos; el caldo de cultivo ideal para que la soberbia y la avaricia terminen por empujar un alma al abismo, a su propio abismo, al mundo sin retorno que prefiere la espada a la pared y morir de pie a vivir de rodillas. Y no se trataba, en absoluto, de un acto de heroísmo o hidalguía sino todo lo contrario. Era tan fuerte la pulsión que la movía, tan dulcemente

irresistible, que sería su propio narcisismo el encargado de apagar la luz antes del final.

—¡Está tardando demasiado, vayan a ver qué sucede! —ordenó el detective, impacientándose con la demora.

Al cabo de unos pocos segundos, Christian descendió casi en el aire, desfigurado.

—¡Poppy no está! creo que se fue por la ventana.

—Eso es imposible, su auto todavía está en el garaje.

—¿Amor mío que has hecho? —se preguntó desplomándose de rodillas, con las manos sobre su rostro.

—Pronto, sigan un rastro, el GPS de su móvil o cualquier cosa; ¡no puede estar lejos!

Resulta en vano seguir el viento cuando sopla arremolinado y maldecir la osadía de una mujer desesperada era lo único que podía hacer la policía sin rastros que seguir, a la deriva, a la espera de un llamado que nunca llegaría.

Poppy Williams no sabía esperar, la paciencia no era, precisamente, una de sus virtudes y mientras sangraba por la herida solo podía pensar en su noche frustrada sin darse cuenta que la osadía de obedecer a un completo desconocido, uno que había puesto de manifiesto su habilidad arrebatándole todo cuanto quería en cuestión de minutos, era el atajo directo a las tinieblas, al sórdido averno que llevaba tiempo reclamando por ella.

Luego de más de una hora de viaje, bajo un diluvio inclemente, llegó hasta la desolación hecha casa y sin titubear ingresó a buscar lo que le pertenecía, eso que para ella valía más que la vida misma.

Solo escuchaba su respiración agitada. El silencio sepulcral venía a reforzar lo que comprobaron sus ojos; estaba sola. Nadie estaba esperándola, sin embargo, las cadenas en el sótano daban un mensaje claro, era el lugar correcto pero entonces; ¿dónde estaban todos? Con la molesta sensación de que la observaban, salió de aquellas ruinas y con la mirada perdida en la oscuridad reinante avanzó, temerosa, con rumbo a ninguna parte, a la espera de una señal concreta.

—Parece que llegaste temprano —dijo Thomas sin darse a conocer, oculto en algún sitio.

—¿Ese era el plan, no? —preguntó observando de reojo, temiendo un ataque artero —. ¡Déjame ver tu rostro! —gritó mientras pretendía, en vano, cubrirse de la cortina de agua.

—¿Crees que puedas reconocerme?

—Me gusta saber con quién hablo.

—Entonces voltea —la retó parado detrás de ella, a una distancia de diez metros, amenazante.

—Puedo jurar que no te había visto nunca antes; jamás olvido un rostro —aseveró mirándolo a los ojos, temerosa, retrocediendo casi por inercia.

—Lo sé....

—¿Dónde está mi diamante?

Thomas sonrió. Al oírla preguntar por la piedra confirmó que para Rubí era poco menos que una adicción, una fijación por las joyas solo equiparable a su insaciable deseo de ser respetada en un mundo pequeño que no repara en moralidades ni cláusulas de ética.

—Me sorprendes —expresó fingiendo sorpresa, acercándose despacio—, por lo general, los narcisistas ven a sus hijos como una extensión de ellos mismos, su reflejo; sin embargo, a ti no parece importante en absoluto el bienestar de Sami.

—Claro que me importa, pero ella me decepcionó, no es ni la mitad de la mujer que esperaba que fuera; no tiene ambición ni visión para los negocios, ¡es una niña boba, igual a su padre! —gritó poseída por un ardor que le quemaba las venas.

—Te daré el diamante, de hecho puedes irte a la tumba con él si es lo que deseas; pero antes

necesito saber algo, algo que solo tú puedes responder.

—¿Cómo sé que no es un truco?

—Tendrás que averiguarlo —sonrió, rodeándola, amedrentándola con su sola presencia.

—Te escucho.

—Hace seis años, Nikos Mitroglou, el contrabandista griego, te entregó a una niña...

—Dijo que no podía permanecer en Europa, que era una bomba de tiempo —interrumpió de prisa—. Por eso asumí la responsabilidad; ya sabes, favor con favor se paga y la acepté como parte de mi tropa.

—¿Así llamas a los niños que traficas?

—Es mi negocio, ¿señor?

—Llámame Thomas.

La cara de Poppy enrojeció cual rubí, haciéndole gala a su mote bien ganado. El hombre del que tanto había escuchado, el protagonista de cientos de mitos urbanos se posaba frente a ella más intimidante de lo que su imaginación preveía. Además, como si fuera poco, la tormenta daba un contexto siniestro, una suerte de premonición que anticipaba un incierto desenlace.

La moneda estaba en el aire, girando rabiosa y al dar contra suelo sellaría la suerte de los contrincantes.

—Si buscas a esa niña ya puedes dejar de hacerlo; ninguna sobrevive más de un par de años en Sudamérica; son muy solicitadas.

Al oír esas palabras que debieron haberse sentido como dagas perforando su pecho, Thomas cerró los ojos y se entregó por completo al vendaval arremolinado que lo envolvía con furia y esperaba de él una respuesta, una reacción acorde a su frustración, a su impotencia.

—Tu hija tiene el diamante —soltó en medio de un suspiro.

—¿Y ella dónde está? —preguntó desencajada, mirando para todos lados.

—De camino a Sudamérica —respondió esbozando una sonrisa—, ya sabes lo que dicen, esa clase de chicas son muy codiciadas.

—¿Estás jugando conmigo? —preguntó frunciendo el entrecejo.

—La vida juega con nosotros todo el tiempo

—¿Y mi diamante?

—Me aterra solo pensar las cosas que la pobre Sami padecerá en aquellos antros disfrazados de tabernas; ¿puedes imaginarlo? Una niña rica, sofisticada, virgen, a merced de un sinfín de iletrados sin escrúpulos que jamás beben la obligada consumición.

—Es lo que la vida quiso para ella.

—Tal vez quieras vomitar tu frialdad mirándola a los ojos, explicarle por qué el monstruo que llevas tanto tiempo ocultando por fin se manifiesta y en su afán de devorarlo todo no tuvo reparo, siquiera, en su propia hija.

Poppy no entendió aquellas palabras; sin embargo, pudo sentir una punzada en su espalda, como agujas que al incrustarse en la piel se roban el aire, esa extraña e inexplicable conexión que une a las madres con sus hijos, incluso desde el vientre y hasta el final de los días.

—¿Es cierto mamá? —preguntó devastada, con el llanto a flor de piel que se confundía con las gotas de lluvia que la empapaban— ¿Somos menos que una porquería para ti?

—Hija, déjame explicarte —farfulló—, no creas una palabra de lo que te haya dicho, quiere enfrentarnos.

—Fuiste tú Poppy, fuiste tú la que antepusiste una piedra a la sangre; eso sin contar la repugnancia que significa saberme hija de una vulgar proxeneta. No, yo no tengo una madre,

Thomas tenía razón.

—Mi vida, no sé qué creíste haber escuchado pero no es cierto; te está engatusando, es lo que él hace; quiere poner a la una contra la otra; ¿no te das cuenta?

—Evidentemente soy una niña boba igual a mi padre y no me doy cuenta de las cosas —reviró arrojando con desdén, a los pies de su madre, el diamante de la discordia—. Se lo agradezco señor, por fin veo con claridad.

—¿Qué quieres decir?, ¿qué significa esa señal que hiciste? —preguntó Poppy inmóvil—. Mocososa no me ignores, mírame cuando te hable —gritó en vano mientras su hija se alejaba, para siempre, por última vez.

—Ya tienes lo que querías —dijo Thomas moviendo los dedos de su mano derecha contra su muslo, como tocando un piano.

—Todavía me falta algo —susurró tomando el revólver que escondía en la parte baja de su cintura pero antes incluso de que pudiera apuntar, un disparo certero, directo al corazón, la tumbó de espaldas cual maniquí y mientras se desangraba, tendida en el barro de un descampado, alejada del lujo y del confort, presa de su debilidad, a merced de su ancla y esclava de su perdición, dejó escapar una lágrima, tal vez la primera y seguro la última.

IX NAOMI FOSTER

Recoleta, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

—¿En qué puedo ayudarlo señor?

—Estoy buscando al dueño del circo —respondió quitándose los lentes oscuros.

—¿Disculpe? —preguntó el anciano frunciendo el ceño detrás del mostrador.

—Este comercio pertenece a Martín Robledo, ¿verdad?

—Ah, ya entiendo —sonrió—. Martín no se encuentra, lleva meses sin venir por acá; ¿quién lo busca?

—Un viejo amigo —respondió mientras recorría con la mirada las miles de antigüedades que se hallaban a la venta.

—¿Quiere dejarle algún recado?

—Sí, vaya atrás y dígame que Thomas está en su negocio.

—Señor ya le he dicho...

—Eres convincente y la cara de piedra que muestras al expresar palabras es en rigor admirable, pero jamás podrás engañar a un mentiroso —interrumpió.

—¿Cómo dice?

—Descuida Edgar, yo me haré cargo de este intruso —intervino un joven apuesto emergiendo de la nada—; parece ser alguien obstinado y astuto

—¿Ahora eres comerciante?

—Escoge lo que quieras, la casa invita —respondió antes de fundirse en un abrazo con quien fuera su maestro años atrás.

—Me alegra mucho verte.

—Lo mismo digo, aunque confieso que estoy sorprendido; ¿qué hace Thomas Weiz tan lejos de su madriguera?

—Necesito tu ayuda.

No era lo normal, antes muerto que vulnerable, pero a veces las circunstancias de la vida nos enseñan el sendero que odiamos transitar como la única alternativa posible de éxito. Este era el caso. Thomas, un viejo lobo solitario se veía obligado a pedir ayuda para obtener sin demoras aquello que tanto anhelaba. Martín Robledo no era, sin embargo, un mero conducto. Su ingenio, tenacidad y eficiencia lo habían posicionado en la cima de los denominados ladrones de guante blanco. En otras palabras, este ignoto sureño era ni más ni menos que el fetiche de los grandes criminales del país que recurrían a él cuando deseaban apropiarse de lo que les era imposible, inalcanzable.

—¿Sigues trabajando para ellos? —preguntó bebiendo con singular agrado su submarino frío.

—No diría eso.

—Vi en las noticias lo que ocurrió con el magnate ruso Sasha Garín, no todos los días ves a un criminal de esa calaña caer en desgracia —dijo Thomas como quien no quiere la cosa.

—Fue sorprendente, sí —sonrió.

—¿Tuviste algo que ver?

—No estarías aquí si desconocieras la respuesta.

—¿Por qué lo dices?

—Yo trabajo para ellos y tú mejor que nadie deberías saber que nunca se muerde la mano que te da de comer.

—Creo que me perdí en algún lado...

—Sabes que estuve involucrado en la caída de Sasha y por eso vienes a mí para llegar hasta quien tomó su lugar.

—La pregunta es, ¿traicionarías a Naomi Foster? —preguntó sin rodeos.

—No le debo nada, solo soy un ladrón y trabajo para el mejor contratista.

—Podría decirse que la lealtad no está en tu esencia.

—Oh claro que sí, soy leal a mí mismo —rió—, aunque para que acepte involucrarme en tu cruzada debo compartir tu motivación; ¿por qué Naomi?

—¿Quieres una lista?

—Sé la clase de basura que es pero, ¿por qué una tratante de mujeres de Sudamérica le importa a Thomas Weiz? —preguntó entrecerrando los ojos, a la espera de una respuesta contundente.

—Puede que tenga a mi hija.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó dejando a un lado las ironías.

—Creía que esa era tu área.

—¿Listo para desbaratar la red de trata más grande del continente?

—Solo recuerda que la última bala es mía.

Quién hubiera dicho que dos de los criminales más execrables que hubieran pisado el mundo contemporáneo, unirían fuerzas para arremeter, con envidia, contra otros de su calaña. Una prueba más, dirían los plateitas caídos en desgracia desde alguna celda oscura, incomunicados hace siglos, de la falta de códigos que rige el inhóspito reino de las tinieblas.

—Entiendo que Buenos Aires tiene un oscuro pasado alrededor de la prostitución —dijo Thomas mientras leía las carpetas cargadas de información con los negocios ilegales de Naomi Foster.

—A finales del siglo XIX y principios del XX, supo ganarse el triste mote de Capital mundial de la prostitución, desplazando de aquel sitio a ciudades emblemáticas en el menester como París.

«En un primer momento, bastaba solo con las trabajadoras locales para abastecer la insaciable demanda; luego debieron recurrir a las mujeres que ya se dedicaban a la prostitución en sus países de origen; sin embargo, con el tiempo, se tornó indispensable para los proxenetas comenzar a implementar otro tipo de estratagemas.

—¿Por ejemplo?

—Lo más común era el casamiento religioso, los rufianes tenían armada toda una estructura que llegaba hasta Europa del Este, principalmente Rusia y Polonia para engañar ilusas soñadoras.

—Eran épocas difíciles en Europa —reflexionó.

—Ya lo creo, la persecución religiosa llevó a los padres a buscar un futuro mejor para sus hijas sin saber que las entregaban al mismísimo diablo.

—¿Conoces las técnicas de engaño?

—Por supuesto, utilizaban nativos que, en supuesta búsqueda de novia, se presentaban en algún pueblo donde ya poseían datos entregados por una fuente, generalmente mujer conocedora del lugar, que servía de primer filtro para seleccionar. El joven se promocionaba como un inmigrante más, que favorecido por las bondades que ofrecía la Argentina lo estaban aguardando su trabajo y su fortuna por lo que la realización de la boda con la joven prometida debía ser rápida para emprender el retorno a su país de residencia. La boda se efectuaba sin mayores ceremonias y en un pequeño viaje de luna de miel o ya en la partida definitiva hacia el nuevo continente, la mujer era entregada a los operarios del barco quienes se hacían cargo del traslado mientras el novio se quedaba repitiendo la labor con otra familia incauta.

«Otra forma de reclusión fue engañarlas bajo promesa de buenos o mejores empleos y sueldos elevados sin imaginarse el destino que aguardaba del otro lado del océano.

—Una vez que embarcaban ya no había vuelta atrás...

—Sellaban su destino —asintió—. Las mujeres, al casarse con un extranjero, perdían su ciudadanía de origen y, entonces, ya no podían reclamar a las autoridades consulares de su país. De ahí que su vida se convirtiera en un verdadero calvario al poner un pie en nuestro suelo ya que al llegar eran obligadas a firmar un contrato por el que se comprometían a pagar el viaje, la ropa, el alimento, la renta de la pocilga donde las alojaban y su mobiliario; lo cual desembocaba en un instrumento más de retención puesto que la única forma que tenían de intentar pagar su deuda era vendiendo su cuerpo.

—Y ahora Naomi Foster tomó el lugar vacante que dejaron aquellos malnacidos...

—Antes compartía el negocio con Sasha, pero ahora no hay nadie que le haga sombra y, además, es muy precavida; no será nada fácil exponerla.

—¿Por qué lo dices?

—Ya no es como antes; a principios del siglo XX todo el mundo sabía quiénes eran los proxenetas y dónde retenían a sus víctimas; pero Naomi es distinta, ella es toda una celebridad en nuestro país; es dueña de una de las marcas de indumentaria más populares del continente y además dirige su propia escuela de modelos; nadie diría que en realidad es un monstruo.

—Sí, los métodos han cambiado.

—Falsas ofertas de trabajo, citas a ciegas, estudio minucioso de las redes sociales que proporcionan todo lo necesario y ciertos sitios donde se exprime hasta la última gota de sueños prometidos.

—¿Escuelas de modelos, por ejemplo?

—Exacto —asintió con una sonrisa—, y allí será nuestra primera parada.

* * *

—Primero debemos ponerla nerviosa, sacarla de sus casillas, de su sitio de confort; enfrentarla con lo desconocido —dijo Martin esbozando una sonrisa picaresca.

—¿Qué propones?

—Sembrar la duda. Difundir a través de las redes algunos testimonios que comprometan a nuestra amiga.

—¿Vamos a utilizar niñas? —preguntó Thomas frunciendo el ceño.

—No te preocupes, no será real, no estaremos exprimiendo su sufrimiento.

—¿Entonces?

—A la gente no le interesa la verdad sino el escándalo y una vez que se haga viral y esté en

boca de todos, frenarlo será una tarea un tanto difícil; tú déjalo en mis manos.

“Hoy la ciudad de Buenos Aires despertó con una noticia estremecedora; un caso que no pudo más que conmover a toda la opinión pública; tres jóvenes denunciaron haber sido víctimas de explotación sexual mientras estudiaban en la Academia Foster Models y acusaron a su directora de estar a la cabeza de una red de trata de personas que opera con total impunidad en nuestro suelo y en el resto del continente. Los medios están montando guardia en la mansión que Naomi posee en el barrio de San Isidro, en la provincia de Buenos Aires; sin embargo, todavía no hubo ningún descargo por parte de la acusada”.

El revuelo era mayúsculo, Naomi Foster era poco menos que una diva y aunque contaba con una enorme barrera de protección mediática, gracias a sus numerosos contactos y amistades con periodistas y productores, la noticia era lo bastante fuerte como para esconderla debajo de la mesa, máxime cuando las redes sociales comenzaban a dar su propio veredicto, ese que no necesita de los tiempos de la justicia ni el permiso de nadie para expedirse.

—Está hecho; ¿qué sigue? —preguntó Thomas mirando a su colega.

—Hacerla sentir vulnerable, que desconfíe hasta de su propia sombra; aislarla.

—¿Cómo lo haremos?

—Solo espera, una filtración así no se anota en una hoja de reclamos.

Conforme pasaban las horas, la presión se tornaba insoportable y el aluvión de campañas de desprestigio solo venían a recordar que nadie es inmune al desastre ni puede permanecer para siempre en el margen apacible de la tranquilidad.

—¿Qué se supone que voy a hacer ahora? ¡Tengo tres hijos! —se quejaba mientras temblaba, sin poder, siquiera, tomar aquel vaso de agua sin provocar un tsunami en su interior.

—Tranquilícese, seguro le lloverán propuestas laborales pronto.

—¿Cómo pudo despedirme sin ninguna explicación, de la noche a la mañana, como si fuera un perro? —se quejó con todo tipo de gestos ampulosos.

—¿Usted fue la única empleada despedida de las escuelas o hubo otros?

—¡Eché a todo el personal!

—¿Llevaba mucho tiempo trabajando para ella?

—Diez años.

—¿Y nunca vio nada raro, nada que la hiciera sospechar que algo no andaba bien? —preguntó Martin enseñándole un pila nada despreciable de dólares.

El rostro de Silvina cambió por completo y solo podía pensar en los billetes que se erigían cautivadores frente a sus ojos.

—Ahora que lo pienso —carraspeó—, nunca entendí porque enviábamos a las niñas donde los fotógrafos y no al revés.

—¿Recuerda las direcciones de aquellos fotógrafos?

—No, no lo creo

—Haga memoria —insistió poniendo sobre la mesa más ejemplares del vil metal.

—Sí, creo que algo viene a mi mente.

“La policía realizó una decena de allanamientos simultáneos en varios departamentos distribuidos por la Capital y dieron con, al menos, un centenar de jovencitas que eran retenidas contra su voluntad, obligadas a ejercer la prostitución. Junto a ellas fueron hallados y detenidos 14 hombres y 16 mujeres, todos mayores de edad que serían los presuntos explotadores. El dato fue brindado por una fuente anónima aunque trascendió que se trata de una ex empleada de Naomi Foster quien ahora sí deberá dar no una sino muchas

explicaciones”.

—¿Y ahora qué?

—Su dinero. Hay que empujarla al oscuro y profundo pozo de la desolación.

—Quisiera saber cómo vas a lograrlo —presionó retándolo a un desafío complejo.

—A los contadores les encanta regocijarse en el dinero ajeno pero créeme, ninguno moriría por él.

—¿Es mi turno? —preguntó Thomas con sobrado entusiasmo.

—Trata de no disfrutarlo demasiado.

La reina estaba desnuda y no había prenda que tapara la humillación a la que había sido expuesta, sometida a los mismos vejámenes que supo infligir a otras sin el más mínimo remordimiento. Ahora, cuando las circunstancias apremiantes la arrinconaban contra la pared, solo quería juntar lo recaudado durante tantos años y perderse en alguna isla donde esperaba recuperar el anonimato abruptamente perdido.

—Le juro que aunque quisiera no puedo transferir el dinero de sus cuentas —se excusó tembloroso, maniatado, con sus pies descalzos dentro de una palangana con agua.

—Si te sirve de consuelo hasta el último centavo será utilizado para ayudar en la rehabilitación de sus víctimas.

—Una causa encomiable pero no tengo ese poder; harían falta varias contraseñas que solo ella conoce.

—¿Cuáles? —preguntó Thomas caminando, con la camisa arremangada, de un lado a otro.

—El pueblo donde nació su madre, el nombre de su primera mascota y no recuerdo cual es la tercera —respondió antes de recibir una descarga eléctrica que le acomodó las ideas—. ¡Sí, el año de nacimiento de su abuelo paterno!

—¿Hará la transferencia cuando tenga esas claves?

—Dudo mucho que la señora Foster ceda ante la tortura, preferirá morir antes de ventilar información sensible.

—Descuide, una persona atormentada no tiene tiempo para razonar.

—No lo entiendo.

—Usted póngase cómodo, esta noche tendrá las palabras mágicas.

Sin amigos en los que confiar decidió salir a desahogarse con la única persona que era capaz de oírla sin juzgarla, esa que guardaba sus secretos más íntimos como si fueran tesoros frágiles al tacto; una caja de cristal a punto de estallar en mil pedazos.

—Lo siento señora Foster pero el doctor Saldivar no podrá entenderla hoy, se encuentra participando de un congreso en Londres.

—¡No puede ser! —vociferó—, necesito sacar la angustia que me aprieta el pecho.

—Si lo desea puede atenderla el Doctor Smith.

—Jamás oí hablar de él.

—Está haciéndose cargo de todos los pacientes del Sr. Saldivar en su ausencia; de momento nadie se quejó.

—¿Y podrá atenderme?

—Por supuesto, aguarde que enseguida le aviso de su presencia.

La mesa estaba servida y el veneno por derramarse no podía divisar el turbio recipiente que aguardaba con maliciosa intención obtener la fórmula que induce a la agonía.

—¿Está cómoda en el diván? —preguntó Thomas cruzándose de piernas, acomodando sus anteojos de lectura.

—Tanto como puedo estarlo en este momento.
—¿A qué atribuiría su estado?
—¿Acaso no ve las noticias? —preguntó rabiosa—. Están defenestrándome por todas partes.
—No me interesa lo que digan los medios sino lo que siente usted.
—Soy inocente; todas son calumnias injustificadas —se lamentó impotente.
—Intente relajarse y transpórtese a un momento feliz de su vida.
—Como si fuera fácil —murmuró.
—Inténtelo —insistió—. Piense en una persona que haya sido importante para usted y en ese lugar en el que fueron felices; ¿lo tiene?
—Sí.
—¿Lo puede divisar?
—Sí
—Cuénteme.
—Estoy con mi madre en Domselaar, no podemos dejar de reírnos.
—¿Por qué se ríen?
—Nos agarró desprevenidas una tormenta descomunal —recordó.
—¿En qué piensa ahora?
—En refugiarnos.
—¿Dónde está su padre?
—Quién sabe, conduciendo su camión en alguna ruta lejana.
—Y no tiene por quién preocuparse...
—Todavía no.
—¿Qué quiere decir?
—Al año siguiente por fin pude tener mi Dachshund; era tan chiquito —sonrió con dulzura.
—¿Cómo se llamaba?
—Bartolo
—Entonces eran solo ustedes tres; me refiero a usted, su madre y su perro.
—No, también estaban mis abuelos. Recuerdo que jamás dominaron el castellano —añoró.
—¿De dónde eran?
—De Irlanda; vinieron durante la Gran Guerra.
—Nunca es fácil abandonar tu patria y menos siendo tan jóvenes.
—Sí, mi abuelo tenía 16 años cuando la guerra estalló; mi abuela era tres años más chica, creo.
—¿Y tienes buenos recuerdos de ellos?
—Los mejores —asintió mientras una sonrisa sincera se dibujaba en su rostro relajado.
—Entonces dirías que tuviste una infancia feliz.
—Soñada.
—¿Y dónde piensas que tu vida se truncó?
Aquella sesión extraña que más que invitar a la introspección se había camuflado de vil interrogatorio, fue la estocada que vino a desfondar una lengua blindada que sin embargo libó la miel equivocada, atraída por el candoroso recuerdo de una vida tan apacible como lejana.
—¡Estoy acabada! —vociferó desplomándose sobre sus rodillas.
—Usa tu dinero negro, huye mientras puedas —la arengó su abogado.
—Alguien está detrás de todo esto, moviendo con desfachatez los hilos de mi ruina —se quejó Naomi entre llantos.
—¿Por qué?

—No lo sé, pero me temo que todavía no terminan conmigo.

* * *

—¿Dónde está mi avión? —preguntaba una y otra vez, impaciente.

—No hubo tiempo de preparar semejante despliegue señora, pero quédese tranquila que contraté otro servicio; algo para salir del paso.

—¡Apresúrate! —ordenó vehemente—, en unos minutos toda la policía estará sobre mí.

—Ahí viene —dijo señalando al cielo—; ¿lo oye?

El ruido inconfundible de un helicóptero se hizo presente en la noche porteña y Naomi Foster podía respirar aliviada. Con las fuerzas de seguridad mordiéndole los talones, ya desmembrada, con lo puesto, sin más ambiciones que salvar la libertad, abordó pensando que lo peor había pasado, que nunca jamás debería vomitar sus perversiones frente a un tribunal ni mirarse al espejo rajado que devolvía la funesta caricatura de su vida.

—Lléveme al norte, ese es mi boleto de salida.

—Me temo que tendremos que hacer una parada forzosa —respondió el piloto.

—¿Qué quiere decir?

—Hay problemas en el motor; pero relájese, nada que no tenga solución.

—¿Sabes arreglarlo, verdad? —preguntó con los ojos desorbitados y las pulsaciones de su corazón a mil por hora.

—Descuide, estaremos en el aire cuando menos lo imagine.

—¿Qué sitio es este? —preguntó frunciendo el entrecejo mientras observaba por la ventanilla—. Se lo ve muy tranquilo.

—Es la provincia de Córdoba, no hay peligro.

Todo era campo hasta donde la vista alcanzaba, todo a excepción de una casa completamente vidriada, moderna, que resaltaba sobremanera en medio de la nada.

—Tal vez deberíamos irnos, alguien podría reconocerme —se estremeció cubriéndose el rostro con un pañuelo, por inercia.

—No se preocupe, está deshabitada —contestó mientras revolvía en su caja de herramientas.

—¿Cómo lo sabe?

—Los pilotos utilizamos este lugar para hacer nuestras pruebas y conozco bien al ingeniero que la construyó; es más bien un prototipo.

—Pero es hermosa, me agrada el diseño.

—Si quiere puede entrar; está haciendo frío.

—¿Tienes para mucho con eso? —preguntó frunciendo el ceño, ajustando el saco finito contra su cuerpo.

—No me iré sin ti si es lo que te preocupa, de hecho, todavía debes saldar mis honorarios —sonrió.

Naomi lo pensó unos instantes pero la curiosidad pudo más que su obstinado sentido de la precaución. Buscando mantener su mente ocupada se adentró en la dimensión desconocida y no hizo más que asombrarse con aquella mezcla de sencillez y sofisticación que se desnudaba a la vista de todos, sin nada que esconder; o eso pensaba.

La casa, desde luego, estaba vacía, sin mobiliario a excepción de unas cuantas baratijas que adornaban con su mal gusto la desolación; sin embargo, el sonido fuerte y claro de un vidrio estallando contra el suelo, la pusieron en pie de alerta y la obligaron a suspender la exploración

con prisa y sigilo.

—¿Hola?, ¿hay alguien ahí?

Las preguntas eran en vano; nadie recogía el guante ni se hacía cargo de ser el receptor de aquellos cuestionamientos.

—¿Piloto, es usted? —preguntó agitada sin perder de vista la puerta de salida que se hallaba a varios metros de su ubicación actual.

Avanzó con cautela, perseguida más por los fantasmas de su mente que por la realidad que la acosaba, hasta percatarse de lo que fuera una jarra, ahora desperdigada en mil pedazos, en medio de la sala y el líquido que contenía deslizándose sin solución de continuidad sobre la cerámica blanca.

—¿Hay alguien aquí?

—Eso me temo —respondió Thomas haciendo saltar del susto a Naomi.

—¿Quién, quién eres? —preguntó tartamudeando, con las manos sobre su pecho que contenía un corazón a punto de desbocarse.

—Tu peor pesadilla, supongo.

—¿De dónde saliste? —preguntó confundida, mirando para todos lados.

—Quedémonos con el misterio; ¿quieres?

—Pero tú eres...

—Sí, el doctor Smith —rió—, aunque sin la barba y los anteojos.

—¿De qué se trata? —preguntó anonadada—¿Por qué te empeñaste en destruirme?

—Solo diré que no me interesa que seas un monstruo; no estoy aquí en una cruzada por el bien de la humanidad; sino en una personal.

—No comprendo.

—Imagino que conoces bien a Poppy Williams.

—La conocía, la asesinaron hace dos semanas.

—Qué tremendo —expresó sobreactuando un pesar inexistente.

—Algo me dice que tuviste algo que ver, ¿cierto?

—Ella te envió una niña hace años.

—No lo creo —negó con firmeza.

—Piénsalo bien, de eso depende tu vida —insistió sacando a relucir la Colt que llevaba a todas partes.

—La muchachita de ojos extraños —susurró.

—Habla fuerte, no puedo oírte.

—¿Qué quieres con esa pequeña?

—¿Ahora debo darte explicaciones? —sonrió.

—No sé dónde está.

—De acuerdo, gracias por tu colaboración —dijo apuntando su revólver directo a la cabeza de su víctima.

—¡Aguarda!, ¡aguarda! —gritó desahogada—. ¿Me perdonarás la vida si te doy información?

—Depende...

—Yo no trabajo con chicas como ella; solo me dedico a mujeres de bajo riesgo —se excusó—; además, ¿qué tenía, 7 años cuando llegó? No, me advirtieron que era un fierro caliente y me deshice de ella lo más rápido que pude.

—¿Dónde está?

—La envié a México —respondió envuelta en un mar de lágrimas; acongojada más por el

inminente desenlace que por la gravedad de sus actos.

—México es muy grande, dame un nombre.

—Tal vez ni siquiera llegó.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando queremos trasladar chicas sin correr peligro, utilizamos unas rutas que atraviesan el Amazonas y solo pocas personas conocen; pero tuvimos problemas con algunas tribus locales los últimos años.

—¿Qué clase de problemas? —preguntó con sincera curiosidad.

—¿Sabes lo que es el mana?

Thomas sonrió. Estaba perplejo, no esperaba oír semejante cosa que parecía sacada de contexto, de otro cuento, de otra historia.

—¿Estás diciéndome que alguien pudo haberse comido a la niña para apropiarse de su fuerza vital? —preguntó mordaz.

—Son letales; no entienden razones...

Thomas guardó su revólver en la parte baja de su espalda y se quedó observando a Naomi sin emitir sonido, reflexivo, intimidante.

—¿Sabes que estos vidrios son blindados? —preguntó mientras caminaba, lento, rumbo a la salida.

—No lo había notado, no —respondió con un nudo en la garganta.

—Cuando te vayas recuerda saludarme a tus amigos...

—¿Disculpa?

—Diles que nos veremos pronto —vaticinó entre suspiros antes de arrojar un encendedor sobre aquel líquido derramado que no tardó ni medio segundo en generar violentas llamas y consumirlo todo, incluso los gritos desgarradores de un cuerpo sin alma.

—¿Y bien, obtuviste lo que querías? —preguntó Martin todavía de pie junto al helicóptero, con una peluca y bigote de utilería entre sus manos; con la vista centrada en el fuego abrazador.

—¿Qué tanto conoces el Amazonas?

X AMAZONAS

Cuando caminas tantos kilómetros y atraviesas incontables dificultades resulta difícil dimensionar si en realidad valió la pena o llegó el momento de poner el mundo en pausa y respirar. Reflexionar, ese momento de profunda introspección, de hacerse uno con el contexto, era un lujo que Thomas no estaba dispuesto a darse. En lugar de rendirse y volver a su vida, si es que tenía una, continuaba con la misma tesitura que lo movió, en primer lugar, a cruzar el océano, aventurándose en terreno desconocido, dejando atrás a sus amigos con la única intención de llegar al final, de abrir la caja de pandora aunque las consecuencias fueran en extremo dolorosas. Lo tenía claro, ya la esperanza estaba extinta en su corazón y solo caminaba inerte, motorizado por ese vil sentimiento llamado venganza, bailando al compás de las sombras, deslizándose de la mano con sus propios fantasmas que de tanto en tanto lo arrastraban por los senderos de la muerte como si se tratara de una cita impostergable; la misma que tenía con el responsable de la destrucción de su familia.

—¿Sí sabes a dónde vamos verdad? —preguntó mientras cortaba con el hacha la maleza, abriéndose camino.

—Te dije que nunca transité por estos lares; pero escuché leyendas —respondió Martín mientras libraba una batalla infernal y en extremo desapareja contra los mosquitos.

—No pueden mover decenas de niñas por el medio de la selva; de seguro existen senderos o algo por el estilo.

—Si es así yo no los conozco —se lamentó.

—¿Entonces dónde diablos estamos yendo?

—Tengo un contacto más al norte que puede ayudarnos; si algo ilegal atraviesa el Amazonas, él lo sabe.

—¿Puedo saber su nombre?

—Es Ching o Chang, no lo recuerdo; yo siempre le dije chino.

—¿Y qué hace un chino en medio de la selva americana?

—Pues, lo mismo que todos supongo, traficar.

—Entonces es proxeneta...

—No, el trafica madera —respondió deprisa—. ¿Conoces la multinacional Linki Niu?

—Por supuesto, fabrican los mejores muebles de Asia y Europa Oriental —respondió dándose cuenta de inmediato de la conexión—. Y tu amigo el chino es su hombre aquí.

—Yo no diría que es mi amigo, de hecho tendremos suerte si no nos dispara antes de que

podamos emitir sonido.

—¡Qué alivio! —tiró mordaz—. Pronto oscurecerá; debemos armar un refugio.

La fogata, barrera indispensable para mantener alejado el peligro, siempre latente y al acecho, ayudaba, además, a resguardarlos del descenso brusco de la temperatura.

—Andando, todavía nos queda un largo trecho —ordenó Martín cargándose su mochila sobre los hombros; animado con la aventura emprendida—. ¿Te encuentras bien?

—¿Por qué preguntas?

—Tienes unas ojeras que te cubren todo el rostro, como si no hubieras dormido en toda la noche.

—Me costó conciliar el sueño, sí.

—Te aconsejo que le des un respiro a tu cuerpo o tarde o temprano te fallará, te lo garantizo.

—Por ahora solo me interesa salir de esta selva —reviró estoico, como si nada pudiera detenerlo, como si el objetivo fijado fuera tan fuerte que nada ni nadie le impedirían llegar al final.

Camaron durante horas entre medio de los pastizales y eludiendo, de tanto en tanto, los peligros que trae aparejado invadir un hábitat celoso de su ecosistema y beligerante con los intrusos que se aventuran sin permiso.

—Dios mío —espetó atónito, dejando caer su mochila al suelo.

—Sí que es desolador —dijo Thomas al observar decenas de hectáreas arrasadas por los taladores furtivos.

—Con que así se ven U\$S 750 millones —susurró impotente.

—¿Escuchaste eso? —preguntó Thomas manoteando la Glock de su cintura.

—Tal vez sea un animal.

—Algo me dice que es mala idea estar aquí.

El presentimiento estaba justificado aunque por desgracia para ellos era demasiado tarde para escapar. Antes de que pudieran si quiera dar un paso, un centenar de nativos, salidos quién sabe de dónde, comenzó a rodearlos y amenazarlos con gritos —a sus oídos inentendibles- y armamento rudimentario aunque suficiente para la ocasión.

—Nosotros no lo hicimos, no tenemos nada que ver con esto —se excusó Martín mientras mantenía sus manos en alto en señal de rendición.

—Oigan, somos inocentes; no tenemos nada que ver con este paisaje —ratificó Thomas.

Luego de unos cuantos segundos de estéril negociación, los dardos lanzados por el cacique fueron la respuesta a las plegarias de dos forasteros que estaban a punto de comprender que se habían metido en la boca del lobo.

—Por fin despertaste —dijo una mujer sentada mirando la lluvia caer, deslizándose suavemente por el techo de paja.

—¿Quién eres?, ¿dónde estoy? —preguntó Thomas, moviendo lento sus extremidades.

—Mi nombre es Sandra Rawson, soy británica.

—¿Por qué estoy atado?

—Eres todo un personaje, extraordinario por cierto.

—¿Qué quieres decir?

—Te liberaste hace al menos cinco horas; mientras dormías —sonrió—. Jamás había visto tal destreza. De hecho los nativos se enorgullecen de su seguridad.

—Y no les avisaste...

—¿Y desatar una masacre?

—¿Cómo es que una británica termina en medio del Amazonas, haciendo equipo con los locales? —preguntó frunciendo el ceño.

—Soy antropóloga; llevo un año conviviendo con ellos.

—Entiendo... ¿Cómo convengo al jefe de que no soy un depredador? Solo estábamos de paso, no tenemos nada que ver con los podadores.

—Ya no deben preocuparse por eso —soltó como una bendición.

—¿Qué quieres decir?, ¿dónde está el sujeto que venía conmigo?

—¿Te refieres a Martín Robledo? —preguntó mientras autocensuraba una risa—. Digamos que ya se acomodó a las nuevas circunstancias.

—¿Disculpa? —preguntó mientras se incorporaba, atendiendo sus muñecas lastimadas.

—Tuvo que luchar contra el crédito local y digamos que se ganó el respeto de la tribu.

—¿Entonces nos dejarán ir?

—Tal vez...

—¿Será mucha molestia pedirte que abandones el misterio y seas más específica? —preguntó molesto, bebiendo de su propia medicina.

—La matriarca quiere saber acerca de la foto que llevabas en tu bolsillo.

—¿Cuál foto? —preguntó frunciendo el ceño.

—La niña de los ojos brillantes.

—Es mi hija —respondió con un nudo en la garganta.

—Anduvo por aquí hace unos años.

—Entonces era cierto —susurró—. ¿Y dónde está ahora?

—Unos hombres se la llevaron a la fuerza; el 30% de la tribu perdió la vida defendiéndola.

—¿Y por qué harían algo así?

—Están convencidos de que era una señal divina, un espíritu enviado por los dioses de antaño —respondió mientras se asomaba para ver el sol abriéndose paso entre las nubes que todavía lloraban.

—Pero supongo que ellos no sabrán quién se la llevó —se lamentó.

—Creen que los mismos que arrasan la selva día tras día, arrebatando los pulmones a la madre naturaleza.

—¿Ching?

—Querrás decir Chang —lo corrigió enseguida—, ese hombre no tiene escrúpulos, talaría todos los árboles si pudiera.

—¿Dónde lo encuentro?

—Tu amigo dijo que estaban yendo a verlo cuando fueron interceptados.

—Porque creíamos que podía ayudarnos a dar con las rutas ilegales; no sabíamos que él era el artífice —se excusó.

—Debes tener cuidado Thomas; ese hombre no se anda con rodeos, no se puede razonar con él.

—¿Razonar? —preguntó entre risas—. Primero voy a dispararle en la cabeza y después le preguntaré a su cadáver dónde tiene a mi hija.

A salvo de la temida antropofagia, Thomas había encontrado algo mucho más valioso que el aire del Amazonas oxigenando al mundo. Un motivo, un camino. Sí, no sería adecuado hablar de una esperanza perdida hacía tiempo pero el saber que su hija estuvo allí cuidada —y hasta venerada— le daba un respiro a su alma vapuleada y lo enfocaba, como siempre y como nunca, en el horizonte sangriento que aguardaba paciente a la vuelta de la esquina.

* * *

—Agradecemos enormemente su hospitalidad, esa que nunca solicitamos, pero debemos irnos ya —dijo Martín a la multitud que lo miraba sin emitir palabra, sin realizar gesto alguno.

—Me temo que su salida deberá esperar; la matriarca dará una cena en honor a la hija del sol —le anunció Sandra a los forasteros que se mostraban inquietos.

—No queremos resultar ofensivos pero no somos adoradores del sol; lo mejor será que nos marchemos así ellos pueden regresar a sus rituales ancestrales.

—La hija del sol es la pequeña Violet; así la llamaron cuando se mezcló con ellos —respondió Sandra buscando tocar las fibras íntimas de Thomas.

—Dile a la matriarca que nos quedaremos al banquete; aceptamos gustosos su invitación.

Movido por la curiosidad y la sed insaciable de averiguar qué fue de su hija, no encontraba mejor modo de sentirse cerca de ella que permaneciendo para oír las historias de aquellos que la confundieron con una diosa, que la adoraron como él solía hacerlo y que la protegieron hasta el punto culminante de dar la vida por ella. Estaba claro que reconocía en los nativos el mismo sentimiento que corría por sus venas; además, a todos, sin excepción, les habían arrancado algo de su esencia, de su razón de ser; puede que para la tribu se tratara de un obsequio, de la llegada prometida por sus ancestros, pero para Thomas era lisa y llanamente su vida.

—*Intombazane isilethe ithemba* —dijo la matriarca ante las miradas cruzadas de Thomas y Martín.

—Dice que la niña trajo esperanza a su pueblo.

—*Asizange silindele ukuwuthola esikhathini sethu, kwakungeyona isikhathi*

—Dice que no la esperaban, que no era el tiempo de su llegada.

—¿A pesar de haber escuchado que era la hija de un simple mortal, siguen rindiéndole culto? —preguntó Martín incrédulo, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Para ellos fue una señal —lo retó Sandra.

—Yo les agradezco de corazón lo que hicieron por ella, significa mucho para mí —manifestó esperando que Sandra tradujera el mensaje.

—Dice la matriarca que tengas mucho cuidado, que en tu camino hallarás algunos obstáculos pero que la luz de sus ojos, siempre refulgentes, te guiarán por la buena senda.

—¿Ella no sabrá quién o a dónde se la llevaron, cierto? —preguntó con un dejo de tristeza.

—*Inkosi Yesilo Yambamba ebusuko*

—Dice que el amo de la bestia la raptó por la noche.

—Supongo que deberé descifrar el acertijo.

Temprano en la mañana, sin siquiera despedirse, Thomas y Martín emprendieron viaje a las profundidades de la selva sin más pistas que las intrincadas palabras de una desconocida que bien pudo desollarlos vivos. Era poco pero era todo; un aliciente embriagador en medio de un infierno sofocante que exigía de ellos hasta la última gota de sudor y la millonésima cuota de cordura.

—Necesito beber —se quejó Martín, casi balbuciente—. ¿Cómo pudimos olvidar nuestras cantimploras?

—Sigue caminando, pronto hallaremos algo —respondió con la vista puesta en su brújula.

—De repente eres muy optimista mi amigo; se ve que conversar con esa gente revitalizó tu espíritu.

—¿Acaso no oyes eso? —preguntó mientras avanzaba despojándose de su mochila que pesaba demasiado.

—¿Qué cosa?

—Una cascada; debe haber una fuente cerca.

—Te juro que cuando llegemos me zambulliré aunque esté repleta de caimanes.

—¡Ánimo! Tal vez hasta encontremos El Dorado —se burló.

Tras caminar aproximadamente doscientos metros, se toparon con un pequeño afluente que recibía su abastecimiento de una cascada algo tacaña pero más que generosa para dos sedientos y acalorados exploradores.

—¡Mira este estanque! —gritó Martín con una sonrisa en los labios—, no creo haber estado tan feliz en toda mi vida.

—¿Y vas a tirarte o seguirás hablando? —lo retó mientras se despojaba de su remera para darse un chapuzón.

Estaba hecho, por fin sentían el alivio correr por su piel; sin embargo, como todo en la vida de Thomas, no iba a poder disfrutarlo mucho tiempo, la felicidad era un espejismo que siempre se empeñaba en volverlo a la realidad y de la forma más calamitosa posible.

—¿Quiénes son ustedes?, ¿y qué diablos están haciendo aquí? —preguntó una voz sin rostro, oculto en algún sitio, al amparo de la vegetación que tornaba imposible divisarlo.

—Tranquilo amigo, no queremos problemas —respondió Martín mirando para todos lados.

—Pues tienen muchos problemas, esas aguas tienen dueño.

—Nosotros no lo sabíamos, somos simples campistas haciendo turismo aventura —se excusó Thomas nadando hacia la orilla.

—¿Dos gringos en medio del Amazonas? —preguntó frunciendo el ceño. ¿Acaso creen que soy estúpido?

—¿Debemos responder?

—Hazte el gracioso de nuevo y te aseguro que jamás volverá a salir un impropio de tu mugrosa boca —lo retó mientras calibraba la mira de su rifle.

—Descuida, nos iremos y jamás volverás a saber de nosotros —se apuró Thomas recogiendo su remera entre los pastizales.

—No puedo dejar que se vayan —tronó saliendo de las sombras acompañado de una decena de soldados que también abandonaron sus escondites—. Deberán venir con nosotros; el viejo Chang decidirá su destino.

Y otra vez, al igual que ayer, los hombres más despabilados que el planeta recuerde, cayeron presa de un enemigo tanto más letal como sádico, renuente a las visitas y poco afecto a los curiosos.

—Y díganme, ¿Cómo anda el viejo Pitrielli? —preguntó Chang mientras acariciaba el pelaje de un cachorro de puma—; ese malnacido pretende quedarse con mi negocio hace muchos años.

—Le repito que se equivocó de personas señor; somos simples turistas.

—¿Saben cuál es el problema de la gente? —preguntó en forma retórica, con la vista puesta en los camiones que cargaban enormes troncos de especies irremplazables—. Se quejan de la tala de árboles pero luego corren a la mueblería a comprar los mejores armarios, las mejores camas, las mesas más bonitas, hechas de la más fina madera; como si saliera del viento.

«Estoy harto de la hipocresía que no descansa, del doble discurso que encandila los corazones repletos de resentimiento y envidia. Estoy aquí por dinero, no lo niego, pero aborrezco a quién se llena el hocico de críticas vacías cuando en realidad daría su brazo derecho o entregaría a su propia madre por estar en mi lugar.

—Un discurso muy profundo, en serio —se burló Martín agitando el avispero, probando los

límites de un hombre desalmado.

—Es una pena que hayan elegido el bando equivocado —manifestó frotándose las manos.

—¿Qué hacemos con ellos jefe? —preguntó el hombre del rifle, listo para ejecutar a los hombres arrodillados, caídos en desgracia.

—Enciérrenlos en la jaula; mañana servirán de alimento a los jaguares —ordenó con una sonrisa que le desfiguró la cara.

De pronto, de la noche a la mañana o de la mañana a la noche, el viaje emprendido parecía haber llegado a su fin, aunque el semblante sereno de Thomas enviaba otro mensaje, como si supiera que su destino estaba mucho más allá de los árboles milenarios.

—Es la segunda vez que nos secuestran en esta maldita selva —resopló Martín aferrado a los barrotes.

—Tranquilo mi amigo, estamos justo donde debemos.

—¿En una jaula rodeados de pumas hambrientos?

—En la casa de nuestro enemigo —respondió mientras se acostaba boca arriba y cerraba los ojos.

—¡Aguarda un momento! —sonrió nervioso—. ¿Tú planeaste esto verdad?

—¿Qué quieres decir? —preguntó frunciendo el ceño.

—Por eso nos desviamos; abandonamos el norte y fuimos al este casi seis horas porque sabías de la cascada.

—¿Cómo podía saberlo?

—Dime que no planeaste también lo de los nativos... —vociferó tomándose los pelos.

—Creo que el sol abrazador está afectándote seriamente.

—Te conozco Thomas; no das ni un paso en dirección a la deriva; planeas al milímetro cada movimiento, cada palabra, cada gesto.

—Y yo que pensaba que tú eras el guía —sonrió.

—Me usaste; me manipulaste para que creyera que estaba al mando.

—¿Y eso te enoja? —preguntó con sorna.

—Lo que me enoja es que no confiaras en mí, que no compartieras tus jugadas conmigo.

—Confío en ti mi amigo; por eso estamos aquí juntos.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—Debía saber si era capaz de engañar al mejor delincuente que conozco —soltó como un susurro un cumplido singular—. Solo así estaría listo para tratar con Chang.

—Entonces lo conoces —suspiró.

—Lo conocí... mientras estuvo vivo.

—¿Disculpa? —preguntó frunciendo el ceño.

De repente un alarido cortó el tiempo y detuvo hasta el suave cantar de los pájaros. A lo lejos se oía como un quejido, una maldición; pero de cerca, con el viento atrayendo las melodías que bloqueaban el aire, el gemido que acaparó toda la atmosfera se escuchó Fuerte y claro.

—¡El jefe está muerto!, ¡el jefe está muerto!

* * *

—¿La recuerdas? Cuando cierras tus ojos, justo después de adormecerte pero antes de perder la conciencia, ¿la recuerdas?

—A veces debo esforzarme para no olvidar los detalles; su rostro siempre alegre y su

elegancia incluso hasta para enojarse. La extraño.

—También yo —respondió con un nudo en la garganta, sin poder ocultar la tristeza.

—¿Crees que ella nos guíe desde algún sitio? Me gusta pensar que me acompañó todo este tiempo, cuidándome, abrigándome en las noches e impidiendo que me perdiera en el valle de las sombras.

—Por supuesto que sí; ella es tu ángel guardián ahora.

—Y el tuyo.

—Sinceramente no creo tener uno; no lo merezco.

—¡Claro que sí! —lo animó.

—¿Qué es lo que más extrañas de ella?

—Su sonrisa, la calidez de sus manos. ¡Era preciosa! —añoró.

—Sí que lo era...

—Por las noches cuando no podía dormir, antes de rezar como me enseñó, me gustaba recordar algún cuento de los que solía leerme; cualquiera, no importaba; solo su voz mientras me arropaba.

—¿Tienes muchos recuerdos de esos años? —preguntó como quien no quiere la cosa, esperanzado en cualquier dato que pudiera brindarle—. Los sitios por los que deambulaste, las personas con las que estuviste.

—Eso creo.

—¿Hay alguno en particular que hubiera llamado tu atención? —preguntó entusiasmado—. No sé si logro explicarme, me refiero a...

—Creo que lo entiendo —interrumpió—. La selva fue algo indescriptible, jamás pensé terminar ahí —sonrió.

—¿Selva? —preguntó frunciendo el entrecejo—. ¿Te refieres a la Selva Negra en Alemania o la Selva en el corazón del Congo, tal vez?

—No papi, el Amazonas.

—¿Cómo sabes que era el Amazonas?

—Porque estuve con los nativos un tiempo; además, el caimán negro, la anaconda verde y el mono araña solo viven allí. Fue todo muy extraño.

—Ya lo creo que sí —susurró con los ojos brillosos.

—No, me refiero al trato que me dieron los locales; como si yo fuera alguien especial; no lo sé. Debiste haber visto la cantidad de ranas multicolores que tenían encerradas; una pena que no me dejaran acercarme.

—¿Y cómo llegaste hasta ahí?

—Solo puedo decirte que fue un viaje largo y en extremo incómodo; pero llevaba los ojos vendados; lo siento.

—No te preocupes pequeña —le dijo estrechándola en un abrazo eterno.

—Aunque sí me acuerdo del hombre que me sacó de allí.

—¿Y quién era?

—Llevaba un bigote espeso, parecido al que ostentaba Nicolás II o Jorge V.

—Veo que las clases de historia sí funcionaron —sonrió.

—Me mantenían entretenida.

—¿Algún otro detalle?, ¿alguna otra cosa que recuerdes de ese hombre además de su bigote?

—Le decían Jason y siempre llevaba a su Jaguar con él.

—¿Tenía un auto de lujo en la selva? —preguntó atónito.

—¡No papá! —rió a carcajadas—, una pantera negra; me daba miedo.

—¿Y ese señor te llevó a otro sitio? —carraspeó—; me refiero a si te sacó de la selva.

—No, solo me puso en una camioneta rumbo a México; jamás lo vi de nuevo.

—Entonces el tal Jason vive allí, en el Amazonas.

—Supongo que sí —respondió encogiendo los hombros—. ¿Podemos cenar ya? Tengo hambre.

—Por supuesto mi cielo.

Resulta en extremo curiosa la forma en que la conciencia recrea la realidad y la tiñe con pequeñas dosis de ironía que solo se nutren y desarrollan en la mente de un desalmado criminal. Haberse visto la fantasía desperdigada por tantos rincones que ya no era capaz, si quiera, de recordar en dónde comenzó, cuál fue, en definitiva, el acto primigenio de tamaña exposición que jamás será reconocida, que nunca recibirá los aplausos candorosos y, por sobre todas las cosas, se subestimarán un guión improvisado ejecutado a la perfección; hasta el punto sublime de volverlo realidad.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Martín sin poder despegarse de los barrotes que lo mantenían cautivo.

—Dicen que la rana dorada es el vertebrado más venenoso del mundo —susurró en medio de los gritos y las corridas que alborotaban el lugar.

—¿Disculpa?

—Era rara la brújula que nos guiaba; de hecho era muy antigua.

—¿La que no me dejabas tocar por nada del mundo? —preguntó sarcástico.

—Solo hacen falta dos centésimas de gramo de Batracoxina en el flujo sanguíneo para obtener un ineludible paro cardiorrespiratorio.

—¿Y de dónde...

De pronto Martín hizo silencio, de a poco fue cayéndole la ficha de los acontecimientos que a plena vista habían estado ocurriendo a sus espaldas.

—Por eso dejaste que los nativos nos encontraran; es lo que ellos usan para embadurnar sus flechas y tú untaste con el veneno la brújula —murmuró con una sonrisa, atesorando maravillado la estratagema de su colega.

—Está muy afilada; solo con un corte basta...

—¿Oyes eso? —preguntó agazapado.

—Son disparos —respondió Thomas inmutable.

—Ya sé que son disparos —resopló—. ¿Pero por qué?

—Comenzó la guerra, supongo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con el ceño fruncido.

—La guerra por la sucesión; Chang está muerto pero no olvides la máxima que rige el mundo criminal: a rey muerto, rey puesto.

—¿Y eso dónde nos deja?

—A la espera del amo de la bestia; ya no tarda en llegar —susurró mientras mantenía los ojos cerrados, saboreando en su mente el futuro por venir.

Estaba hecho. El anzuelo había atrapado a la presa y solo restaba aguardar el momento preciso para dar un zarpazo tan letal como gratificante; una suerte de tobogán extasiante que se pierde en el placer mientras desciende hasta lo profundo de la cordura humana. Ahora, acostumbrado a lidiar con la ansiedad que desespera, contaba los segundos para ver el producto de su imaginación tomando vida mientras la sensibilidad de sus dedos casi podían acariciar el rostro siempre desfigurado de la venganza que no conoce piedad, perdón ni olvido.

—¿Alguna idea?

—Ten —dijo arrojándole una especie de alambre—. Demuestra que eres un buen ladrón.

Martín tomó la ganzúa más precaria de la historia y con la presión que acostumbraba cargar sobre sus hombros, no tardó ni cuatro segundos en destrabar las cerraduras que los mantenían en prisión.

—¿Dónde están los prisioneros? —preguntó un hombre de gracioso bigote que cargaba un FAL.

—Le juro que aquí estaban señor —respondió temeroso un soldado que no sabía dónde esconderse, consciente de que las excusas no exculparían a nadie y menos aun cuando el nuevo orden estaba erigiéndose.

—¡Búsquenlos! —ordenó salivando en todas direcciones—. Y tráiganlos ante mí.

Entre tanto, ocultos en algún matorral, los fugitivos contemplaban el panorama deseado; un reino devastado, gobernado por el caos y la incertidumbre que amenazaban las recientes y frágiles alianzas.

—Son demasiados, no podremos dispararles a todos —se lamentó Martín con su Versa calibre 22 recientemente recuperada.

—¿Recuerdas el camino a casa?

—Temía que dijeras eso —dijo entre suspiros.

—Solo necesito que te los lleves lejos; has que te persigan algunos kilómetros.

—Entonces aquí nos separamos —dijo con un dejo más de melancolía que de tristeza—. Espero verte otra vez mi viejo amigo.

Tras disparar al aire dos veces, desatando un vendaval de quejidos de la fauna celosa, Martín salió corriendo y detrás suyo, una veintena de mercenarios deseosos de complacer la voracidad de un líder tanto más carismático como siniestro.

—Parece que te dejaron solo.

—¿Qué crees que haces? —preguntó levantando las manos, resignado ante el destino.

—Hasta tu mascota salió corriendo.

—¿Puedo saber con quién hablo?

—No, ya me cansé de exponer mis motivos ante las ratas. Ven, demos un paseo —le ordenó sin dejar de apuntarlo.

Caminaron no menos de 25 minutos en dirección opuesta a la cacería infructuosa que significaba perseguir a un ladrón más astuto que el mismísimo zorro.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó el tal Jason mirando aterrado el pantano que lo amenazaba—. Detesto a esos cocodrilos.

—¡Salta! —ordenó Thomas con una tranquilidad pasmosa.

—¿Disculpa? —preguntó entre risas nerviosas—. ¿Qué clase de juego estás jugando?

—Te lo pondré fácil, ya perdí mucho tiempo en esta selva y estoy comenzando a odiar la humedad, me pone nervioso —respondió mientras secaba la transpiración de su frente—, o cruzas el pantano e intentas llegar a la otra orilla antes de que los caimanes te devoren o te disparo en ambas rodillas y luego te empujo para que tu sangre atraiga a las bestias. Tú eliges.

—¡Eres un maldito psicópata! —vociferó impotente.

—No lo pediré otra vez.

—Seguro hay un acuerdo al que podemos llegar —suplicó—. Se trata de un mal entendido, te equivocaste de hombre —dijo antes de recibir un disparo en el abdomen que alertó a los caimanes siempre hambrientos que no dejaron, siquiera, que terminara de caer al agua para despedazarlo en su vuelo final.

«Bueno Thomas Weiz la próxima parada es México, donde todo comenzó, el inicio de tu infierno. ¿Estás preparado para enfrentar tu destino?» se preguntó a sí mismo mientras caminaba selva arriba, siguiendo un pedregoso camino elaborado en las tinieblas del tiempo

XI

SILVIO “LADRILLO” MARTÍNEZ

El retorno puede ser sal en la herida o la oportunidad perfecta para alivianar la pesadez de unos hombros que cargan aquello que ningún mortal es capaz de tolerar. No hay fórmulas mágicas, nadie puede decir lo que sucederá al cruzar el umbral de los recuerdos y enfrentarse cara a cara con un pasado tan vivo y presente que impide mirar adelante sin divisar las sombras que asaltan cada sueño, recordándote que tu vida quedó suspendida años atrás.

Resulta cierto, también, que el retorno puede significar nada. Sí, nada como el vacío de un sentimiento adormecido que dejó de latir, que ya no reclama justicia, que ya no reclama; alejado hasta el hartazgo de la falsa posibilidad de saldar las deudas inconclusas y prefiera tal vez abocarse a lo que hay, a lo que existe, a lo real, sin más pretensiones que las de allanar un camino todavía pantanoso para enmarcar su obra maestra, esa que llevaba tiempo diseñando y que por fin, después de tanto tiempo, estaba por terminar.

—Puedo entender a Randy, a él nunca le cayó del todo bien Thomas pero a ti te desconozco, no me entra en la cabeza tu actitud —dijo Melody terminando de beber su té de hiervas.

—No sé de qué estás hablando —respondió Stephanie desviando la mirada.

—Tú iniciaste esta cacería —le recordó vehemente—, fuiste tú quien nos sacó de Alaska para embarcarnos en la odisea más temeraria de nuestras vidas en pos de un motivo noble; ¿ya lo olvidaste?

—Por supuesto que no.

—Entonces explícame por qué de pronto tanto pesimismo, por qué tanta cantinela acerca de los peligros y de la imprudencia de un hombre que conocemos hasta la médula y...

—¿Lo conocemos? —interrumpió con un nudo en la garganta—. ¿En verdad conocemos a Thomas o solo nos dejamos seducir por la apariencia que decidió regalarnos?

—Estoy perdiéndome algo —sonrió incrédula—, es evidente que me ocultas información.

—¿Qué quieres decir?

—No puedes un día iniciar una guerra contra el crimen y al otro, sin motivo aparente, recular como una niña ofendida porque papá no le compró el dulce prometido; esa no es Stephanie Turner, esa no eres tú.

—Cuando tomé la decisión de viajar a Canadá y mezclarme en toda esta porquería no lo hice por Thomas sino por Violet —respondió mientras una lágrima se deslizaba traviesa por su mejilla—, sentía que ella era una niña, una víctima inocente a la que habían arrancado de los brazos de su madre y me carcomía el corazón imaginar el padecimiento al que estuvo sometida.

«Pero cuando Thomas se involucró ya nada fue lo mismo; comencé a sentir que estábamos siendo partícipes necesarios de una venganza sin cuartel; como si nos arrastrara a ser parte de una fantasía tan perversa que llevaba tiempo pergeñando en su mente y que yo misma ayudé a desatar.

—¿No crees que estás exagerando? Arruinaron su vida, es lógico que su corazón esté plagado de un odio ciego.

—Thomas es un asesino —reviró con la voz quebrada y el corazón partido en mil pedazos—, es un criminal; siempre lo fue y siempre lo será.

—¿Y qué hay del sufrimiento de Violet, ya no te importa?

—¿Por qué crees que sigo aquí?

—No lo sé, Thomas es así desde que lo conocemos y eso nunca te detuvo.

—¿Cómo te ves de madrina dentro de seis meses? —preguntó sonrojada, con una sonrisa dibujada en los labios, cambiando como un tsunami el rumbo de la conversación.

—¿Acaso piensas casarte? —preguntó con sorna antes de percatarse de que su amiga llevaba las manos a su vientre.

—¿Cómo le dices a tus padres que estás esperando una hija del asesino más despiadado que la historia recordará?

Melody no pudo responder con palabras, luego de unos cuantos segundos de rigidez alarmante, se abalanzó sobre Stephanie para fundirse en un abrazo eterno, cargado de emoción, rebosante de vida, esa a la que tanto debían aferrarse en un mundo repleto de maldad, muerte y dolor.

—¿Cuándo ibas a decírmelo?, ¿quién más lo sabe?, ¿qué dijo Thomas cuando se enteró?; ¿ya saben que nombre le pondrán?

—¡Aguarda! —gritó avasallada, llorando de alegría—. Vas a marearme con tantas preguntas.

—No puedo creer que mantuvieras en secreto una cosa así —le recriminó mientras empezaba a lagrimear también.

—Me enteré en París cuando nos dieron el alta, la verdad no lo esperaba.

—¿Y Thomas que dijo? —preguntó eufórica.

El rostro de Stephanie se apagó, la sonrisa dio paso a la mirada triste y el pulso acelerado de su corazón marcaba la pauta del nerviosismo evidente.

—No se lo digo todavía.

—¿Por qué no? —preguntó frunciendo el ceño—. Esa noticia va a cambiarle la vida, le dará otra perspectiva de futuro, algo real por lo que vivir.

—Estamos aquí por Violet; ¿recuerdas?

—Yo no estoy pidiendo que la olvide; pero saber que otra viene en camino puede animarlo, darle más fuerza e, incluso, tal vez, obligarlo a ser más precavido.

—¿Thomas precavido? ¡Está loco de remate!

—¿Y puedo saber cuándo pasó o es un secreto de Estado?

—Vino a mi casa una noche, sin invitación como siempre —sonrió—, y sin mediar palabra comenzó a besarme.

—Todo un romántico —babeó Melody juntando sus manos, ansiosa por conocer los detalles.

—Solo nos dejamos llevar, fue tan mágico, tan violento, tan sublime, tan perfecto —las palabras se atolondraban en su boca mientras viajaba con su mente a aquella noche especial.

—¡Es lo más ardiente que escuché en toda mi vida!

—Pero todavía no te dije nada —objetó extrañada.

—La cantidad de palabras para describir lo que no puedes, el tono de tu voz al recordar lo que no quieres y tu mirada brillante soñando lo que no debes; es suficiente para mí.

—¿Ahora resulta que eres la poetisa del amor?

—Creo que necesito aire fresco, entré en calor —se estremeció antes de estallar en una carcajada—. ¡Te odio!

—¿Cómo crees que lo tomará?

—No creo, estoy segura que le alegrará la existencia.

La existencia era la apuesta obligada toda vez que giraba la ruleta del destino y marcaba el casillero exacto en que debía desandarse una nueva y peligrosa jugada, máxime cuando el laboratorio parecía decididamente dejar paso a la improvisación más cruda que no conoce sutilezas ni reserva analgésicos que pudieran aliviar una pérdida tan dolorosa.

Todos Santos, municipio de La Paz, Baja California Sur, México

—Piénselo, pero no se tome mucho tiempo porque es una oferta que no durará demasiado —advirtió mientras mecía su whisky.

—No es sencilla la decisión.

—Lo comprendo, créame, pero escuche cuando le digo que no encontrará mejor calidad en ningún otro lado.

—No me malentienda, necesito la medicina pero...

—Le garantizo que nadie notará la diferencia; mis laboratorios no tienen nada que envidiar a las grandes corporaciones.

—¿En cuánto puede organizar un cargamento completo al Estado de Puebla? —preguntó luego de carraspear, irguiendo sus hombros, buscando dar una imagen menos timorata.

—Como le dije, controlo toda la cadena —sonrió—, producimos la materia prima, elaboramos el producto final, lo empaquetamos y distribuimos; no tenemos ningún impedimento más que la falsa moral de los cobardes.

—Entonces puedo quedarme tranquilo que antes de fin de mes tendré lo pedido...

—Antes del fin de semana, mi amigo —dijo brindando a su salud.

—Sabrá disculpar mi desconfianza pero son mis primeros pasos rumbo a la ilegalidad —se excusó bebiendo de un trago su tequila.

—En esto no hay primeros pasos ni últimos pasos; solo decisiones firmes que lo harán más rico de lo que jamás soñó.

—¿Y si algo sale mal? —preguntó frunciendo el ceño—. Quiero decir, si alguien muere por una de las pastillas que vendemos.

—Ya se lo dije, no vendemos veneno para ratas o encubrimos éxtasis en envases de ibuprofeno; lo que ofrecemos es la misma calidad que obtiene en cualquier farmacia solo que a un precio mucho más accesible, libre de impuestos —insistió vehemente.

—Tenemos un trato —dijo estrechando la mano del traficante, orgulloso de mezclarse entre gigantes.

Así, en una de las habitaciones del hotel Pacific se entretejía un nuevo negociado que lejos de elevar al cielo la gratificación demoledora de cerrar un nuevo acuerdo, se convertiría, por el contrario, en el descenso más vertiginoso y sin escalas al averno; la forma más rápida e hiriente de captar la atención de un hombre que llevaba más de un lustro muerto y que, sin embargo, continuaba gobernando desde su manantial congelado a las miles de caricaturas que ya no podían ni querer vivir sin las golosinas que arteramente les vendía.

—Señor, nuestro cargamento fue interceptado —se lamentó tomándose la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó extinguiendo de inmediato su enorme cigarro.

—La carga desapareció y nuestros hombres están abatidos.

—¡Suspende todos los envíos y refuerza la seguridad en todos nuestros almacenes! —ordenó como si se tratara de una guerra declarada.

—¿Quién pudo ser tan estúpido de meterse con usted? —preguntó frunciendo el ceño—. Sea

quien fuere acaba de cavar su tumba.

—Alguien muy intrépido e inteligente.

—¿Disculpe?

—Solo un hombre sería capaz de una hazaña semejante —respondió abrumado por las miles de fotografías que invadían su mente.

—¿Un hombre?, ¿entonces no fue un ataque comando?

—No, ya lo hizo antes.

—¿Quién es?

—Su nombre es Thomas Weiz.

—Jamás oí hablar de él.

—Digamos que es un viejo amigo —farfulló—, un amigo que vino a cobrar una deuda.

—¿Y cómo nos defendemos?

—No hay caso, si nos quiere muertos, cenaremos en el infierno al anochecer —respondió poniéndose de pie, con la mirada fija en los retratos de sus hijos que adornaban su escritorio.

—¿Es todo? ¡No puede darse por vencido!

—No me doy por vencido; solo acepto que perdí.

* * *

—*Su corazón está fallando y la medicación dejó de ser efectiva.*

—*¿Qué me está diciendo?*

—*Es poco probable que vuelva a despertar —respondió quintándose los lentes—, sé que es duro pero es mi deber decirle la verdad.*

—*¿Cree que pueda escucharme? —preguntó sin dejar de acariciar el pelo de su pequeña.*

—*Está inmersa en un coma profundo, pero no pierde nada con intentar —dijo antes de abandonar la habitación, dejando paso a la intimidad necesaria.*

Imposible resulta medir el tiempo que Thomas llevaba contemplando el rostro apaciblemente dormido de su hija y acariciaba su mano mientras esperaba, impotente, que su corazón inundado de dolor soltara las palabras que nadie quiere decir, que nadie espera tener que decir jamás; una frase impronunciable que huele a despedida y riega con tristeza cada sílaba dolorosa, cada letra traicionera.

De pronto y como siempre todo era oscuridad, una penumbra tan profunda que solo la resignación podía disipar. No estaba listo, no era parte de su ADN; tirar la toalla, incluso cuando las salidas estaban bloqueadas, custodiadas por los espadachines incansables de la muerte, era inaceptable para un hombre cuya platea preferencial en el tártaro estaba reservada desde hacía mucho tiempo.

—*Sé que todo es mi culpa, que te fallé y, en el camino, destruí todo cuanto soñamos alguna vez.*

«Jamás quise que todo esto sucediera, pero admito que debí saber que tarde o temprano los fantasmas que me rodearon desde niño me alcanzarían. ¿Qué clase de padre fui? Me ausenté en tus primeros pasos, no estuve en tus primeras palabras; me perdí los cálidos abrazos que son capaces de encender el alma, incluso una tan gélida como la mía. Y no sabes cuánto me arrepiento, cuánto lamento no haber estado allí para ti cuando más me necesitaste; cuando reías, cuando llorabas, cuando tan solo soñabas presa de una fantasía imposible pero que era tan real que podías tocarla, que podías aferrarte a ella hasta el límite de no despertar hasta

cambiar un final injusto, un final indeseable.

Pero aquí me ves, desterrado de la vida que siempre subestimé, suplicando a Dios, al mismo que ignoré tantas veces, que te deje aquí conmigo, desojando promesas incumplidas, repletas de bondad, esa que nunca tuve. Sin embargo, a pesar de todo, sí hay algo que agradezco al Creador; ¿sabes qué es? Que nunca me conociste. Que no alcanzaste a ver el hombre que fui, que soy y seré hasta mi último aliento.

Tu madre fue la clave de todo. Ella siempre vio en mi lo que ni siquiera yo veía; soñó con nuestra familia incluso cuando me era prohibido tener una. No sabía lo que era tener una. Y allí fue, empujado por una sensación indescriptible de felicidad que tomé la decisión más acertada y estúpida de mi vida. Le prometí a Victoria que dejaría la Agencia y seríamos una familia normal; en ese momento firmé su sentencia de muerte. A mí, a un recurso invaluable para eliminar objetivos, de repente, sin aviso, sin explicación, sin sentido, me enviaron de encubierto al cártel de Juárez. Debí imaginar lo que entendí años más tarde. Nadie se va de la CIA, al menos no alguien como yo. Todavía retumban en mi alma los pedidos de auxilio que nadie socorrió, que yo no respondí. Y ahora que el destino me daba otra oportunidad, otra vez te aleja de mí lado; ¿cómo pueden matarte tantas veces y seguir viva, tan arraigada a mi alma?

—Señor Weiz —dijo una enfermera apenas entornando la puerta—, la hora de visita terminó.

—Solo déjeme dos minutos, quiero despedirme.

—Por supuesto.

Thomas se puso de pie y miró a su hija por última vez, como si en silencio le hiciera una promesa de sangre, un juramento más urgente que necesario; la fortaleza para reclamar algo parecido a la justicia.

—No sé si te veré de nuevo en este mundo y dudo que haya lugar para mí en el sitio a dónde irás, pero sí puedes estar segura de algo, haré que paguen, haré que todos ellos paguen el tormento que te causaron.

—Si le sirve de consuelo, no había forma de que hubiese detectado el veneno a tiempo, no se martirice —interrumpió el cardiólogo el momento de debilidad.

—¿Para qué sirve un padre si no puede proteger a su hija?

—Los habrá ingerido por accidente; los ojos de muñeca pudieron ser algún tipo de golosina a sus ojos. Tuvo suerte de haber estado con ella cuando entró en paro.

—Entiendo que las toxinas cardiogénicas en las bayas tienen un efecto sedante sobre los tejidos, pero creía que su acción era inmediata —se lamentó—. Supongo que preferí convencerme de que había consumido una ínfima cantidad y que por eso aún estaba de pie, sonriéndome.

—No tenga duda, los efectos son casi inmediatos, cual reflejos, y la muerte sobreviene en cuestión de segundos o minutos —explicó compungido.

—Debí moverme más rápido pero era tanta la efervescencia, tanta la alegría de verla allí parada frente a mí después de tantos años que dejé que las emociones gobernaran mi juicio.

—Por suerte estabas con ella para advertir a los paramédicos que no la anestesiaran, eso hubiera sido el final.

—¿Y qué diferencia hay? —preguntó resignado—. Ella está muriendo lento, estirando su mano para arañar la cornisa y otra vez, como ayer, no puedo ayudarla.

—A veces los accidentes ocurren y...

—La maldad no deja lugar a los milagros doctor —interrumpió.

—Si no cree en la teoría del accidente y conoce a quién pudo ocasionar semejante daño, debería actuar de inmediato, denunciarlo cuanto antes.

—No se preocupe por eso, ya tomé cartas en el asunto.

—¿Entonces se abrirá una investigación?

—¿Investigación? —sonrió—. La sentencia ya fue llevada a cabo.

—No comprendo —dijo frunciendo el ceño.

—No se confunda doctor, hoy tal vez me vea abatido, un hombre sin norte que está a punto de perderlo todo; pero ese no es Thomas Weiz.

—¿Qué hará ahora? El desenlace puede ser inmediato o puede tardar varios días, incluso semanas.

—Supongo que lo único que sé —respondió con la vista puesta en aquella fría cama de hospital—; no queremos que lleguen tarde a su cita.

—¿Disculpe?

—Voy a enviarlos a todos al infierno.

Fueron sus últimas palabras, el sincero sincericidio de un criminal que estaba tocando fondo y al mismo tiempo listo para deleitar al mundo con su obra maestra.

—¡Señor Weiz!, ¡señor Weiz!

—¿Qué pasa? —preguntó abombado, confundido.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, solo pensaba.

—Los explosivos ya fueron plantados; cuando dé la orden efectuaremos las detonaciones.

—Esperen mi señal, ya casi es hora.

A menudo, la condición de la impunidad requiere sacrificios que distraen con mentiras la realidad, tiñendo de fantasía el peligro inminente de perderlo todo, incluso la osadía de regresar de lo profundo de las tinieblas. Sin embargo, no se puede vivir del engaño, no se pueden borrar las huellas indelebles de un legado miserable ni mucho menos huir del pasado, ese que siempre, tarde o temprano, reclama con elevados intereses la devolución del perdón mal habido.

—Señor, están atacando todas nuestras locaciones —gimoteó temblando de terror.

—Es él —susurró Silvio Martínez.

—¡Va a matarnos a menos que hagamos algo!

—No te preocupes, me quiere a mí, no a ustedes —retrucó poniéndose de pie, apurándose a tomar todo lo de valor que guardaba en la caja fuerte—. ¡Cubran mi retirada!

—Yo iré con usted.

—Lo siento —dijo antes de apretar el gatillo contra su mano derecha, su hombre de confianza, dejándolo tirado sobre el suelo, agonizando—, pero tenías razón, no puedo simplemente darme por vencido. Si Thomas vino a matarme, tendrá que morir también.

* * *

La soberbia y la arrogancia siempre tienden a cegar las mentes más brillantes producto del temor inadmisibles a quedar expuestos, regalados como una hoja en otoño que no soportó siquiera el primer viento. Del mismo modo, a pesar de la astuta maniobra de utilizar los viejos y legendarios pasajes subterráneos para escapar de la ciudad, resultaba absolutamente normal y previsible que Silvio no pudiera burlar las amenazas que lo pusieron en fuga en primer lugar e incluso, y para su pesar, las abrazara tan de frente que llegó a asustarse de su propia sombra.

—Debí imaginarlo —sonrió resignado—; ¿cómo escapas de la mano del diablo? Apuesto lo que no tengo a que el destino está descorchando su mejor añejo. Pasó mucho tiempo Thomy...

—Supongo que teníamos una cita programada desde entonces.

—Tal vez no debería preguntarlo pero, ¿qué haces aquí?

—Estoy detrás de los criminales que tuvieron a mi hija en sus manos en los últimos años.

—¿Tu hija? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Acaso no la asesinaste hace siete años?

—Parece que no.

—¿Sabes que soy inocente, verdad? Digo, de la emboscada de aquella noche —se explayó con rapidez.

«La CIA me contactó un par de noches después de que robaste mi cargamento y me revelaron tu verdadera identidad. Estaba furioso, a diario me preguntaba cómo pude introducir en mis filas y darle plena confianza a un soplón. Las ganas de matarte y colgar tu cabeza de un arado me consumían en vida.

—¿Y qué te detuvo?

—Me prohibieron tocarte —sonrió—. La condición para conservar mi vida y mi negocio era llevarte a ti, sin que sospecharas nada, al punto de encuentro. Pero cuando abrieron fuego supe que no pensaban cumplir la promesa; fue un milagro que saliéramos de allí.

«Por supuesto tuve que dejarlo todo atrás. Sabía que vendrían por mí en algún momento así que me amoldé; ¡soy un empresario! Dejé la nieve y me reinventé en el negocio de los medicamentos y, por lo que oí, tú también te reinventaste, pasaste de ser un súper agente a convertirte en un polizonte; ironías de la vida.

—Sí, aquella noche nos cambió por completo.

—¿Cómo diablos me encontraste? —preguntó frunciendo el ceño—. Oficialmente estoy muerto.

—¿Te refieres al sujeto parecido a ti que apareció ejecutado en la frontera de California? —preguntó elevando las pestañas—. Debo admitir que fue un buen plan aunque tu desafortunado hermano gemelo no tenía ningún tatuaje en el cuerpo; ¿Y tú cuantos tienes, 20?

—Supongo que olvidé pulir los detalles.

—Ya no importa, pronto te reunirás con tu esposa y tus hijos.

—¿Qué? —farfulló—. ¿Qué hiciste con ellos?

—Digamos que a veces los justos pagan por los pecadores...

—Pero yo no tuve nada que ver con tu hija; de hecho, no la vi jamás en mi vida.

—Conoces a quién pasa a los niños por la frontera.

—¿Cómo dices?

—Me oíste bien...

—La señora Rosalinda es un amor de persona; no es como nosotros.

—Quiero que vayas a su casa y pongas una bala en su cabeza —le ordenó.

—Debes estar bromeando...

—Veo que prefieres asistir al funeral de toda tu familia —tiró mordaz.

—¡Estás demente! —vociferó repleto de impotencia.

—Y para haber sido el traficante más peligroso del mundo, de pronto tienes demasiados sentimientos.

—¿Cuál es el plan? —preguntó resignado—. No puedo simplemente golpear su puerta y dispararle; ¡tiene un maldito ejército custodiándola!

—Estoy seguro de que te encuentra familiar.

—¿Y cómo se supone que saldré de allí sin que me acribillen en el intento? —preguntó con los ojos desenfocados, a punto de perder la compostura.

—¿Quién habló de salir?

A menudo las amarras del destino aprietan con tanta gana que la asfixia se torna placentera; al menos para aquellos jueces sin mallette que caminan temblorosos el pasillo solitario de los sentenciados a muerte.

Algunos dicen que los recuerdos son tan abrumadores que la mente no alcanza, siquiera, a procesar tanta información; otros, sin embargo, dicen que esas imágenes que aparecen como destellos dolorosos no son más que el miedo latente aferrándose a un mundo lejano, tan difuso que a veces resulta imposible afirmar que tuvieron lugar en esta vida.

Sea como fuere, es la soledad, la misma que nos priva del abrazo amoroso que abriga cual prenda de algodón la gélida despedida, la que coloniza el vacío existencial de un alma a la deriva sembrando la amarga semilla de la incertidumbre, leyéndote a cada paso el itinerario perverso de las malas decisiones, se camuflaba el destino impostergable. Porque al final de cuentas todo se resume a los caminos desandados, a la extrema unción otorgada por un pasado tan pasado que acabó por conducir todo el camino, devorando con la voracidad de un desalmado lo que nunca pudo siquiera nacer.

—¿Silvio? —preguntó un viejo destartado que de milagro se mantenía de pie.

—Qué sorpresas eh —dijo simulando una sonrisa.

—De hecho sí, aunque me sorprende que vinieras en persona; siempre son tus hombres los que encargan los traslados.

—Esto es personal —farfulló.

—Le diré a Rosalinda que estás aquí —dijo tomando su celular para hacer la llamada.

—Imagino que está muy ocupada.

—Siempre lo está —se lamentó.

—Tengo algo de prisa, agradecería si pudiera darme prioridad.

El paisaje pintoresco de aquel barrio de Tijuana, rodeado de tabernas, se completaba con los cuarenta o cincuenta hombres armados que fingían ser clientes habitué de los excesos prohibidos, sin más preocupaciones que ver tostar su piel bajo el sol abrazador mientras el coyote se ocultaba al amparo de la oscuridad envuelto entre tinieblas, a la espera de la luna.

—Gracias por recibirme Rosalinda —sonrió mientras estiraba la mano para estrecharla con la de su vieja amiga.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó la anciana con evidentes muecas de dolor, gentileza de una artrosis insoportable.

—Necesito información de una niña que ayudaste a cruzar hace meses.

—Sabes que no puedo dar información; además, apenas conocemos a los que movemos al otro lado.

—A ella la recordarás, era especial —insistió con un nudo en la garganta, a punto de desbordarse.

—¿Cuál era su nombre?

—Violeta —soltó de inmediato—. Aunque tal vez le decían Violet; era anglosajona.

—¿Anglosajona? —preguntó frunciendo el ceño.

—Estadounidense —sonrió—. Una niña de extraños ojos...

—¡Brillantes! —interrumpió.

—Entonces la recuerdas —respiró aliviado.

—¿Y qué necesitas saber de ella?

—Solo confirmar que estuvieras involucrada.

—¿Disculpa? —preguntó poniéndose de pie, presintiendo que algo no andaba bien.

—No es tu culpa, no podías saberlo —musitó.

—¿Saber qué?

—Que el mismísimo ángel negro reclamaría tu vida.

—¿Acaso estás borracho? —preguntó frunciendo el ceño y sacando un arma de grueso calibre oculta debajo de su escritorio.

—¿Crees que será doloroso? —preguntó con las lágrimas saliendo a borbotones de sus ojos.

—¡Auxilio!, ¡auxilio! —gritó Rosalinda al ver el chaleco bomba que portaba su cita.

Todo fue en vano. Ni las corridas ni los balazos sobre el kamikaze, intentando detener la locura desatada, surtieron efecto y solo sirvieron para condimentar una explosión que regaló un memorable espectáculo de humo y fuego que consumió todo en cuestión de segundos; incluso, las almas empecinadas en arañar un momento más.

XII LA REALEZA

Brentwood. Condado de Contra Costa, California.

Seis meses atrás.

—Maldita sea, se fue la luz —bufó Erin interrumpiendo la lectura, apurándose a la cocina para encender unas velas.

No podía recordar cuándo había sido el último apagón en el barrio de Brentwood; de hecho, casi podía asegurar que nunca, desde que se mudó hacía tres años, había sufrido un corte de electricidad como el que ahora la obligaba a deslizarse en la oscuridad, siempre aterradora, palpando a su andar todo cuanto se le cruzaba por delante.

—¡Estaba matándome la abstinencia de tu perfume! —exclamó una voz en la oscuridad, provocando que el portavelas que la dueña de casa sostenía con liviandad, fuera a dar contra la cerámica resbaladiza.

—¿Cómo entraste aquí? —preguntó exaltada, con la respiración desbocada.

—¿Así recibes a un viejo amigo? —se burló Thomas sentado en la cabecera de una larga mesa de madera en el comedor, exhibiendo con malicia la que fuera su arma reglamentaria.

—Estoy sorprendida, eso es todo —se excusó.

—Arthur me dijo que estaba siendo manipulado por una mujer; eso acortaba las opciones. ¿Quién tiene el poder, la información y la capacidad como para montar tamaño desastre? —preguntó en forma retórica—. Eras tú o la primera dama y aquí estoy.

—Pues te equivocaste, debió ser otra persona, tal vez...

—¿Daisy Corvelo? —interrumpió—. Pudo haber sido si no la hubiera asesinado hace muchos años por orden de Melvin.

—No tenemos constancia de que ella estuviera muerta —respondió mientras tomaba asiento a mitad de la mesa.

—Veo que a ti también te engañaron, te utilizaron como una tonta que no merecía el más mínimo respeto.

«¿Sabes cuál es tu problema Erin? Eres buena agente, nadie llega jamás a convertirse en el segundo al mando sin tener cualidades admirables, pero eres de corazón blando y esa es tu debilidad.

—Lo dice el asesino que no dudó en acribillar a su familia —soltó desafiante.

—Pues según parece todavía hay una Weiz respirando en esta casa.

—Ni creas que te dejaré acercarte a ella —retrucó con las venas reverdecidas, encolerizada hasta la médula.

—¿Qué piensas hacer para impedirlo? —sonrió.

—Lo que haga falta.

—Despéjame una duda; ¿cómo termina la vicedirectora de la CIA haciéndose cargo de la crianza de una completa extraña?

—No me apropié de Violet si es lo que quieres saber; solo nos importaba alejarla de ti, que tuviera la oportunidad de ser feliz.

—Eres tan buena actriz que casi logras emocionarme —se burló.

—Sí, queríamos el dinero que le robaste a la Agencia —se excusó—. Pensábamos que todas esas niñas inocentes te recordarían a tu hija y esperábamos que por fin te cayera la ficha de que el sol volvería a brillar para todos cuando recapacitaras.

—¿Poner niñas en las manos de los psicópatas más peligrosos fue lo mejor que se les ocurrió?

—¿Quién es el sentimental ahora? —tiró mordaz—. Pero cuando te apoderaste de Arthur supimos que era cuestión de tiempo para que fueras por tu hija.

—Que viniera por ti querrás decir.

—¡No seas estúpido! —gritó vehemente—. No ibas a tenerla al alcance de la mano. No, Melvin movió todos sus contactos en el exterior para mantenerla a salvo, lo más lejos de ti que se pudiera.

—Sin embargo aquí estamos; en el comedor de tu casa, solos tú y yo.

—Hace dos semanas solicitamos que volviera al país, después de todo, nada más seguro que la Agencia y mientras tanto tú pasarías el tiempo persiguiendo un fantasma por el mundo entero.

—Porque ignoraban que el anzuelo de Daisy no había surtido efecto.

—Déjame a mí ahora hacerte una pregunta, ¿por qué demonios volviste? Tienes el dinero, asesinaste a todos los testigos; ¿acaso es tan importante para ti culminar tu obra sangrienta?, ¿no puedes tolerar que tu hija aún respire? ¡Maldito psicópata narcisista, contéstame!

—Volví por Violet —asintió fulminándola con la mirada—, pero puedes estar bien segura que no descansaré hasta que todos los involucrados paguen con su vida.

—Todo cuanto hiciste hasta ahora solo fue redención y la cacería que iniciarás no será venganza ni mucho menos justicia, sino la forma más hipócrita de atar los cavos sueltos —soltó vehemente.

—Admiro tu facilidad de palabra —dijo con un dejo de ironía—, lástima que estás parada del lado equivocado de la historia.

—Violaste a tu mujer y la asesinaste, hubieras matado también a Violet si no la hubiésemos rescatado. ¿Ya lo olvidaste Thomas? Todo por 50 mugrosos millones.

—A ti no te fue nada mal —respondió mordaz—, debes estar trabajando muchas horas extras para permitirte estos lujos. ¿Brentwood? Eso es clase.

—Mátame de una vez, no alarguemos lo inevitable —lo retó con resignación, cerrando los ojos.

—¿Piensas irte así sin más?

—¿A qué te refieres? —preguntó frunciendo el ceño.

—Melvin es el artífice de nuestra desgracia; su avaricia nos arrastró a este momento y a este lugar.

—¿Quieres que traicione a mi gente igual que lo hiciste tú? —preguntó incrédula.

—De seguro hay algo que ama tanto como a su vida, algo que protege con uñas y dientes, que le da la ventaja necesaria para mantener su posición de intocable.

—Si algo tan importante existiera, ¿por qué crees que lo compartió conmigo?

—Él no te mostraría la misma lealtad; pero tú eliges —dijo mientras insertaba el silenciador

en su pistola.

—¡Hay una casa! —gritó a regañadientes—. Hay una casa en el centro de Londres.

—¿Qué guarda allí?

—Microchips, información para extorsionar a todo el mundo.

—Hiciste lo correcto —susurró apuntándole directo a la cabeza.

—Dios nos perdone.

Fueron sus últimas palabras.

Thomas permaneció unos minutos mirándola, contemplando el frío silencio de la impunidad comenzando a resquebrajarse aunque estaba consciente de que era apenas el primer movimiento en un casillero repleto de trampas mortales. No obstante lo que realmente impulsaba sus latidos estaba durmiendo allí, en esa mansión imponente que poco y nada tenía que ver con un hogar.

Al entrar a su habitación, ni siquiera pudo despertarla, hablarle o hacer algún ruido para que notara su presencia; solo se quedó allí, parado, observando a una adolescente que no había visto en años pero que conservaba los rasgos inconfundibles de la pequeña Violet Weiz, esa que no creyó volver a ver, la misma que veía todos los días de su vida.

Sin embargo, el encanto de atesorarla inerte, terminó al cabo de unos pocos minutos cuando no pudo aguantar el deseo irrefrenable de acariciar su cabello, de sentir su respiración, de escuchar su voz.

Se acercó con cautela, no quería asustarla. Al llegar al borde de la cama se sentó en la orilla y se paró de inmediato, temeroso de abrazar aquello que tanto tiempo estuvo soñando y ahora, frente a él, el pánico escénico le impedía lo más natural; simplemente hablarle.

—¿Quién eres tú? —preguntó a la sombra que se posaba frente a la puerta luego de despertarse con la tormenta furiosa que amenazaba con derrumbar la casa.

—Hola —farfulló Thomas como pudo, de forma penosa.

—¿Qué quieres?, ¿dónde está Erin? —se desesperó aferrándose a la frazada.

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó arrodillándose a mitad de la habitación—. Pasó tanto tiempo.

—¿Papá? —preguntó con la voz entrecortada, a punto de romper en llanto.

—Aquí estoy.

Es difícil saber si Thomas esperaba la reacción desencajada de una muchacha que solo atinaba a golpearlo mientras lloraba desconsolada, despojándose de los sentimientos que habían estado consumiéndola y desahogando, además, la rabia contenida por tantos años en soledad, llevada y traída cual mercancía, vedada de un beso, de un abrazo, de una palabra que la mantuviera a salvo en medio del calvario que debió enfrentar apenas en compañía de una sombra, originada en su alma, que le inyectaba la esperanza necesaria de un mañana respirando libertad, de un mañana con vida.

—Ya estoy aquí, ya estoy aquí —repitió mientras la abrazaba tan fuerte que podían oírse los huesos de Violet crujir.

—¿Dónde estabas?, ¿por qué me dejaste sola?

—No sabía dónde buscarte —respondió mientras la besaba en las mejillas—, pero créeme que nunca dejé de pensar en ti, ni siquiera un instante.

—Dijiste que volverías por nosotras, que seríamos una familia.

—Lo sé mi vida, lo sé.

—Y nunca llegaste.

—Llegué tarde —se excusó ensayando una sonrisa avergonzada—. ¿Podrás perdonarme?

—¿Te irás de nuevo? —preguntó entre sollozos.

—A donde sea si vienes conmigo —respondió mirándola a los ojos, a esos bellos e hipnotizantes ojos.

—¿La señora Erin vendrá con nosotros? —preguntó mientras secaba sus lágrimas.

—No, ella no puede acompañarnos.

—Qué lástima, me caía bien —dijo apenada—. ¿Al menos podré despedirme?

—No está en la casa, quiso regalarnos este momento especial solo a nosotros.

—Te amo Thomas Weiz.

—Te amo Violet Weiz —respondió con una sonrisa de oreja a oreja—. Vámonos de aquí, ¿quieres?

—Sí, pero primero debo tomar una cosa —respondió antes de salir corriendo, con destino incierto.

Thomas se quedó perplejo, sin reacción ante lo que parecía un arrebato juvenil, un impulso sin sentido que no ameritaba ninguna preocupación. Sin embargo, cuando la felicidad se codeaba con el cielo siempre inalcanzable, un descuido imperdonable estaba por poner todo de cabeza.

—¡Violet! —vociferó—. ¿A dónde vas?

—Al invernadero, hay una planta que quisiera llevarme —respondió a lo lejos.

—¿Una planta? —se preguntó frunciendo el ceño mientras su hija corría a toda prisa rumbo a la parte trasera de la mansión.

Tal vez fue su instinto o la puntada en su corazón que le indicaron, de inmediato, que algo no andaba bien y salió disparado, impulsado por una compulsión que desconocía.

—Erin me dijo que cuando me fuera llevara una de estas conmigo, que me traería buena suerte —susurró mientras cortaba una extraña planta repleta de drupas, un fruto con forma de globo ocular.

—¡Violet no! —gritó de modo ensordecedor, con el rostro desfigurado.

—¿Qué ocurre? —vaciló víctima de un pánico indescriptible.

—Cierra tu boca, no respires hasta haber salido —ordenó luego de cargarla en brazos, consciente del veneno letal que portaba la planta que había tocado.

—¿Por qué no puedo tomarla?

—Mírame, ¿Te sientes bien?

—¿Por qué debería sentirme mal? ¡Era una estúpida planta!

—Gracias a Dios —susurró justo antes de notar que su hija temblaba y le costaba horrores respirar; estaba entrando en paro.

* * *

Actualidad

Es tradición vestir de gala cuando se está por interpretar el acto final. Del mismo modo, es habitual reunir al mejor elenco para brillar en una noche irrepetible. Con el escenario armado y los intérpretes ensayando su guión, solo restaba apagar las luces y salir a escena para enfrentar a un monstruo más despiadado que el espectador, la propia debilidad.

—¿Eres Carol? —preguntó Stephanie con un dejo de timidez—. Nosotros somos...

—Los amigos de Thomas —interrumpió entre risas—, solo él continúa usando claves como «La tía tiene fiebre». Es anticuado por naturaleza. No, hablando en serio, los estaba esperando.

—Thomas dijo que tú nos explicarías por qué estamos aquí —intervino Melody sentándose en

un sillón polvoriento.

—Debemos irrumpir en una casa custodiada por un grupo de sicarios de elite.

—¿Disculpa? —preguntó Randy con los ojos desorbitados, pálido.

—Llevo meses estudiando los movimientos y estoy segura de saber cuál es nuestra mejor oportunidad.

—¿Ah sí? —preguntó Randy ofuscado, con evidentes gestos de inconformidad.

—¿Qué buscamos allí? —preguntó Stephanie acariciando su vientre, preocupada.

—No lo sé, no me dio esa información.

—O sea que estamos a ciegas, a punto de invadir propiedad privada solo para complacer un nuevo delirio —se quejó Randy.

—¿Quieren escuchar el plan o continuarán en esa tesitura pesimista?

—A eso vinimos —respondió Melody con marcado entusiasmo.

—Existe un cuarto de seguridad, completamente blindado, desde donde se monitorean los alrededores y también todas las habitaciones de la casa a excepción de los dormitorios.

—¿Cuántos hombres hay?

—Tres haciendo rondas afuera y cuatro adentro.

—¿Y cómo burlaremos a esos criminales?

—Sí, ¿cuál es ese plan infalible? —preguntó Randy con marcado sarcasmo.

—Infalible no hay nada —sonrió—, pero creo que con disciplina y buenas actuaciones podemos lograrlo.

—¿Disculpa?

—Todos los jueves organizan fiestas y no escatiman en gastos.

—¿Entonces nos colaremos entre los invitados?

—No me están entendiendo —objetó con una sonrisa picaresca dibujada en la cara—. Rentan unas horas de ternura.

—¿Prostitutas?

—Es nuestra mejor posibilidad; es una casa blindada.

—¡Es una estupidez! No puedo permitir que lleguen a ese extremo solo para complacer las locuras de Thomas —vociferó Randy desencajado.

—No te preocupes Randy, sabemos cuidarnos bien —dijo Melody buscando apaciguarlo.

—De viejos borrachos con abstinencia de agitar el biberón tal vez, pero hablamos de sicarios que no se caracterizan por repartir cariño.

—Es la única forma de entrar, la coartada perfecta.

—Entrar siempre es sencillo, lo difícil es salir —se quejó.

—No podemos entrar con armas; nos revisarán exhaustivamente antes de atravesar la primera puerta. Sin embargo, nuestra misión no será asesinarlos, sino conducirlos a los cuartos del primer piso donde no hay cámaras de seguridad.

—¿Y qué se supone que haga yo? —preguntó resignado.

—A ti te toca la parte divertida. ¿Qué tal eres como francotirador? Nosotras los atraeremos a las ventanas, lo que te permitirá un disparo limpio; solo debes calibrar la mira —dijo guiñándole un ojo.

—Puedes hacerlo Randy —lo alentó Melody.

—Sé que puedo, solo espero que valga la pena —susurró resignado—. ¿Y luego qué?

—No te apures, si todos hacemos nuestra parte, reiremos al final de la noche.

A las 21hs, al verlas atravesar la frontera imaginaria entre la decencia y la procacidad, los

sicarios devenidos en hombres de carne y hueso se rindieron ante la belleza insolente que se erguía frente a ellos, desafiándolos, retándolos a cruzar el umbral de sus perversas fantasías mientras dudaban que su bravura, su hombría tantas veces puesta a prueba en el campo, no fuera suficiente para apagar tanto ardor, para saciar el fuego que parecía emanar de las pieles tersas que apenas asomaban debajo de los tapados que cubrían lo prohibido.

—Esto sí es primera calidad —dijo Harrison mientras agitaba el hielo en su vaso semivacío.

—Usted no se queda atrás —respondió Melody guiñándole un ojo.

—¿Tú cómo te llamas preciosura?

—Somos Candy, Lisa y Brittany —respondió Carol desprendiéndose de su tapado, dejando al descubierto un cuerpo semidesnudo, apenas abrigado por unas medias de red y un conjunto tan diminuto que a duras penas cubría su intimidad.

—Bueno, creo que no hacen falta más preámbulos —dijo el hombre calvo, de barba candado, que no dudó en tomar con rudeza a Stephanie de la muñeca para conducirla, casi a la rastra, obviando toda delicadeza, a la alcoba principal.

En las habitaciones, ni lerdos ni perezosos, como si la urgencia apurara un trámite que no dejaba lugar al placer; los hombres fueron desvistiéndose, quedando a merced de la lascivia exultante de unas doncellas que de a poco, empujadas a pelear contra el pudor y el recato, también se apuraban a cumplir con su papel.

No duró demasiado. Los bailes provocativos que servían de antesala al hecho consumado, fueron apenas una distracción, el cebo indispensable para que uno a uno los sicarios más letales del planeta bebieran de su propia medicina; víctimas de un disparo certero que atravesó los frágiles ventanales destruyendo, además, una excitación que solo ellos sentían.

—Amigos tenemos un problema —dijo el hombre encerrado en el centro de monitoreo en la planta baja—. Nuestros guardias no responden y un sujeto que viste frac camina con altivez hacia la puerta—. ¿Muchachos?, ¿me oyen?

La irrupción de Thomas en aquella presuntuosa mansión londinense no era más que el inicio programado de la segunda parte de una estratagema cuyo guión llevaba meses dormido en los laureles de las hazañas futuras, al acecho de una realidad que continuaba pataleando, luchando por torcer el rígido brazo del destino.

Con la arrogancia que lo acompañaba a todas partes se paró frente a la habitación blindada y luego de apoyar en el suelo un largo estuche, sacó una bazuca apuntando la mira directo a la puerta impenetrable dejando en claro que no jugaba y estaba dispuesto a utilizar cualquier método con tal de alcanzar el objetivo.

—¡Tienes cinco segundos para salir de allí y conservar tu vida! —le advirtió mientras sus colegas y amigas descendían las escaleras con las armas de los ingenuos difuntos.

Antes de cumplirse el plazo, el hombre que custodiaba la casa y quién sabe qué secretos, salió con las manos en alto, con la esperanza intacta de sobrevivir a la embestida. Sin embargo, aunque muy posiblemente Thomas no estaba dispuesto a honrar su palabra, Carol se le adelantó y gatilló sin clemencia ni consideración contra el cráneo de aquel sujeto que no alcanzó a darse cuenta que su vida se esfumaba.

—Le prometí que salvaría su vida —dijo Thomas mirándola boquiabierto.

—¿Tienes idea cuánto tiempo llevo recluida en ese tugurio sin dispararle a nadie? —preguntó excitada.

—¿En serio ibas a usar esa cosa?

—¡Melody no lo alientes! —se quejó Stephanie

—¿Y ahora qué?

—Yo haré guardia afuera, puede que este inútil haya pedido refuerzos —dijo Carol de camino a la salida.

* * *

—Estábamos preocupadas por ti —le reprochó Stephanie, mirándolo fijamente—. Pudiste haber enviado un mensaje, una señal de humo para que supiéramos que estabas bien.

—Lo hice, les dije que...

—Que viniéramos a Londres sí —interrumpió vehemente—, tres semanas después de que te viéramos por última vez.

—Supongo que no termino de acostumbrarme a trabajar en equipo, nunca fue mi fuerte; lo sabes —se excusó juntando las manos, como implorando una disculpa.

—¿Quién habló de trabajar?

—¿Oyen eso? —preguntó Melody, acercándose a la sala de monitoreo, desde donde provenía un ruido incesante, como la lluvia de un televisor descompuesto.

De repente, como por arte de magia, todas las pantallas de la casa se encendieron y del otro lado, como quien se prepara para dar un discurso, Melvin Hanulak corría el velo de las tinieblas y le ponía rostro a la sombra que supo sembrar el terror a costa de decenas de inocentes que, tristemente, solo sirvieron a un propósito tan cristalino como nefasto.

—¿Thomas puedes oírme? —preguntó sentado en el sillón de su despacho, en Langley Virginia.

—Fuerte y claro Melvin.

—Me temo que es en vano extender lo inevitable.

—¿Vasa entregarte? —preguntó mordaz.

—Me haces reír —dijo soltando una carcajada—. Eres demasiado inteligente como para saber que te metiste en la boca del lobo.

—¿Te refieres a estar parado aquí, en esta casa insignificante? —preguntó ante la mirada fulminante de Melody y Stephanie que no daban crédito a lo que oían.

—No te sientas mal, se planeó así hace mucho tiempo. Solo necesitábamos que tu voracidad te condujera directo a la trampa.

—Eso o tal vez elegí a conciencia mi destino.

—Ya veo —susurró—, serás obstinado hasta el final.

—Dime Melvin, ¿dónde está la vicedirectora Stuart?

—¿Disculpa? —preguntó abriendo grandes sus ojos café.

—Contesta la pregunta.

—¿Acaso quieres obtener su apoyo en esta jugada suicida? —sonrió.

—¿Llevas tiempo sin verla, cierto?

—Sea lo que fuere que estés pensando olvídalo, perdiste —sentenció vehemente.

—Déjame contarte una historia, tal vez te resulte familiar —reviró quitándose el saco y desabrochando algunos botones de su camisa—. Había una vez un hombre muy codicioso, tanto que no se conformaba con dirigir la CIA sino que aspiraba a controlarlo todo. Primero pretendió adueñarse del dinero y la droga del cártel de Juárez y no reparó en traicionar a sus hermanos de armas, a su familia para lograrlo; Me avisas si te aburro o la conoces.

«Luego, alguien pretendió escalar políticamente quedándose, más no sea de modo indirecto, con la gobernación de Nueva York. Hasta ahí todo estaba bien, la ambición de un desquiciado que no sería ni el primero ni el último pero luego, una mano invisible, una mente siniestra, comenzó a utilizar la frágil personalidad de algunos de los criminales más deleznable de la nación solo por

despecho.

Era obvio que tanta maldad provenía de la Agencia, es la única organización que monitorea a los potenciales asesinos seriales o bien sospechosos de crimines inconclusos; a la espera de un tropiezo. Y el golpe de gracia, para corroborar toda sospecha, fue la voz de Daisy en el teléfono; solo alguien muy arriba en la cadena alimenticia podía utilizar a una agente muerta para amedrentarme. No había demasiadas opciones; era Erin o eras tú. Creo que me convencí de tu inocencia por los buenos tiempos y así lo hice. Fui por ella a los sitios que frecuentaba y me dijeron que llevaba tiempo sin acudir; que su hija le consumía sus ratos libres y lo recordé, ella no tiene hijos.

—Bien hecho Thomas —aplaudí sarcástico—. Sin embargo asesinaste a cuanto criminal se te puso en frente solo por placer, no has cambiado. Puedes engañar a tus amigas pero yo te conozco desde que eras un niño; los ultimaste solo para saciar tus más enfermas y perversas fantasías.

—En realidad todos eran culpables; realmente tuvieron a mi hija en sus manos pero tu cobardía, tu temor, tu miedo a perder la única ventaja que tenías sobre mí, te llevó a depositarla en los brazos de alguien de tu confianza, alguien que podrías monitorear.

—Impresionante deducción solo que, otra vez, equivocaste la conclusión —dijo remojándose los labios—. ¿No te preguntaste acaso por qué ellos?

—¿Qué quieres decir?

—Me allanaste el camino Thomas, sabía que lo harías —sonrió mientras encendía un habano—. Destruiste a los criminales más poderosos del mundo; a toda la red, a sus principales miembros y como dice el dicho: a rey muerto, rey puesto; ¿y adivina qué? yo soy el maldito rey. Apuesto a que no lo viste venir.

—Bien hecho Melvin —devolvió el cumplido, aplaudiendo con tibieza—, aunque me temo que no podrás disfrutar de tu reinado.

—Estás vacilando, te superé y lo sabes; es solo que eres tan narcisista que no puedes tolerarlo.

—Me temo que en este mundo no hay cabida para los dos —soltó amenazante.

—Sería noble de tu parte barajar el suicidio como una posible salida; después de todo, ya no te queda nada por qué luchar —retrucó—. Y respecto de tu pregunta inicial, no me gusta ser descortés, digamos que perdí a Erin pero gané a alguien mucho más especial; más eficiente, más comprometida, tan competitiva y decidida como yo. Ni te imaginas.

—De hecho sí me lo imagino —sonrió—, Ivana es la mejor agente que conozco; y es muy hermosa por cierto.

—¿Disculpa? —preguntó frunciendo el ceño, comenzando a transpirar.

—En realidad su nombre es Yelena y el Kremlin tiene depositada en ella toda su fe.

—Creo que no comprendo...

—La conociste en ese club nocturno al que acudes todos los miércoles, ¿cómo se llama? Jamás lo recuerdo; pero ahí estaba, la más frágil del salón poniendo en su lugar a los brabucones más engreídos y despellejando a voluntad, sin clemencia, a cuanto corrupto se cruzaba en su partida —interrumpió con celeridad, ansioso por mostrar las cartas que había guardado en la manga durante meses—. Demasiado para un león vegetariano como tú.

Luego de aquella confesión, que resultó ser un baño de realidad, la rusa que había pasado las últimas semanas encubierta, ganándose el favor de uno de los hombres más poderosos del mundo, vio su tapadera volar por los aires y no dudó siquiera un segundo en recoger el guante y degollar, sin reparo, a su ingenuo jefe; al intocable e infame Melvin Hanulak.

Con su muerte, huían despavoridos y se refugiaban en su propia malicia los fantasmas que

acompañaron sedientos cada uno de sus pasos; se cerraba el círculo vicioso que supo sumir en las tinieblas a toda una sociedad, que la acorraló hasta asfixiarla, empujándola al abismo incierto del temor irrefrenable.

Y así, en un carnaval repleto de caretas, terminó por desmoronarse una amenaza tan presente como invisible, tan despiadada como vulnerable, tan aterradora que prefirió jamás mirarse al espejo volviendo contraproducentes los antídotos encargados de perpetuarla; embriagándose en su propio veneno, decidida a perecer en soledad.

—Según parece cumplí con mi parte del trato —dijo Thomas sin poder retener una sonrisa.

—Todavía me debes una oveja siberiana —respondió la rusa antes de apagar la webcam, dando por finalizada la conexión.

—Alguien sería tan amable de explicarme qué demonios fue todo eso —exigió Melody presa de una taquicardia galopante—. ¿Quién, por todos los santos, era esa mujer?

—Todo terminó, ya pueden ir a casa —respondió Thomas con la mirada perdida, como si un enorme vacío lo asaltara por la espalda.

—Thomas —farfulló Stephanie acercándose con cautela, presa de un temblequeo inusual, producto del nerviosismo que la abrumaba—. Tengo que decirte algo importante.

—Pues aquí me tienes.

—Veo que están todos reunidos —interrumpió Randy sumándose a la fiesta.

—¡Lo hicimos! Todo salió según el plan —festejó Melody apretando los puños, acercándose a su colega para estrecharse en un abrazo, pero se detuvo en seco al advertir lo inimaginable.

—¿Qué estás haciendo Randy? —preguntó Thomas al ver que su compañero apuntaba su arma contra él.

—Lo que debí haber hecho hace mucho tiempo.

—Randy baja esa pistola, por favor —suplicó Stephanie con las lágrimas cayendo de su rostro, mientras Melody retrocedía por inercia.

—Nadie debe salir herido.

—¡Cállate! —gritó desencajado—. Tú arruinaste nuestras vidas, nos convertiste en desalmados criminales.

—De acuerdo, puede que tengas razón —respondió mientras sacaba la Glock de su cintura y devolvía gentilezas—. Baja tu arma y vete a continuar con tu vida, nadie te obliga a estar aquí.

—Claro que sí —dijo mirando a Melody con extrema dulzura.

—No te lo diré otra vez Randy —le advirtió Thomas respirando profundo, acariciando la gélida muerte.

No hubo más palabras. El silencio ensordecedor se apoderó del ambiente luego de que ambos presionaran el gatillo y dieran justo en el blanco, dando paso a la amargura, cubriendo de tristeza y desolación el futuro promisorio.

—Stephanie —farfulló con el hilo de voz que le quedaba, con la vista nublada y el corazón destrozado.

—No hables, pronto llegará la ambulancia —suplicó mientras presionaba la herida en su abdomen.

—Lo siento —soltó con los ojos cerrados, abandonándose a la gracia del Creador—, en verdad lo siento.

—Thomas aguanta por favor. ¡Auxilio! —gritó desesperada—. No puedes irte ahora, estoy embarazada; tendremos un bebé. No me dejes, te lo suplico Thomas. ¡Auxilio por favor!

A veces, aunque vaya en contra de nuestra idiosincrasia, es mejor permanecer callados,

pisotear la verborragia y simplemente observar a nuestro alrededor; a esa persona especial, a la que nunca le dijiste te quiero, a la que nunca, siquiera, le pediste perdón.

Información del autor



Sebastian Lsteiner, nació en Buenos Aires en enero de 1988. Luego de obtener el título de Profesor de Educación Superior en Historia, del Instituto Superior del profesorado Dr. Joaquín V. González, se dedicó a explotar su pasión por la escritura, siendo El Asesino de las rubias, la primera de una extensa saga de novelas negras.

Para más información de mis novelas te invito a visitar mi [Instagram](#) Y no olvides votar la historia y dejarme un comentario en Amazon.